

BERTA MIR DETECTIVE

El caso del loro

que hablaba demasiado

Jordi Sierra i Fabra



Siruela

Las Tres Edades **Serie Negra**

**JORDI
SIERRA I FABRA**

**Berta Mir detective.
El caso del loro que
hablaba demasiado**



Ediciones Siruela

BERTA MIR DETECTIVE

EL CASO DEL
LORO QUE HABLABA
DEMASIADO

JORDI SIERRA I FABRA

Serie Negra Ediciones Siruela

ÍNDICE

Cubierta

Portadilla

El caso del loro que hablaba demasiado

Día 1, miércoles

1

2

3

4

5

6

7

Día 2, jueves

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

Día 3, viernes

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

Día 4, sábado

28

29

Día 5, domingo

30

31

32

33

34

35

36

Día 6, lunes

37

38

39

Obras de Jordi Sierra i Fabra en Siruela

Créditos

El caso del loro que hablaba demasiado

Día 1, miércoles

La semana no era muy buena. Los teléfonos no sonaban. Ni un cliente en el despacho. Ningún caso. Sólo iba unas horas, normalmente por las mañanas, pero algunos días, como ése, una especie de silenciosa soledad me invadía poco a poco. Las paredes me oprimían. Descolgué un par de veces el auricular del fijo para comprobar si había línea. Me asomé otro par de veces al exterior para ver si el mundo seguía funcionando. Temí acabar hablando sola. Bueno, a papá tampoco le sobraba el trabajo, solía decírmelo cuando las cosas iban mal, pero hasta donde yo recuerdo, siempre o casi siempre hacía algo. Quizá él sabía atraer clientes y problemas.

Llevaba dos días y todo el fin de semana dedicada a repasar los archivos de mi padre, estudiar sus casos, pequeños y grandes, determinar sus métodos, ver de qué forma enfocaba su rutina, seguir a alguien o conseguir información de algunas personas que podían ayudarlo en una investigación. Por un lado, confirmaba lo que ya sabía: que ser detective no era muy complicado si la cosa se limitaba a seguir los pasos de alguien y redactar un informe. Por otro, tenía que admitir que la habilidad de papá para resolver determinados asuntos era notable. Investigar sí requería un talento especial, que él poseía, y yo trataba de averiguar si lo había heredado. Hasta ese momento no lo había hecho mal, aunque tampoco podía afirmarse que fuese una experta. La manera en que resolví el caso del falso accidente de mi padre quizá se debió a la suerte. Eso me tocaba confirmarlo.

Pero para ello necesitaba trabajar.

Probarme a mí misma.

Miré la hora y resoplé con fastidio. Otra mañana perdida. Desde el día en que, temerariamente, decidí ocuparme de la agencia, había leído más de la mitad del archivo. De pronto me sentí harta de tanta jerga legalista. El día era bonito, lucía el sol. No

merecía la pena perderlo en una oficina vacía y silenciosa, aunque al otro lado de la ventana no lloviesen los euros para llenar la nevera y pagar los cuidados de papá.

Recogí el casco, la cazadora, las llaves, y, con una soterrada carga de frustración, me dispuse a largarme.

Llegué a la puerta.

Y justo en ese instante sonó el teléfono.

—Vaya por Dios... —parpadeé impresionada por el azar.

Regresé a la mesa, dejé el casco encima y contesté mientras cruzaba los dedos. Necesitaba ocuparme en algo, en un caso, por simple que fuera. En algo que, además, me proporcionara un cheque y, de paso, la confianza que seguía necesitando para seguir adelante ahora que papá era casi un vegetal.

—Agencia Mir, ¿dígame?

—Berta, soy yo.

Cerré los ojos.

Se me antojó una burla.

«Yo» era Ramiro Crussat, el «nuevo» hombre de mi madre.

Estuve a punto de colgarle.

—¿Qué quiere? —pregunté con la voz casi tan tensa como lo estaba mi cuerpo.

—No quería telefonearte a casa y... tienes el móvil apagado, así que...

Saqué el móvil del bolsillo de la chaqueta y lo examiné. Tenía razón: estaba apagado. Siempre andaba despistada con él. Quizá porque, para asuntos personales, no quería estar localizable. Eso me hacía sentir vulnerable, experimentaba la sensación de que me restaba libertad, como si mis defensas, mis escudos protectores, a lo *Enterprise* de *Star Trek*, se debilitaran con ello.

—Ramiro...

—Deberías venir a ver a tu madre —me interrumpió.

—¿A qué viene eso ahora?

—Por favor...

—¿Le ha pedido ella que lo intente usted?

—No, no sabe que estoy hablando contigo.

—Entonces le diré lo mismo que le he dicho a ella cada vez que ha...

—Tiene un tumor en el pecho —me interrumpió de nuevo.

Me quedé muda.

Sentía que la despreciaba, que necesitaba verter sobre ella toda la frustración que su traición había derramado sobre mi cabeza por haber abandonado a papá en el peor momento. Sentía rabia, desolación, impotencia. Y el desprecio se convertía en algo parecido a la ceguera del odio cuando la imaginaba casada con aquel tipo, lo bastante rico como para darle todos los caprichos, pero también lo bastante sucio como para imaginar que el día menos pensado acabaría en la cárcel, aunque a los poderosos siempre les cuesta acabar mal. Tienen abogados, muchos abogados. La última vez se libró por poco.

«Falta de pruebas», decían.

—¿Berta?

—Sí —exhalé.

—Es tu madre, y te necesita.

Siempre la misma historia. Era mi madre. Era mi madre. La que se había ido de casa para vivir «otra vida», harta de los sueños y las limitaciones de papá.

Mi madre.

Hasta la abuela me lo repetía.

¿Cómo discutir con el mundo acerca de quién necesita más a quién?

—¿Van a quitarle el pecho?

—Aún es pronto para saberlo. Dicen que hoy en día eso sólo se hace en determinados casos. De momento han localizado el tumor en el derecho, en una mamografía, y le han practicado una biopsia... Quizá se arregle con quimio, aunque no saben si será antes o después de la intervención. Antes para reducir o después para eliminar todos los nódulos.

Me estremecí.

Imaginarme a mi madre calva, o sin un pecho, con lo coqueta que era, lo guapa que siempre había sido, lo orgullosa que estaba de su cuerpo a su edad...

—¿Cómo está?

—Mal, hecha polvo.

—Ya.

—En un momento como éste...

¿Hay momentos diferentes? ¿Se necesita el perdón cuando se acerca la muerte? ¿La desgracia une a las personas?

No tenía ni idea.

A los dieciocho años una no piensa en esas cosas.

Joder...

Fue en ese instante, en ese preciso y conmovedor instante, cuando llamaron a la puerta, y yo reaccioné saliendo de mi catarsis.

—He de colgar —le dije al nuevo marido de mi madre.

—¡Berta!

—¡Llaman a la puerta, he de colgar! —estuve a punto de gritárselo—. ¡Lo siento!

Colgué el teléfono y, pese a todo, tardé dos o tres segundos en ponerme en marcha. Ni siquiera fui consciente de que abría la puerta hasta que me vi frente a mi visitante.

Anciana, muy anciana, menuda, muy menuda, con un bolso casi tan grande como ella. Vestía con elegancia, incluso con gusto. Las joyas que colgaban de sus muñecas y de su cuello, más los anillos y los pendientes, debían de valer tanto como lo que papá habría sido capaz de ganar en diez años. O en veinte. O en toda una vida, porque si aquellas piedras y perlas eran buenas, y las pulseras eran tan de oro como parecían...

Levantó la cabeza para mirarme y sonrió.

Una boca perfecta de dientes postizos y muy blancos.

—¿El señor Mir?

Su voz era débil. La voz de alguien que a lo largo de la vida ha ido perdiendo fuerzas pero no el ánimo. Puro cristal, como su piel apergaminada y la fragilidad de su cuerpo delgado aunque en apariencia brioso. Los ojos eran limpios, de mirada dulce e inocente.

—Pase, por favor —le franqueé la entrada.

La anciana me obedeció. Caminó con pasos cortos hasta la mesa y se sentó en una de las dos sillas que había delante. No se fijó en el lugar como hacía la mayoría de clientes. No juzgó nada. Su talante era firme. Una mujer que no perdía el tiempo por nada y que ya sabía lo suficiente de la vida como para andarse con tonterías.

Ocupé la silla de mi padre.

—¿El señor Mir no está? —preguntó ella.

—Verá, señora...

—Parets, Claudia Parets, viuda de Dalmau —me dijo.

—¿Quiere que la llame señora Parets?

—Claudia mejor.

—Bien, señora Claudia —me dispuse a explicarle las «condiciones» de la agencia desde que mi padre estaba fuera de combate—. El señor Mir nunca da la cara, para evitar ser reconocido y poder moverse con mayor libertad y seguridad, tanto para usted como para él. Yo soy su enlace y su secretaria. Los clientes me lo cuentan todo a mí y yo se lo

comunico a él para que se ponga de inmediato a trabajar. Éste es el trato que han de aceptar los que requieren sus servicios.

–Ser detective debe de ser peligroso, claro –reflexionó con la espalda muy recta y el tono firme, convencida.

–Depende de los trabajos –no quise alarmarla inútilmente, por si era demasiado impresionable.

–Bueno, en mi caso..., no sé qué pensar –puso las dos manos sobre el bolso y lo agarró como si fueran a robárselo–. ¿Puedo hacerle una pregunta?

–Por supuesto.

–¿El señor Mir es bueno?

–Mucho –traté de parecer lo más sincera posible.

De hecho mi padre sí era bueno. La duda consistía en saber si yo iba a estar a la altura.

–Entonces bien –asintió la señora Claudia–. No sabía a quién acudir –por primera vez se mostró algo azorada.

–¿Cómo ha dado con nuestra agencia?

–Vivo cerca. A veces paso por aquí y veo la placa. En la vida nada es casual, ¿sabes, niña? De pronto he comprendido por qué me había fijado en ella. Una premonición. Jamás habría imaginado que iba a necesitar un detective, pero así son las cosas.

–¿Quiere conocer nuestras tarifas?

–No, no –hizo un gesto rápido con la mano derecha–. El dinero no importa. Lo único que cuenta es que lo encuentre.

–¿A quién hay que encontrar?

–A Mauricio.

–¿Tiene una foto?

–Sí, ya pensaba que les haría falta.

Abrió el bolso y luego corrió una cremallerita. Mi cara no transmitió emoción alguna. Profesional. Un trabajo era un trabajo. Pero se trataba de una desaparición y esos casos no solían ser fáciles. Había que buscar a alguien. Seguir a una persona acababa siendo bastante sencillo. Buscarla, todo lo contrario. Sobre todo si no querían ser halladas.

La foto era grande y a color. La extrajo del bolso con cuidado, para no arrugarla, y me la puso delante, sobre la mesa.

Yo parpadeé.

Intenté que no se me moviera un solo músculo, aunque no sé si lo logré. Deslicé una mirada rápida en dirección a mi visitante, la señora Claudia Parets, viuda de Dalmau. No parecía estar loca, ni desequilibrada. El gesto era de determinación, los ojos serenos, la gravedad de la expresión sincera.

Era una anciana agradable.

Muy vieja, sólo eso.

Y volví a concentrarme en la foto.

El azul grisáceo del plumaje, la belleza de su forma, la hermosa cola, el pico, los enormes y redondos ojos capaces de atravesar la cámara...

Porque Mauricio era un loro.

No sé exactamente por qué, pero en ese instante, mientras veía la sorprendente foto de Mauricio, pensé en mi madre y en lo que acababa de decirme su nuevo marido.

Un cáncer.

Y yo, perdida entre dos mundos, con una anciana que me iba a contratar para buscar... a un loro.

El desconcierto me duró poco, apenas dos o tres segundos. Me lo repetí una vez más: era un trabajo. El dinero no llovía del cielo, y con el grupo de música yo me encontraba tan cerca de ganarlo como la Luna lo estaba de la Tierra, aunque eso dependiese de perspectivas cósmicas.

—¿Qué le ha sucedido a Mauricio, señora Claudia?

—Me lo han robado —fue categórica.

—¿Está segura?

—Completamente.

—Pudo haber escapado de su jaula en un descuido.

—Mauricio no tiene jaula. Es libre.

—¿Una ventana abierta?

—Ninguna. Y además no vuela.

—Ah.

—Lo han robado, créeme, pequeña. Lo han robado.

Percibí tanto dolor en su voz...

Mi madre también me llamaba «pequeña» de niña.

—¿Lo ha denunciado a la policía?

—No.

—¿Por qué?

—¿Eso de la confidencialidad abogado/cliente también cuenta para los detectives? —se

inclinó hacia delante y bajó un poco la voz.

–Sí, así es.

Un suspiro profundo y vuelta a su estado de tensa serenidad, las manos apoyadas sobre el bolso, la espalda recta, el cuerpo menudo pero firme, la mirada grave.

Una figura de porcelana.

Porcelana cara.

–Mauricio es... –acabó por decir la palabra– ilegal. ¿Comprendes?

–No del todo –vacilé.

–Lo trajeron de contrabando, de Brasil. Exactamente no sé qué tipo de delito...

–Tráfico de especies.

–Eso es –asintió–. Animales exóticos en vías de extinción.

–¿En vías de extinción? –se lo repetí para dejarlo claro.

–Bueno, si se van a extinguir, ¿dónde estarán mejor cuidados que en una casa en la que no les falte de nada? –argumentó.

No estaba allí para discutir su moral, sino para aceptar su encargo de buscar a Mauricio.

–¿Es valioso?

–Mucho. Me dijeron que era un ejemplar único.

–¿Quién se lo dijo?

–El que me lo vendió.

–Entiendo.

–Mira, querida... –recuperó un leve tono de dolor–. Ya sé que la mayoría de las personas tienen perros o gatos, incluso peces, tortugas, qué sé yo. Lo único que puedo decirte es que me enamoré de él. Es muy cariñoso, y habla. Habla siempre que es feliz. Dice «Claudia», «te quiero», «música, música», y cosas así. No le gusta el ruido, ni los sonidos fuertes. Será porque es de Brasil, no sé, pero en cuanto escucha una samba se pone a bailar, abre las alas, se le erizan las plumas de la cabeza, grita... –suspiró de ansiedad–. Ha sido la compañía perfecta durante estos últimos tres años. Antes de él, perdí a Tomás, y fue también muy duro.

–¿Su marido?

–No, mi perro. Era tan bueno que no quise otro. Ninguno podía sustituirlo. Y al ver a Mauricio comprendí que él y sólo él podía ser el elegido. Mi marido se llamaba Genaro Dalmau Amorós y murió hace veinte años.

–¿Sospecha de alguien?
–No.
–¿De nadie?
–No, no.
–¿Con quién vive?
–Sola.
–¿Nadie la cuida?
–Sólo tengo ochenta y dos años.
–Ah –no supe qué decir ante tamaña demostración de capacidad e independencia.
–Aunque tengo a Eladia, sí –pareció admitirlo a duras penas–. Es mi asistente.
–¿Qué le ha dicho ella?
–Nada. Está tan consternada como yo.
–¿Tiene familia?
–Un hijo. Tenía dos pero uno murió. También están mis nietos, Joana y Manel, y mi sobrino Plácido. No hay nadie más.
–¿Se lleva bien con todos ellos?
–Sí.
–Tendrá que darme sus nombres, direcciones, teléfonos...
–Ellos no...
–Perdone, pero es el protocolo.
–Entiendo –dibujó una sombra de tristeza en su rostro.
–También tendrá que darme todos los datos que recuerde de la persona a la que le compró el loro.
–Llámallo Mauricio, por favor.
–Perdone.
–Ni siquiera es un loro. Es un guacamayo –hizo un mohín de disgusto–. Nunca me ha gustado esa palabra: loro. Mauricio es un animal de mucho pedigrí. Un guacamayo de Spix, nada menos –lo proclamó con orgullo.
–¿Me dará los datos de esa persona?
–Sí, por supuesto, aunque...
–Usted es nuestro cliente, señora. Esté tranquila. Nada de lo que haga el señor Mir va a perjudicarla.
–Bien –asintió una vez más.

–También tendré que ir a su casa, ver dónde y cómo vivía Mauricio, comprobar puertas...

–¿Eso no ha de hacerlo el señor Mir?

–De las rutinas nos encargamos el resto del equipo –mentí con todo mi aplomo–. En este caso yo misma me ocuparé de ello. El señor Mir se pondrá manos a la obra de inmediato, en cuanto le pase el informe completo.

–Muy americano.

–¿Cómo dice?

–Bueno, quiero decir que es igual que en las películas. A mí me gusta mucho el cine, aunque el de ahora no es ni mucho menos como el de antes. Todo son persecuciones, golpes, sexo... Cuando yo era joven, en blanco y negro... –sus ojos brillaron nostálgicos al retroceder en el tiempo.

–¿Cuándo desapareció Mauricio?

–Ayer por la mañana lo eché en falta al despertar.

–¿La noche anterior...?

–Estaba en su sitio. Tiene un pedestal precioso.

–¿La asistente vive con usted?

–No. Llega a media mañana y se va después de prepararme la cena.

–¿Puertas, ventanas...?

–Rompieron una de las ventanas de la parte de atrás.

–¿A qué se refiere con «las ventanas de la parte de atrás»?

–Vivo en un chalecito, con jardín.

–¿Alarmas?

–No, no.

–¿No tiene miedo?

–Siempre he sido muy confiada. La maldad humana es algo que no entiendo. Jamás he querido que interfiriera en mi vida o me superara y nunca he vivido con miedo.

Traté de relacionarla con mi abuela y no lo conseguí.

La señora Claudia daba la impresión de ser transparente.

–¿Qué hizo el resto del día, después de darse cuenta de la desaparición de Mauricio?

–Me quedé muy desconcertada, como cuando alguien te da un golpe y te deja medio mareada. No sabía qué hacer ni a quién acudir. He pasado la noche casi en vela, por eso tengo tan mal aspecto.

Tuve ganas de echarme a reír.

Mal aspecto.

—¿Habló con alguien de la desaparición de Mauricio?

—No. Ya te he dicho que no podía ir a la policía. No soy tonta. Esta mañana, de pronto, he recordado la placa de la calle: «Cristóbal Mir – Detective privado». Y aquí estoy, en vuestras manos. Pagaré lo que sea para que Mauricio vuelva conmigo. Lo que sea.

Lo que fuera.

Bien, era un caso. Raro, pero un caso a fin de cuentas. Claudia Parets era una anciana curiosa... y aparentemente rica. Si ella quería un detective para que buscara a su loro..., perdón, a su guacamayo de Spix, lo tendría. Papá nunca le hacía ascos a nada, de eso sí era consciente.

La única particularidad consistía en el hecho de que Mauricio fuese un animal exótico.

En vías de extinción.

Tan ilegal como...

—¿Recordarás todo esto para contárselo al detective? —se preocupó mi visitante.

—Descuide. Tenemos buena memoria. Nos entrenan para esto.

—Bien.

—¿Quiere que vayamos ahora a su casa?

—Sí, sí. Me gustaría que tu jefe empezara cuanto antes. Bastante siento haber perdido el día de ayer. Qué tonta fui. Quiero exclusividad total. Ya te he dicho que pagaré lo que sea...

—No es necesario...

No pude impedirlo. Ya había abierto el bolso. Sacó un fajo de billetes que me hizo levantar las cejas. Los había de todos los tamaños, quinientos, doscientos, cien y cincuenta euros. Nada de veinte o diez y menos aún de cinco. A la señora Claudia no debían de gustarle los talonarios.

—¿Te parecen bien tres mil euros de garantía o adelanto o como se llame eso?

Era difícil controlarse.

Pero no soy una aprovechada.

—Tenemos unas tarifas —intenté mantener el tipo—. Le aseguro que con mil es suficiente...

Ni caso.

Ni me dejó terminar.

—No, no. Os dejo tres mil. Que el señor Mir no repare en gastos. Prefiero que sobren y no que falten. Ah, y si me encontráis a Mauricio, os daré diez mil.

En ese momento, viendo el dinero encima de la mesa de papá y sin habla por lo que acababa de decirme, me di cuenta de que faltaba una última pregunta referida a Mauricio. Quizá la más importante: si, tal y como decía su dueña, estábamos hablando de un robo.

—¿Cuánto pagó por él, señora?

Y me lo dijo como quien da el importe de un litro de leche.

—Noventa mil euros, hija.

Claudia Parets caminaba a buen paso. No iba muy deprisa, pero tampoco tan despacio como su edad exigía. Eso sí, controlaba muy bien sus movimientos, sobre todo dónde ponía los pies. Parecía tener un radar, o un sexto sentido, que la avisaba de la presencia de cualquier agujero, bache o desnivel en su camino. Sólo se me colgó del brazo, sujetándose como lo haría cualquier abuela con su nieta, cuando pasamos por un tramo de calle en obras.

Tampoco podía estar mucho rato callada.

—¿Qué edad tienes?

—Dieciocho años.

—Muy joven.

—Depende.

—Me refiero a tu trabajo. ¿Te gusta ayudar a un detective?

—Sí, mucho.

—¿Es peligroso?

—No.

—¿Emocionante?

—A veces. Por lo general es aburrido, aunque hay casos y casos.

—Pero los resolvéis, ¿no?

—Sí, todos —mentí para transmitir optimismo.

—Menos mal —suspiró ella.

—Aunque nunca nos habíamos ocupado de algo como esto, todo hay que decirlo.

—Siempre hay una primera vez.

—Y que lo diga.

—Mauricio es maravilloso —su cara fue de ensoñación—. Ya lo conocerás, seguro. Se hace querer.

No me imaginaba cómo un loro podía hacerse querer, aunque Mauricio tenía el valor añadido de sus noventa mil euros. Todavía no podía apartármelo de la cabeza.

¿Qué clase de animal exótico, por mucho que estuviera en vías de extinción, valía noventa mil euros?

¿Y si la habían estafado, lisa y llanamente?

Claudia Parets seguía a lo suyo.

—Te pone la pata encima, dice tu nombre, te mira con esos ojazos de muerte, ventea todas sus plumas como si estuviera en éxtasis, frota su cabeza contra la tuya, ronronea igual que un gato... Es extraordinario —suspiró en mitad de la calle—. ¡Da tanta compañía! No quiero ni pensar en lo mal que lo estará pasando.

—Si es tan valioso no le harán ningún daño.

—¿Y si se muere de pena?

No tenía ni idea de si un loro, un guacamayo, lo que fuese con pico y plumas de colores, podía llegar a tanto.

Nos detuvimos en un semáforo. Al otro lado, una pareja de adolescentes se arrullaba igual que si fueran los últimos habitantes del planeta o hubiera falta de espacio vital por sobresaturación de personal.

—¿Tienes novio? —me preguntó de forma inesperada.

—No.

—Mejor. Esas chicas que parece que lo necesiten ya con catorce o quince años... Lo que se pierden. Además, el amor a esta edad duele mucho.

No quise preguntarle si hablaba por experiencia.

Papá nunca me había dicho nada acerca de guardar las distancias o intimar con los clientes.

Bastante tenía yo con mantener en equilibrio mi moral llevando tres mil euros en el bolsillo. Tres mil, que podían ser diez mil más si encontraba al dichoso Mauricio.

Algo que, sinceramente, dudaba.

Lo más seguro es que no supiese ni por dónde empezar.

Eso me hizo sentir lástima por la anciana.

De hecho, la estaba engañando.

—Oiga, ¿y si le piden un rescate? —se me ocurrió decir de pronto.

—¡Ay, mira, ojalá! —saltó rápida—. Yo pagaría lo que fuera.

—¿Tan rica es? —la pregunta me dolió en los labios.

–No –le quitó importancia al tema–. Ahorritos de mi marido, que en paz descanse. Y yo que soy una hormiga, de las de gastar poco y en lo necesario.

Noventa mil euros de guacamayo de Spix.

Lo necesario.

–Aquí es donde vivo –se detuvo.

Intenté no transmitir emoción alguna, como si todos los días frecuentara casas como aquella, en plena Barcelona, una planta, con jardín, construida en 1907 según decía el relieve de la fachada en números romanos, con mucha clase y distinción, con el encanto de lo antiguo, cuidado y restaurado. Una construcción noble y elegante que la hacía única. En la calle sobrevivían dos o tres chalecitos más, pero ninguno como el de Claudia Parets, resto de la ciudad que fue y no volvería a ser, de cuando en «las afueras» las villas parecían pueblecitos hasta que la capital las devoró con su expansión.

Abrió la cancela exterior. No tenía llave. Cruzamos el jardín, apenas cinco metros por la parte delantera, pisando una grava blanca y luminosa flanqueada por parterres de flores espectaculares. Antes de llegar a la puerta principal ésta se abrió y se asomó una mujer de mediana edad, cuarenta y muchos años. Estaba muy seria. Lo de Mauricio pasaba factura.

–Señora...

–Hola, Eladia –le entregó el bolso con su contenido en forma de fajos de billetes de quinientos, doscientos, cien y cincuenta euros. Probablemente ni siquiera supiese la cifra exacta que llevaba encima, como si aquello fuese únicamente «para gastos»–. Ella es... – se dio cuenta de que no le había dicho mi nombre.

–Berta –me apresuré a remediarlo.

–Berta –acabó la presentación con Eladia–. Trabaja en la agencia del detective del que te he hablado y va a encontrar a Mauricio.

La asistente me miró de arriba abajo.

–Ayudo al señor Mir –le dije como si tuviera que tranquilizarla de alguna forma–. Él se encargará luego de la investigación.

Entramos en la casa. Parecía más grande por dentro que por fuera. La decoración era antigua, un tanto decimonónica, barroca, sin apenas espacio para nada. Había que moverse con cuidado entre las mesitas llenas a rebosar de retratos, cajitas, figuritas de porcelana y objetos diversos, los cortinajes en los marcos de las puertas, las vitrinas con libros o recuerdos, las paredes abarrotadas de cuadros. La mezcla resultaba homogénea.

Desde una pata de elefante vacía por dentro que servía de paragüero hasta una estatua a tamaño real de una diosa hindú, pasando por un impresionante tigre de cerámica o la mitad de una armadura instalada encima de un pedestal. No llegaba a ser un palacio, pero casi, aunque el dinero no guardara relación alguna con el buen gusto.

Por lo menos para mí, que en cuestión de dinero y lujos no es que fuera sobrada.

Claudia Parets se detuvo frente a un enorme retrato de un señor sesentón. Lo tenía colocado sobre la chimenea, como mandan los cánones.

—Es mi difunto marido —me informó—. Genaro Dalmau Amorós.

No supe qué decir.

—Ven, querida.

La acompañé hasta una habitación. Las mamás tienen preciosos espacios para sus retoños, paredes pintadas con colores claros, estrellitas en el techo, colgantes y móviles, cuadros con dibujos, juguetes, la cuna, el armarito... Claudia Parets también. El lugar en el que habitaba Mauricio era un templo dedicado a su bienestar. Lo presidía un pedestal dorado, macizo, por el que podía deambular arriba y abajo. A un lado, agua; al otro, comida, semillas, pequeños frutos. En las paredes podían verse cuadros de loros de todos los colores. Loros, cacatúas o guacamayos, porque me sentí incapaz de diferenciarlos. La ventana que daba al jardín de la parte de atrás era la que estaba rota. Un agujero en el cristal, redondo, practicado con una herramienta de corte y sujeto con ventosas para que no causara un estropicio al caer, había bastado para meter la mano y abrir el marco. Muy profesional, nada *amateur*. Todo planificado. En la habitación también había una butaca, casi seguro para que ella se sentase a leer delante de Mauricio; y juguetes, dos o tres pelotas de colores, un hueso de goma y varios loros más, de madera o plástico. Un paraíso en el que no faltaban un equipo de música y un televisor.

Casi sentí envidia de mi víctima.

—Bonito, ¿verdad?

—Sí —reconocí.

Habría sido un caso divertido si no fuera porque para la anciana Mauricio era su vida y valía una pasta. Eso convertía el caso en un delito grave. Exactamente igual que si hubieran robado un cuadro valioso.

—De acuerdo —me rendí a la evidencia—. Ahora va a darme los nombres, direcciones y teléfonos de todos los que sabían de la existencia de Mauricio y su valor. Todos sin excepción, por inocentes que les crea.

–Bien –plegó los labios resignada.

–El que lo ha robado nos lleva un día de ventaja y eso es malo, se lo advierto.

–Ay, no me digas eso –se revistió de dolor.

–¿Quién se lo vendió?

–Mira que me hizo jurar que no se lo diría a nadie...

–Señora Claudia...

–Se llama Ángel Miralles. Tiene una tienda de venta de animales en la calle Manuel Girona, cerca de la iglesia.

–¿Cómo lo conoció?

–Una amiga mía me habló de él. Meritxell Robert. Era una de sus clientas. A Meritxell le gustan mucho los animales, sobre todo los exóticos. Me dijo que los que tenía ese hombre no eran corrientes.

–¿Fue a la tienda a por Mauricio?

–No, no. Tras la muerte de Tomás, fui a la tienda a ver lo que tenía. Necesitaba algo... especial, ¿comprendes? Un animal de compañía ha de ser algo único, que conecte con su dueño. Me enseñó varios pero no acabé de sintonizar con ninguno. No había..., ¿cómo lo llamáis los jóvenes, química? Eran preciosos, muy bonitos, algunos te miraban con ojitos tiernos, otros eran inexpresivos, pero no encontré lo que necesitaba. No estaba segura de lo que buscaba, pero intuía que si lo veía lo reconocería, y así fue.

–¿De dónde sacó a Mauricio?

–No lo tenía en la tienda, desde luego. Me pidió que volviera al día siguiente. Lo hice, algo desanimada, lo confieso, y entonces me lo enseñó. Con él sí. Fue amor a primera vista.

–¿Le dijo el precio?

Claudia Parets se encogió de hombros. No hizo falta que agregara nada más. Imaginé al traficante.

–¿Le contó entonces que era un animal protegido o en vías de extinción?

–Sí, me dijo que ya no quedaba ninguno en libertad, que los pocos que había vivían en zoológicos o en lugares muy especiales para evitar su desaparición. Mauricio era único. Eso también hizo que me entusiasmara más. Tener algo bonito es maravilloso, y si además no hay otro igual...

En ese momento no supe si quererla como a una abuelita cualquiera u odiarla por su egoísmo.

Creo que pudo más lo primero.

Aunque la ingenuidad no era ninguna excusa, Claudia Parets era ingenua.

Con el bolso lleno de dinero, pero ingenua.

—¿Regatearon el precio?

—No. El señor Miralles fue claro: si no me lo quedaba yo, se lo vendería a otras dos personas. Le di cinco mil euros más de lo que pedía y eso fue todo.

—¿No le importó estar cometiendo un delito?

Me miró con sus ojos grisáceos, tristes. Era menuda pero a veces se crecía. Esta vez no fue así.

—Tú no sabes lo que es estar sola.

—No —admití.

—A mis años una no se detiene a pensar demasiado las cosas. La vejez te aísla, te convierte en la única habitante de tu reino. Ya no cuentas lo que te queda en décadas, ni siquiera en años. Piensas en meses, semanas... Ven —acabó la discusión, o no quiso darme más explicaciones—. Te daré lo que me pides.

La seguí hasta un despachito. No era muy grande y, desde luego, no era suyo. Había pertenecido a su difunto esposo. Diplomas, fotografías con gente importante, una biblioteca escogida, retratos familiares. Ni siquiera había un ordenador. El señor Genaro Dalmau Amorós había muerto antes de que se produjeran los últimos avances tecnológicos. O tal vez se había resistido a ellos.

Claudia Parets me anotó los nombres, señas y teléfonos de todos sus parientes: su único hijo, su esposa, los nietos, chica y chico, y su sobrino, hijo de una hermana muerta. Su letra era menuda y clara, paciente. Me pasó la hoja de papel y la guardé en el bolsillo de mi chaqueta.

—¿Le ha dicho a alguno de ellos que Mauricio ha desaparecido?

—No, ¿por qué?

—No se lo diga todavía.

—¿Ah, no?

—Guarde el secreto, hágame caso.

—Pero no entiendo...

—Usted nos ha contratado para encontrar a Mauricio, y él es lo único importante ahora, ¿no es cierto?

—Sí.

–Pues entonces ha de hacer lo que le digamos en todo momento. ¿No le molestaría que algo saliera mal por una indiscreción?

–Sí.

–De acuerdo –di por zanjada la cuestión–. Ahora me gustaría hablar con Eladia a solas.

–Claro, claro –se puso en pie para salir del despachito.

La seguí apenas unos metros.

Se volvió de pronto, me cogió de las manos, hundió en mí sus ojos agotados pero resistentes y me suplicó:

–El señor Mir lo encontrará, ¿verdad? Por favor...

La asistente era una mujer robusta, entrada en carnes, de manos grandes, mirada inquieta y rostro grave, aunque esto último podía ser debido a la tensión del momento. Ella misma puso sus cartas sobre la mesa antes de que le preguntara nada.

—Soy la única que está aquí, con la señora. Cualquiera podría pensar lo peor —entrelazó sus manos con aprensión.

—¿Robó usted a Mauricio o tuvo que ver con ello? —le disparé a bocajarro.

—¡No! —saltó rápida.

—Tranquila —no quise que me tomara por una inquisidora.

—Mire —me trataba de usted—, estoy asustada, sobre todo por ella. Además no sé nada. No entiendo qué pudo pasar, ni cómo. ¿Robar un bicho? Por Dios...

—¿Sabe lo que valía «el bicho»?

—No, ¿por qué?

—¿Cómo es la relación entre ustedes?

—Muy buena. Mucho —suspiró sincera.

—¿Se porta bien?

—Sí.

—Pero es mayor, será cascarrabias, se enfadará por todo, tendrá sus tacañerías...

—No, no, para nada —mantuvo su tono más convincente—. Vive y deja vivir. Nunca mira un céntimo. Rara sí es —deslizó una mirada en dirección a la puerta, como si temiera que Claudia Parets estuviera al otro lado escuchándonos—, pero es una buena mujer. Y está muy sola —otra mirada al tiempo que bajaba ligeramente la voz—. Demasiado.

—Eladia, todo lo que me diga quedará entre nosotras, no tema.

Volvió a bajar los ojos, envuelta en un mutismo opresor, y guardó silencio.

—Quiere que encuentre... Es decir, quiere que mi jefe encuentre a Mauricio, ¿no?

—Por supuesto. La señora tiene un disgusto encima que como le suba la tensión...

–Parece muy calmada.

–Se contiene. Es una gran dama. Le cuesta exteriorizar los sentimientos, pero yo la conozco bien. Nunca lloraría en público.

–¿Cuánto lleva sirviendo en esta casa?

–Dieciocho años.

–Mucho tiempo.

–Sí –se le notó el orgullo en la voz.

–Debe de conocer todos los entresijos familiares.

–Algo –se encogió de hombros–. No soy una cotilla.

–¿Los conoce por lo que habla con ella o por lo que ve y oye aquí y allá?

–Por todo.

–Hábleme de la familia.

Otra mirada insegura, incómoda.

–Eladia, cualquiera pudo haber robado ese loro. Cualquiera que conociera su valor, claro. Eso hace que nos tengamos que ceñir sólo a unas pocas personas. Necesito saber cómo es el entorno de Claudia Parets y cómo se lleva con los suyos. Es decir: la necesito a usted. Es clave para resolver el robo, se lo aseguro. Ayúdeme, ayúdela, y se ayudará a sí misma.

Soltó una bocanada de aire.

–¿Qué quiere saber?

–Comencemos por su hijo –miré las notas facilitadas por Claudia Parets–. Dámaso.

–Trabaja mucho, viene poco, tiene su vida. Es cuanto puedo decirle de él. Si David hubiera vivido...

–¿Por qué lo dice?

–Por lo que sé, David era el preferido, y también el mejor de los dos. Un gran hombre. Él sí quería a su madre con locura.

–¿Cómo murió?

–Fue hace veintidós años. Una noche el señor estaba fuera y la señora se encontró mal. Llamó a David y él salió corriendo de su casa. En el camino unos chicos le asaltaron en un semáforo. Debió de resistirse... Nunca se ha sabido. El caso es que le mataron. Tal vez fue un mal golpe dado por esos jóvenes. Nunca les pillaron.

–¿Hubo testigos?

–No.

—Entonces ¿cómo se sabe que fueron ellos?

—Vieron correr a un grupo de chicos cerca de allí.

—Ningún padre debería sobrevivir a un hijo —pensé en el mío, tendido en una cama, inmóvil salvo por aquel dedo con el que se comunicaba conmigo.

—La muerte de David provocó el tercer infarto del señor, el definitivo. Apenas sobrevivió dos años más después de eso.

—Una historia triste.

—Fue algo más que eso —continuó Eladia—. La señora Luciana, la mujer de David, siempre culpó a mi señora de su muerte, por haberle llamado aquella noche. Por eso no se llevaron bien y hoy ya no hay ningún trato entre ellas. Como tampoco tuvieron hijos...

—Así que Joana y Manel, los hijos del señor Dámaso, son los únicos nietos de la señora Claudia.

—Sí.

—¿Vienen mucho por aquí?

—De niños y adolescentes, mucha abuela, mucha propina a escondidas, mucho encanto, pero ahora... Vienen de peras a cuartos, aunque cuando necesitan dinero también son de los que paran la mano. Supongo que no son mejores ni peores que cualquier joven de su edad. Su madre es irlandesa.

—Eileen O'Callaghan —leí.

—Sí.

—¿Ella tampoco visita a su suegra?

—Se ven —hizo un gesto vacuo—. Pero lo mismo, muy de tarde en tarde.

—Queda Plácido Miserachs, el sobrino.

—Un tarambana —fue rápida—. Ése sí viene por aquí mucho, cada vez que quiere dinero. Vive a salto de mata, es un liante, pero como es el único sobrino de la señora y le prometió a su hermana muerta hacer lo que pudiera por él... —desde luego no le gustaba el tal Plácido. Su rostro se ensombreció por momentos y hasta perdió la cautela y las reservas con las que hablaba de la familia de su jefa—. Yo creo que hasta estuvo en la cárcel, porque hace tres años no apareció en seis meses. Tiene cuarenta y siete años, no es un niño, pero cuando se es un bala perdida... Su madre era la hermana menor de la señora.

—¿Cómo se llamaba?

—Mercedes.

—¿Ningún familiar más?

—No. Bueno...

—¿Qué?

—Queda el hermano que desapareció.

—¿Cómo que desapareció?

—Pues eso, que se esfumó de la noche a la mañana. Se llamaba Antonio. Un buen día nadie volvió a saber de él. Era soltero, así que...

—Eso sucedió...

—Lo mismo, hace la tira de años, antes de que yo entrara a trabajar con ella.

Es increíble lo que una encuentra cuando se pone a escarbar en los entresijos de cualquier familia.

Aunque todo aquello no me sirviera de nada para dar con Mauricio.

—¿Se le ocurre algo más que pueda ayudar al detective que llevará el caso?

—No, la verdad.

—¿Conoce usted a la persona que le vendió el lo..., el guacamayo a la señora?

—No.

—Me ha dicho que antes tuvo un perro.

—Tomás, sí. Era precioso. Se quedó muy sola sin él hasta que llegó Mauricio.

—¿A usted le caía bien?

—¿Mauricio? —se encogió de hombros—. No es lo que yo considero un animal de compañía pero si a ella le gusta...

—Tenía que limpiarlo, quizá fuera un mal bicho.

—Yo ni me acercaba a él. Se ocupaba la señora personalmente. Era..., bueno, es su juguete. La verdad es que es gracioso, simpático, aunque cuando se pone a hablar... —se llevó una mano a la cabeza—. Es que no para, oiga. Puede estar una hora repitiendo palabras él solito.

—¿Y esa tal Meritxell Robert?

—Es como ella, ochenta y tres años, incombustible, tan viuda y tan rica como la señora Parets. Antes se visitaban más, merendaban, salían de compras, chismorreaban sin parar, pero llevan una temporada... Achaques, algo de celos y envidia, una especie de carrera por ver quién vive más y cuál de las dos hace la cosa más disparatada... Son tremendas. Una de esas relaciones de ancianas entre el amor y el odio. Muy curiosa.

—¿La señora Claudia es realmente rica?

—¿Está de broma? —Eladia me miró como si acabase de preguntarle si se presentaría a Miss Universo—. ¿Nunca ha oído hablar del señor Dalmau?

—No.

—Negocios, empresas, fábricas...

—¿Aún lo conserva?

—Todo pasó a manos del señor Dámaso.

—¿Plácido no tuvo herencia?

—Ni locos le habrían dejado algo a él. ¿Para qué? Le habría durado dos días.

—¿Qué edades tienen el señor Dámaso y sus hijos?

—Él debe de rondar por los cincuenta y nueve, y ellos..., veinte Joana y diecisiete Manel.

—¿Cómo es que los tuvo tan tarde?

—Porque estuvo casado y se divorció de su primera mujer antes de tener hijos. Creo que se casaron muy jóvenes, esperaron y esperaron, las cosas fueron mal, y tras unos años muy duros la muerte de su hermano y su padre le obligó a retomar las riendas de su vida y los negocios de la familia. Entonces se divorció, conoció a la señora Eileen y eso le acabó de estabilizar. Y quién lo iba a decir, porque, según la señora Parets, antes el señor y su hijo discutían siempre. Ya le he dicho que David era el favorito. Pero Dámaso era ambicioso. La señora Eileen es muy guapa, muy lista. Eso de que detrás de cada gran hombre hay una gran mujer es verdad —lo dijo con rotundidad—. Lo malo fue que el divorcio supuso otro disgusto para la señora Parets. Quería a su nuera, la señora Victoria, como a una hija. Y ella estaba loca, pero loca, por el señor Dámaso. Tanto es así que acabó en tratamiento psiquiátrico o algo parecido y oí decir que murió trastornada.

Eladia era un pozo de información. Un pozo ilimitado. Buscaba un loro y me encontraba con las historias de una familia de la clase alta barcelonesa, ni más ni menos peculiar que otras del mismo estilo. Para mojar pan. Pero el sentido común me decía que a Mauricio no le habían robado unos extraños, sino alguien del círculo de Claudia Parets.

El sentido común.

A Eladia le vino de golpe.

—Oiga, ¿qué tiene que ver todo esto con lo del loro?

—El círculo que rodea a su señora es pequeño, y siempre hay que empezar por lo más cercano. Un gran porcentaje de los delitos sexuales o de los robos en una familia rica los cometen los propios interesados.

–Pues sólo le faltaba eso –se estremeció–. Ya no está para muchos disgustos. Espero que se equivoque. Lo espero de corazón.

–Yo también –me oí decir a mí misma.

Un rato antes yo estaba en el despacho de papá, ajena a todo, suspirando por un caso. Ahora tenía una clienta que me caía simpática, pese a que compraba por noventa mil euros animales en vías de extinción, y acababa de enterarme de casi todos sus líos familiares gracias a la eficaz Eladia.

Hora de marcharme y comenzar a investigar.

Tenía que justificar el avance de aquellos tres mil benditos euros.

Claudia Parets me despidió en la puerta de su casa. Volvía a ser una anciana menuda. Los ojos habían perdido vigor. Me tomó una mano entre las suyas y me transmitió su calor.

–La mantendré informada –le prometí.

–Gracias.

Me acarició la mejilla.

Pensé que, con suerte, quizá pudiera presentarle a mi pragmática y sería abuela.

Noche y día.

Le di un beso en la mejilla y me la imaginé de abuela. Un todoterreno animoso. En ese instante sentí por ella un afecto fuera de lo común, por mucho que comprara animales ilegales por noventa mil euros.

Regresé a pie al despacho. Necesitaba la moto. Por el camino intenté ordenar las primeras ideas del rompecabezas. Claudia Parets tenía un hijo vivo, Dámaso; una nuera irlandesa, Eileen; dos nietos, Joana y Manel, y un sobrino-bala-perdida/oveja-negra, Plácido. En el lado de los caídos, un marido prohombre, Genaro Dalmau Amorós; un hijo asesinado, David; una hermana muerta, Mercedes, y un hermano desaparecido, Antonio, amén de una nuera loca por amor, Victoria.

Y sin embargo la lógica dictaba que debía seguir un primer camino, que no pasaba precisamente por la familia, sino por el tal Ángel Miralles, el vendedor de Mauricio.

–Un loro no es precisamente algo fácil de ocultar –me dije a mí misma en voz alta–. Hay que atenderlo, darle de comer, mantenerlo aislado si es tan hablador como dice Eladia...

Un día después de su desaparición, no había petición de rescate. Eso eliminaba, de momento, otro camino. Pero quedaban dos: hacerle daño a mi clienta o... el dinero, puro

y simple. Mauricio valía noventa mil euros. Aun revendido, por ochenta, setenta, sesenta o cincuenta, representaba mucha pasta.

El banco ya estaba cerrado, así que tuve que seguir cargando con los tres mil euros. Nunca había llevado tanto dinero encima. Llegué a la esquina de Madrazo con la Vía Augusta, saqué el casco del maletero y me monté en la moto sin subir al despacho. La foto de Mauricio estaba sobre la mesa, pero no la necesitaba. Era bastante identificable. Casi todos los loros eran de colores vivos e intensos, pero aquellos Spix, tan grises, azulados, cabeza, alas y colas pálidas, pico y patas negras, piel facial gris, ojos oscuros...

Hermosos y a punto de desaparecer de la faz de la tierra.

Perro mundo.

Subí por Vía Augusta hasta Mitre, bajé por la ronda y en la plaza de Prat de la Riba enfilé Manuel Girona.

La tienda de animales estaba en la acera de la izquierda, antes de alcanzar la iglesia, que quedaba a la derecha. Lamentablemente estaba cerrada, algo que ya esperaba dada la hora.

Todo el mundo comía menos yo.

Me volví a casa.

Todavía no me acostumbraba a los cambios, al brutal rumbo que había tomado mi vida tras el intento de asesinato de papá y su nuevo estado. Con él inmovilizado en la habitación principal, que de pronto parecía la de un hospital, el piso se había convertido en un universo silencioso. Yo ni siquiera me atrevía a poner música. La abuela, como siempre, daba la impresión de vivir en su mundo aislado. Aún hablaba menos. Miraba más, y con mayor agudeza, pero hablaba menos. Para postre estaba Alejandra, la mujer que cuidaba de papá. Era colombiana, de Medellín. Paisa. Allí trabajaba de enfermera hasta que las FARC mataron a su marido y a su hijo. Entonces se había venido a España, con su hija, casada con un español. Alejandra era fuerte y amable, cariñosa y entregada, una luz, un milagro del destino. Había tenido a su hija con dieciséis años y a su hijo con diecinueve, así que no era mayor. Tenía cuarenta y tres años.

Fue a la primera que vi nada más abrir la puerta.

—Hola, señorita Berta —me saludó.

—¿Qué tal la mañana?

—Bien, muy bien.

Alejandra era de piel muy blanca, cabello negro, labios hermosos, ojos expresivos y

nariz grande. Decía que eso era un signo paísa. Hablaba siempre con voz muy dulce y empleaba un lenguaje propio. Si quería pedir alguna cosa decía «¿Me regala...?». Para concluir cualquier conversación, despedirse o dar las gracias, utilizaba la coletilla «Con mucho gusto». Para preguntar qué deseaba decía «¿Qué le provoca?». Usaba el usted por norma, no por obligación. Cuando me contó la forma en que los sicarios entraron en su casa y dispararon a su marido, por querer mediar entre dos grupos armados en el barrio, ya no lloraba. Su última lágrima se quedó allá, en los cerros del valle de Aburrá. A su hijo lo mató ese día una bala perdida que rebotó en alguna parte.

Dejé mis cosas en mi habitación y me metí en la de papá. Seguía esperando que, de pronto, caminara y me hablara. Un sueño. Me senté a su lado, tomé su mano y miré sus ojos vivos pero casi siempre inexpresivos, fijos en el techo.

–¿Estás despierto?

Movió el dedo una vez.

Su mirada me buscó.

«Sí.»

–¿Qué has hecho esta mañana?

Dibujó en la palma de mi mano las letras con su dedo índice, su nueva voz.

«PASEAR.»

–Bien –sonreí cerca, para que lo notara.

Acaricié su mano. ¿Qué se le pregunta, día tras día, a un hombre convertido en una estatua?

Me vino a la cabeza la llamada de Ramiro Crussat.

Papá seguía enamorado de mamá.

–Tengo un caso –le dije.

«BIEN.»

–A una anciana le han robado su loro. Bueno, un guacamayo.

Tardó en responderme. Pensé que no me había entendido correctamente.

«¿PAGA?»

–Tres mil euros de adelanto.

«GENIAL.»

–Y diez mil más si lo encontramos.

«¡!»

–¿Alguna sugerencia, señor detective?

«¿POR QUÉ?»

—El loro vale una pasta porque es un bicho ilegal. Se lo vendió uno de contrabando o algo así.

Otra pausa.

«CUIDADO.»

—¿Por qué?

«MAFIAS.»

—Ya imagino que esas cosas no las hacen cuatro desgraciados —le hablé despacio, junto al oído—, pero quizá sea cosa de la familia. Es gente de dinero, con sus trapos sucios. ¿Te suena un tal Genaro Dalmau Amorós?

¿Cómo bucea en su memoria alguien inmovilizado?

Dos golpes con el dedo.

«NO.»

—¿Berta? —escuché la voz de la abuela llamándome.

—¡Voy! —la avisé.

El dedo se deslizó por mi mano. Tuve que prestarle atención para no perderme ninguna letra invisible.

«MAL HUMOR.»

—¿Cuándo no lo está? —suspiré.

Esperé unos segundos pero ya no hubo respuesta. Dejé su mano despacio, me incliné sobre él y le di tres besos, dos en las mejillas y uno en la frente.

Si le decía que mamá tenía un tumor en un pecho, lo más seguro es que se angustiase.

Extraña cosa el amor.

Te mata, te ata, te libera, te...

Salí de la habitación y llegué a la cocina, donde la abuela solía instalar sus reales a la hora de comer. A veces dejaba cocinar a Alejandra. Me encantaban sus «bandejas paisas», sus frijoles, sus patacones..., o sea rodajas de plátano prensadas y tostadas como si fueran patatas fritas.

—Hola, abuela.

—Pon la mesa.

—Vale —alargué la primera vocal para que, al menos, supiera que esperaba algo más.

En el comedor le susurré a Alejandra:

—¿Qué le sucede hoy?

La mujer se encogió de hombros.

Cuando le dije a papá que iba a seguir con la agencia, por pura necesidad y supervivencia, y que yo fingiría ser su ayudante, o su secretaria, para que los clientes nos continuaran encargando casos, me puso algunos impedimentos antes de claudicar. Después de todo le había demostrado que era buena resolviendo todo el embrollo de su falso accidente. Se trataba de seguir adelante con nuestras vidas, nada más. Y le juré que nada de armas ni casos difíciles. Que para eso, antes, llamaría al inspector Alfredo Sanllehí. Lo peor fue, naturalmente, ella. La abuela puso el grito en el cielo antes de conseguir que se sentara y me escuchara. Se lo expuse claro: si quería a papá en casa, cuidado, bien atendido, no en una residencia como si fuera un residuo, teníamos que pagar a alguien para que le atendiera. Y alguien con experiencia. Le juré y rejuré a la abuela que no iba a meterme en líos, que no estaba loca, que el plan era bueno. La gente creería que contrataba a un detective celoso de su identidad secreta, que nunca daba la cara, para mantener su anonimato. Eso incluso le daba un plus de misterio. La abuela claudicó a regañadientes, pero lo hizo; aunque su humor seguía deteriorado, más y más cada día, tan agobiada por la suerte de su hijo como por el miedo de que me sucediera algo, y ahora, encima, me observaba con lupa. Si no iba a comer o a cenar, por la razón que fuese, comenzaba a elucubrar.

A mí me bastaba con un caso a la semana para subsistir. Dos para ser feliz. Tres, y ya me emocionaba.

Y mientras, a esperar que nuestro grupo se abriera camino.

La abuela pareció captar mis pensamientos.

—¿Vas a ensayar hoy?

Nunca la oía llegar. Ni marcharse.

—Sí.

—¿Llegarás muy tarde?

—Me lo preguntas cada vez que ensayamos.

—Y te lo volveré a preguntar.

—Pues te digo lo mismo: que no lo sé. Depende de lo enrollados que estemos.

Debía de ser la antinieta. Me quería, eso estaba claro. Pero que tocara en un grupo y de pronto me hubiera metido a detective...

—Ese caso del que has hablado...

Se lo había dicho a papá en voz baja. ¿Por qué no era sorda, como las abuelas

normales?

–Nada, trabajo –no le di importancia.

–¿Y lo del loro?

–Pues que a una señora le han robado uno, ya ves. Tiene ochenta y dos años y es su juguete preferido.

–Hay gente para todo –rezongó.

–Que sepas que es rica, y muy simpática.

No valoró la información como esperaba. Salió del comedor y regresó a la cocina.

Alejandra se metió en la habitación de papá para moverlo, como hacía regularmente cada dos horas.

La tienda de Ángel Miralles estaba abierta. Detuve la moto, guardé el casco y me encaminé hacia ella. Perdí casi un minuto en el escaparate, enamorándome de los perritos que agitaban su cola al verme, con sus ojitos cargados de esperanza mientras me gritaban silenciosamente: «¡Cómprame!», «¡Llévame a tu casa!», «Soy precioso, ¿no lo ves?». También había gatos, minúsculos, y tortugas, periquitos, peces...

Un lugar lleno de vida que, sin embargo, se me antojó triste.

Siempre había sido igual, desde niña, cuando le pedía a papá y a mamá un perro y se me encogía el alma al verlos en tiendas como aquella.

Prisioneros.

Aunque liberaras a uno, al día siguiente habría otro.

Aquel escaparate siempre estaría lleno.

No había nadie buscando un animal de compañía o comida para el suyo. La única dependienta era una chica de unos veinte o veintiún años, bajita, redondita, cabello negro en punta, pecho generoso, tatuajes asomando por sus brazos desnudos, el escote o por entre los pantalones y el top que dejaba al aire su ombligo presidido por un *piercing* de plata. Mascaba chicle con desparpajo y entusiasmo, así que sus facciones excesivamente maquilladas se contraían y distendían al compás de sus mandíbulas, coronadas por un sinfín de tachuelas en las orejas. Los ojos eran muy negros. Los labios, casi.

—Hola —le sonreí amistosa.

—Hola —se quedó tal cual, a la espera de que le pidiera algo.

—Quería ver a Ángel —utilicé sólo el nombre de pila para demostrar familiaridad.

—No está.

—¿Vendrá más tarde?

—No sé —se encogió de hombros y casi me dio por pensar que iba a hacer una pompa que me estallaría en la cara—. Hoy no ha venido, ni ha llamado para decir nada.

Hice un gesto de contrariedad.

–Pues necesito hablar con él urgentemente.

–Y yo, pero es lo que hay. Tampoco coge el móvil. ¿Le digo algo? ¿Te llamas...?

–Berta, aunque no me conoce.

–¿Es por algo de la tienda, o...?

–Es personal.

–Ah, ya. Vaya –su cara, de pronto, se revistió de fastidio.

Su mirada de algo más.

Desprecio.

–¿Ocurre algo? –le pregunté.

–A mí... –ahora sí hizo una pompa, no muy grande. Estalló y la absorbió sin cambiar su expresión–. ¿Qué edad tienes?

–Dieciocho.

–Pareces mayor.

–Eso dicen.

–¿Quién te envía?

–Nadie.

Otra mirada distante. No me creía. Evidentemente hablábamos lenguajes distintos y ella se refería a algo que yo no lograba concretar.

–Mira, oye –pareció cansarse del juego–, pásate luego y ya está. Es cuanto puedo decirte. Cerramos tarde.

–¿Y si no puedo?

–Pues mañana, tú misma. A ver, ¿qué más quieres que te diga?

–Vale, gracias.

Salí de la tienda un poco furiosa, y muy desconcertada, bastante inquieta. Me resistí a volver a mirar a los perritos que, con las patas apoyadas en el cristal, me suplicaban, ladraban, movían la cola, enderezaban sus tiernas orejas y esperaban mi rendición. Caminé hasta la moto y, aunque llegué a pensar en aprovechar un poco más el tiempo trabajando en el caso, opté por no liarme y cumplir con mi cometido: ir a ensayar. Hiciera lo que hiciera, sabía que me complicaría la tarde. Y precisamente habíamos quedado temprano para emplearnos a fondo varias horas.

Sacar adelante el grupo.

Creí que sería la primera en llegar al local de ensayo, pero me equivoqué. Iván ya

estaba dándole a la batería con su peculiar estilo y ahínco. A mí me gustaba su contundencia, pero más su sana locura. No sé dónde había leído que en todo grupo hacía falta un catalizador, un elemento que aglutinara los egos de los demás, subiera los ánimos cuando estaban bajos y rebajara las tensiones cuando se producían. En nuestra banda era él.

Nos dijimos hola y yo tomé mi bajo eléctrico. Por lo menos podríamos ensayar algunas bases rítmicas antes de que llegaran los demás. Sin embargo, nada más sentarme y pulsar la primera cuerda, Iván dejó de tocar y me observó.

—¿Qué pasa? —le pregunté cuando me di cuenta de ello.

—Hace un mes o así mi hermano te propuso formar un dúo electroacústico.

No esperaba que me hablase de eso.

—Sí.

—¿Lo has pensado?

—No —fui sincera.

—¿Por qué?

—Porque aún estamos tratando de poner en marcha esto, y hay que creer en ello. Si ahora cambiáramos...

—Pues estaría bien.

—¿No le ves futuro al grupo? —alcé las cejas.

—Sí, lo tiene, pero...

—¿Pero qué?

—Tú sabes que Marcos va de líder, es el guitarra guapo y todo eso. Y que Sandra, cuando pueda, se presentará a uno de esos programas de la tele que buscan candidatas a estrellas efímeras. Como es guapa a lo mejor incluso le ofrecen grabar en solitario cualquier día de éstos. Mi hermano y tú en cambio tenéis algo que decir. Musicalmente hablando sois de lo más compatible.

—Musicalmente hablando.

—Bueno, ya sé que está colado por ti pero...

—¿No crees que eso complica las cosas?

Iván se encogió de hombros.

—Si marcas tu territorio no veo...

—Oye, oye, espera. ¿Y tú?

—¿Yo, qué?

–Si Lucas y yo nos vamos para montar ese dúo, ¿qué pasa contigo?

–Siempre se necesitan buenos baterías, y yo lo soy. Pero salvo dos o tres, en la historia, ¿a cuántos se les recuerda como líderes o promotores de algo? Yo sólo quiero tocar. Me da igual la fama. En cambio mi hermano es muy bueno con las teclas, y tú sabes muy bien que si no fuera por Sandra serías la cantante solista.

–Yo no puedo ser la cantante solista. No doy la talla.

–Te infravaloras.

–Ya.

–¿Crees que eres la bajista porque Marcos es mejor guitarra, y la segunda voz porque Sandra es una tía sexy?

–Sí.

–Eso es creer muy poco en ti misma.

–Mira, Iván, hoy no quiero psicoanálisis –suspiré–. ¿Te ha dicho Lucas que me hables?

–No, esto es cosa mía.

–¿Y cómo sabes lo del dúo?

–Me lo comentó él. Me preguntó qué pensaba. Le dije que era una buena idea.

–A tu hermano no se le habría ocurrido lo del dúo si no fuera porque le gusto.

–Le gusta más la música, te lo aseguro. Puede estar colgado por ti pero siempre estará más loco por su música, sus teclados... ¿Estás tú en el grupo porque te gusta Marcos?

Me puse roja como un tomate.

Auna no le gusta que le recuerden sus debilidades.

–No es eso.

–Los malos siempre tienen ese encanto especial, ¿verdad? –esbozó una tímida sonrisa.

–Anda, va, no me seas palizas tú ahora.

–Marcos no es mal tío, pero va de chulo.

–Iván...

–Canta bien y todo eso, pero con las tías... Le gusta todo lo que tenga...

–¡Iván!

–Vale, vale, perdona –levantó las dos manos como si le estuviera apuntando con una pistola–. ¿Ensayamos algo?

–A eso hemos venido, plasta.

–¿«Pájaro azul»?

–Bien.

Encajé el bajo sobre mis rodillas, porque estaba sentada, y pulsé las cuatro cuerdas. Luego esperé a que Iván marcara el ritmo y me diera la entrada.

–Y uno, dos, tres...

Ensayamos el tema cuatro veces, y a la cuarta nos salió redondo. Lo celebramos con sendas miradas de aliento. En un grupo, cuando se ensambla una canción, es lo más parecido a un grito de los sentidos. Yo imaginaba que tocarlas en vivo ya sería la locura. Era lo que necesitábamos: probarnos en directo.

Sin embargo no dejaba de pensar en lo que acababa de decirme Iván.

En cualquier conjunto hay roces antes del éxito, durante el éxito y después del éxito. Eso contando con la palabra de marras: «éxito». Si no pasábamos de ser unos meros candidatos, como la mayoría de los que se quedaban en el camino...

Nos faltaba algo.

Quizá cohesión, honestidad, sinceridad para rebajar los egos y formar un equipo sólido.

Ensayábamos «Amarillo» cuando apareció Lucas.

No nos cortó el rollo. Se sentó a los teclados y sin decir nada se unió a nosotros desparramando una de sus clásicas cortinas sonoras sobre la base de ritmo.

Diez minutos después se nos unió Marcos.

Sandra fue la última.

No llegué muy tarde a casa. Sandra tenía una cita y Marcos también aprovechó para irse. Llevábamos ya varias horas dándole al callo y estábamos satisfechos del resultado. Una de nuestras mejores sesiones, de las que te dejan buen cuerpo. Me despedí de Iván y Lucas y me subí a la moto dispuesta a ser buena chica y darle una alegría a la abuela, esto es: cenar con ella y a una hora decente.

A veces intentaba imaginármela de joven y no podía.

La irreductible abuela Joaquina.

Me parecía imposible que siempre hubiera sido tan seria, tan de pocas palabras, tan encerrada en sí misma.

Doblé la esquina de mi calle y casi me empotré contra un coche aparcado en doble fila. La culpa no fue del coche, sino mía, por encandilarme con la sorpresa que me produjo descubrir a mi vecino Leo con una chica, hablando animadamente al amparo de la marquesina de la tienda de electrodomésticos.

Ella era monilla, bajita, delgada, falda corta, cabello largo, un hombro al aire, cierto desparpajo a juzgar por cómo se reía y movía las manos, unos dieciséis años. Parecían estar encantados el uno con el otro.

Si algo quería yo era que Leo se enrollara con alguna.

Porque estar enamorado de la vecina era tan típico y al mismo tiempo tan duro...

Sobre todo cuando la vecina pasa.

No me vieron y llegué hasta la acera. No quise ser cotilla, aunque me habría gustado acercarme a ellos, pasar cerca, pillar algo de su conversación. Algo que, por otra parte, seguro que era de lo más trivial. Me contuve y crucé los dedos. Leo era un encanto, el amigo de tantas noches en la ventana de enfrente hasta el momento en que se me declaró y se rompió la magia. Y también era la prueba de lo mal que funcionan las relaciones en

la adolescencia o la primera juventud. Leo embobado conmigo. Lucas embobado conmigo. Y yo colgadita del más impresentable, Marcos.

Y si lo sabía, ¿por qué lo estaba?

¿Ésa era mi fuerza de voluntad?

¿Cuándo perdería el último vestigio de aquella larga, muy larga y eterna adolescencia?

—Maldita tierra de nadie —rezongué.

No vi las cosas de Alejandra en el recibidor, así que supuse que ya se había ido. Dejé las mías en mi cuarto y metí la cabeza por la puerta del de papá. Su forma destacaba inmóvil en la blancura de la cama y bajo aquella suave penumbra. Tenía los ojos cerrados y la luz apagada, así que imaginé que ya dormía, aunque seguía sin poder imaginarme los conceptos «día», «noche», «despierto» o «dormido» dentro de su cabeza. Sólo había pasado un mes y medio desde el accidente. Desde que resolví aquellos tres primeros casos para dar con el que le había querido matar.

Parecía haber transcurrido una eternidad.

Y no dejaba de preguntarme cómo vivía en su cárcel eterna.

Cuando hablábamos a través de su dedo sólo me transmitía fuerza, nunca una queja. A veces temía que me pidiera la eutanasia o algo así.

Iba a darle un beso a la abuela pero me atajó sin siquiera volverse hacia mí.

—¿Has cenado?

—Ya sabes que no —descarté mi gesto, impotente, y me dejé caer sobre una de las sillas de la cocina.

—Yo no sé nada. Me lo dices tú ahora.

No quería discusiones. No esa noche.

—Abuela...

—Eso, abuela.

—¿Vas a estar toda la vida así? ¿Qué te pasa?

—Ya sabes qué me pasa.

—¡No, no lo sé! ¿Es por papá?

Me atravesó con una de sus miradas aceradas, de amor sufriente, de abuela dolorida.

—Es por ti, Berta.

—¡Yo estoy bien!

—Esa idea tuya... ¡Y encima tu padre te deja!

—No es que me deje, supongo que también estará preocupado, pero no soy tonta, lo he

demostrado, soy su hija, tengo cabeza, y reconoce que es la única forma de no cerrar la agencia y ganar el dinero que necesitamos para vivir. ¡Por lo menos admítelo, no es tan difícil!

–Es ilegal, no tienes licencia. Y eres una cría. Acabarás metiéndote en líos.

–Menuda confianza –suspiré–. ¿Quieres que nos muramos de hambre, y que papá acabe en una residencia?

–Trabaja.

–¿En qué? ¡No encuentro nada! Vivimos en crisis perpetuas, ¿no te enteras? Y aunque consiguiera un trabajo, ¿cuánto crees que me pagarían con dieciocho años? ¡Una miseria! ¡Con la agencia nos basta un caso o dos a la semana para ganar lo necesario y tener a papá en casa!

Hizo oídos sordos a lo que le decía, una vez más.

–No buscas trabajo porque estás con eso de la música, otro sueño.

–La música me da una salida, sí, y me gusta, pero también es algo más. Me apasiona lo que hago. Desde que papá sufrió el accidente –seguíamos llamándolo así en lugar de intento de asesinato–, no he tenido más que una docena de casos de lo más típico y tranquilo: seguir a gente y hacer informes. ¡Es hasta aburrido! Con la música vivo, abuela. Ahora tengo un trabajo –contuve su reacción–. Ilegal, vale. No tengo licencia y puedo meterme en problemas. Pero confía en mí. Dame tiempo. Me sacaré esa licencia si hace falta –abrí las manos impotente–. Ya ves tú lo peligroso que es esto. Hoy me han pedido que busque un loro. Una ancianita de ochenta y dos años, una especie de tanque lleno de energía, que pagará lo que sea por su animal de compañía. Y lo encuentre o no, cobraré lo mismo. Si no fueras tan cabezota...

–La cabezota eres tú.

La cena ya estaba casi preparada. Una ensalada y una tortilla. De dos huevos. Con un poco de harina para darle espesor, que me gustan secas. Me levanté para coger un vaso y los cubiertos. El agua y la servilleta estaban ya en la mesa. El plato lo tenía ella.

Fue entonces cuando se lo dije.

No sé muy bien por qué, pero lo hice.

Quizá para... Bueno, da lo mismo.

–Me ha llamado ese hombre.

–¿Qué hombre?

Me costaba decir el nombre.

–Ramiro.

–¿Te ha llamado él?

–Sí.

La abuela dejó de hacer lo que estaba haciendo. La gravedad regresó a su rostro. No tuvo que volver a preguntar.

–Mamá tiene un tumor en el pecho.

No movió ni un músculo. Después de todo, tenía a su único hijo postrado en una cama de por vida. Nada podía ser peor que eso. Nada, salvo que me sucediera algo a mí.

–Le han hecho pruebas y esas cosas. Aún no saben si bastará con la quimio o tendrán que quitárselo, aunque eso hoy se considera cirugía radical y sólo se hace en determinados casos.

–Si a tu madre le quitan un pecho la matan.

–Y si se queda calva también. Lo de la quimio parece inevitable.

–Hay pelucas.

–Y prótesis, o cirugía, pero...

Nos miramos un par de segundos.

–¿Qué vas a hacer? –me preguntó.

–Nada, ¿qué quieres que haga?

–Ve a verla.

–¿Otra vez con lo mismo?

–Te lo dije cuando se marchó, a pesar del daño que nos hizo. Y te lo dije cuando sucedió lo de tu padre. Es tu madre, y siempre lo será, haga lo que haga, bien o mal. Te guste o no, eligió un camino.

–Parece mentira que papá sea tu hijo.

–Yo debería odiarla. Tú no.

–¿La odias?

–Eso es cosa mía.

–No, dímelo. ¿La odias?

–Sí.

–Entonces...

–Yo puedo vivir con odio. Soy mayor. Tú no. El odio mata, destruye, es peor que un cáncer. Lo devora todo. No puedes dejar que te marque y emponzoñe para siempre. Debes ir a verla, hablar con ella. Es tu única terapia.

–Le destroza la vida a papá, se va con otro, más rico, un mafioso, encima ahora es la «madre» de esas dos gemelitas monstruosas, y tú...

–Yo nada, Berta –reaccionó y me puso los dos platos en la mesa, el de la ensalada y el de la tortilla–. Yo nada. Sólo te digo lo que te digo. El resto es cosa tuya.

Quizá se lo había contado por esa misma razón.

Para que me empujara.

No quise pensar en ello, y aunque me había quedado sin hambre hice un esfuerzo por cenar.

En silencio.

La abuela ya no estaba allí.

Terminé en diez minutos, lavé los platos y me fui a mi habitación. Me senté delante del ordenador y entré en Internet. Primero tecleé el nombre de Genaro Dalmau Amorós. Aparecieron bastantes miles de páginas directas o afines. Eladia tenía razón. El difunto marido de Claudia Parets era un pez muy gordo, un industrial de los de antes, pura burguesía catalana. Pasé de las páginas oficiales o rutinarias y busqué algo más. Durante unos veinte minutos navegué por la vida y obra del creador de un rutilante imperio que su hijo Dámaso había tratado de mantener en pie a duras penas, porque los tiempos ya no eran los mismos y hasta los grandes imperios se deshacían como el azucarillo frente al caos universal. Aquélla era la historia de una familia de élite. Mucho poder. Mucho dinero.

Y Claudia Parets en su limbo, con su bolso lleno de euros y con Mauricio.

Todo lo que me había contado la asistente de mi cliente era cierto. David había muerto asesinado. Genaro Dalmau, de un infarto tras él. Dámaso se había divorciado de su primera esposa, Victoria Sanromá, para casarse con Eileen O’Callaghan. Los nuevos delfines eran Joana y Manel. Por ninguna parte aparecía el sobrino díscolo, Plácido Miserachs Parets, ni el hermano desaparecido de Claudia Parets, Antonio. Estaba claro que los Parets no eran nada al lado de los Dalmau.

Bueno, el número de sospechosos del robo de Mauricio era bastante limitado.

Aunque difícil de investigar.

Tecleé «guacamayo Spix» en el buscador.

Y ahí sí aluciné de veras.

Mauricio, bueno, los Spix –*Cyanopsitta Spixii*– tenían 1.400 páginas dedicadas a ellos. Y no eran páginas cortas o triviales. Algunas eran de entidades dedicadas a su

estudio, otras de grupos preservacionistas, de ONG's, de asociaciones en su defensa, de zoólogos, de loroadictos, de su descubridor en 1831, Johan Baptist Ritter von Spix, y por supuesto de blogueros amantes del bicho y de su especie. Los noventa mil euros pagados por Claudia Parets eran excesivos, sí, pero es que los precios en el mercado negro no bajaban de los setenta o setenta y cinco mil. Los Spix ya no existían en libertad, se habían extinguido oficialmente en el año 2000, y las pocas decenas en cautividad se mimaban casi más que los panda. El nacimiento de un huevo de Spix se celebraba en una web como si se hubieran hallado los restos de Alejandro Magno.

Lo que no saliera en la red...

Miré una docena de fotografías de guacamayos de Spix, todas preciosas. Antes las habría tomado por imágenes de periquitos. Ignorante yo. Sólo les faltaba la exuberancia y los colores de otros loros más comunes.

Me llamó la atención una página llena de lemas:

«El tráfico de especies representa la mayor amenaza global para la fauna después de la destrucción del hábitat», «El equilibrio ecológico es el que más fácilmente se rompe», «La simple introducción de un animal de una especie en un lugar que no le es común altera radicalmente todo el ecosistema que le rodea y lo modifica», «En España hay 400 especies exóticas invasoras», «A principios de los años noventa del siglo pasado, el tráfico ilegal de animales movía 160 mil millones de dólares. De eso hace veinte años», «La insaciable demanda de mascotas exóticas, medicinas tradicionales y manjares selectos impulsa un negocio multimillonario y no tan perseguido como el tráfico de drogas, por ejemplo, que está vaciando bosques y océanos».

La venerable ancianita que me había contratado se me hizo ahora menos simpática.

Pero era mi cliente.

Tenía suficiente y era tarde. Apagué el ordenador, me lavé los dientes, me puse un pijama y me acosté aun sabiendo que me costaría conciliar el sueño.

Iba a soñar con loros, tumores de pecho, mi abuela dándome la vara...

Día 2, jueves

Lo primero que hice por la mañana fue ir al banco a ingresar el dinero de Claudia Parets. Me quedé trescientos euros para gastos. Luego subí al despacho de papá, aunque no sé por qué seguía llamándolo así. Él ya no volvería a pisar nunca aquel lugar. Ahora era mi despacho.

Mi despacho.

Puse el contestador automático con la esperanza de que hubiera una docena de clientes a la espera de mis servicios. Vana ilusión. El único mensaje me hizo fruncir el ceño.

—¿Señor Cristóbal Mir? Me llamo José María Andrade y soy el abogado personal de una cliente suya, la señora Claudia Parets. ¿Le importaría ponerse en contacto conmigo a la mayor brevedad posible..., bueno, mejor dicho, con la mayor urgencia? Le daré mis teléfonos personales. Mi número directo es el 93...

Su número directo, y luego el móvil.

El abogado de Claudia Parets.

No me gustó el tono, hosco, marimandón, de sargento mayor y todo-el-mundo-firmes. Aun así le llamé, en parte curiosa en parte extrañada. Papá nunca me había dicho que lidiara con abogados. Tal vez porque él nunca tuvo una cliente como la dueña de Mauricio.

—¿Sí?

El mismo tono.

—Señor Andrade —me armé de valor—. Soy de la agencia de detectives...

—Sí, sí, gracias por telefonar —no me dejó concluir mi presentación—. Quería hablar con el señor Mir.

—Me temo que no va a ser posible —crucé los dedos, como si comprendiera que a un

abogado no se le engaña tan fácilmente como a un cliente atenazado por algún tipo de preocupación.

—¿Cómo dice?

—El señor Mir tiene unas normas —mantuve la calma—. Poco habituales, es cierto, pero eso garantiza el éxito de sus investigaciones.

—¿Y qué normas son esas?

—Nunca da la cara ni se entrevista personalmente con los que le contratan. Eso preserva su identidad y le permite trabajar con mayor libertad. Es una garantía de...

—Oiga, oiga, señorita... ¿De qué me está hablando?

—¿Quiere que se lo repita?

—¿Me está diciendo que el señor Mir es algo así como... el hombre invisible?

—Los clientes que nos contratan tienen la potestad de decir que no a sus condiciones, marcharse y buscar otra agencia. Si lo aceptan, y la señora Parets lo aceptó...

—Esto es absurdo —pareció a punto de estallar—. ¿Quién es usted?

—Su ayudante. Me llamo Berta.

—¿Usted es la joven que atendió ayer a Claudia Parets?

—Sí.

—De acuerdo, entonces se lo preguntaré a usted: ¿a qué juegan?

Acababa de abrir la caja de los truenos.

Y no era un sargento mayor, era un general de cinco estrellas.

—No le entiendo.

—¡La señora Parets le dio tres mil euros para buscar... a su loro, por Dios!

—Pues... sí, está muy preocupada y nos encargó ese trabajo, en efecto. No veo por qué ha de enfadarse, gritar...

—Usted no me ha visto enfadado ni me ha oído gritar —quiso dejarlo claro por si me quedaba alguna duda—. ¡Le sacaron tres mil euros a una anciana para buscar a un animal que ya debe de estar muerto o...! ¡Maldita sea, debería denunciarles!

—¿Quiere hacer el favor de...?

—¡Son ustedes unos ladrones!

—Voy a colgar.

—¡No, espere! —el viento huracanado menguó un poco. Sólo un poco. El abogado también pareció buscar algún tipo de equilibrio—. Mire, esa anciana tiene ochenta y dos años.

–Y los lleva muy bien. No me dio la impresión de estar senil. Lo que sí está es muy, muy preocupada por ese animal. Lo único que puedo decirle es que esté tranquilo, porque ya trabajamos en ello y si ese dinero excede a nuestros honorarios, le será reintegrado a la señora.

–Yo velo por la salud financiera de esa mujer.

–¿Puedo preguntarle algo?

–¿Qué es?

–¿Cómo sabe que nos encargó buscar a Mauricio?

–Fui a verla ayer por la tarde para tratar unos asuntos legales, y al no ver al loro pregunté por él. Me dijo que estuviera tranquilo, que ya se ocupaban ustedes.

–Entonces no veo el motivo de su alarma, porque es justo lo que hacemos. Y antes de llamar ladrón a alguien debería medir sus palabras.

–Tres mil euros...

–Ella insistió en darlos como adelanto. Mire –me estaba cansando de hablar con aquel prepotente–, ¿quiere lo mejor para su cliente?

–Pues claro.

–La señora Parets compró un animal exótico pagando una fortuna por él. Un animal del que ya no quedan en el mundo más que unas pocas decenas de ejemplares. Eso, ante la ley, y usted es abogado, me apuesto lo que quiera a que es un delito. Y que Claudia Parets tenga ochenta y dos años no creo que sea un eximente.

–¿Qué quiere decir?

–Que esté tranquilo, señor Andrade. Usted haga su trabajo y nosotros haremos el nuestro, y con absoluta discreción dado el..., llamémoslo «material robado» –resalté las dos últimas palabras.

Una larga pausa. Lo imaginé rojo, cabreado de pies a cabeza, pero ahora mucho más templado. Yo también estaba sorprendida por mi reacción y entereza.

Cuando me salía el pronto...

–¿Puedo pedirles que me informen directamente a mí de sus progresos?

–No, no señor, lo siento –fui categórica–. Nuestra cliente es la señora Parets, y ella está lo bastante lúcida, pese a su edad, para manejar este asunto como mejor le convenga. Bastante supone ya infringir las normas el hecho de hablar de este tema con usted, transgrediendo la confidencialidad detective/cliente –empleé lo más florido y elevado de mi vocabulario–. Siendo abogado debería entender de qué le hablo.

Lo entendía, pero no lo digería.

–Como me entere de que la han estafado o le han hecho algo, y me enteraré...

–Buenos días, señor.

Colgué y me quedé mirando el teléfono un buen rato, mientras se me iba encendiendo la sangre.

–¡La madre que lo...! –acabé gritando.

El caso ya era lo bastante complicado como para que de pronto me apareciera una piedra en el zapato.

Y menuda piedra.

Volví a la calle con ganas de poner la moto a tope y sentir el viento en mi rostro.

La tienda de Ángel Miralles estaba abierta y en el escaparate seguían los mismos animales reclamando la atención de los que pasaban por delante, sobre todo de los niños.

Había dos con las narices pegadas al cristal, y su madre tratando de llevárselos de allí.

—¡Venga, mamá!

—¡Lo cuidaremos nosotros, de verdad!

—¡A mí me gusta el blanco!

—¡No, el negro!

—¡Mamá!

Alargaban la segunda vocal hasta hacerla eterna. La mujer soltaba la retahíla de excusas habituales.

—¡Un perro no es feliz en un piso! ¡Hay que educarlo, ensucian! ¡Y hay que bajarlo a que haga sus necesidades tres veces al día, cosa que acabaré haciendo yo y no me da la gana! ¡Ahora son una monada, pero en unos meses abultan más que el abuelo! ¡Que no, vamos a casa!

Se los llevó a rastras.

Yo me colé en el interior.

La misma chica, todo igual, puede que hasta el mismo chicle. La única diferencia era que vestía de rojo fucsia. Muy rojo y muy fucsia. Los animales debían de acabar el día con dolor de cabeza. Me miró, me reconoció y formó una pompa frente a su boca como para demostrarme algo.

—Hola —le sonreí amigable, por si acaso.

—Hola —me correspondió.

—¿Está?

—No ha venido. Ni vino ayer. Y sigue con el móvil desconectado.

—Vaya por Dios.

No estaba dispuesta a regalarme nada, así que esperó mi nueva y persistente pregunta. No la defraudé.

—¿No es raro?

—No —puso una cara de lo más natural—. A veces desaparece uno o dos días.

—¿Sin avisar?

—Eso no —reconoció.

—¿Y no estás preocupada?

—Oye, ¿por qué no me dices qué quieres? Igual puedo ayudarte —cedió un poco.

Lancé un cebo.

—Es sobre un animal ilegal que le vendió a una cliente.

—¿Cómo que ilegal? —arrugó toda su cara, de arriba abajo.

—Pues eso: ilegal.

—Aquí no vendemos animales ilegales.

—Aquí no, pero en la otra parte...

—¿De qué otra parte hablas? —o era una buena actriz o era la inocencia personificada—.

Ángel sólo tiene esta tienda y su casa. ¿Seguro que no eres una de sus niñas?

—¿Niñas?

—Ya sabes.

—No, no sé.

Se sintió pillada Y no le gustó. Levantó las dos manos, formó una pantalla por delante y hasta se movió hacia atrás apartándose del mostrador.

—Mira, tía, paso. No sé de qué me hablas y él no está.

—¿Sabes dónde vive?

—Sí.

—¿Me das sus señas?

—No.

—Puedo mirar en la guía. Es para no perder el tiempo.

—Mira en la guía. Yo no quiero líos. Este trabajo no es una maravilla, todo el día oliendo a bichos, pero es lo que hay. Allá tú.

—No, allá tú —le dije con calma—. No quieres líos pero los tendrás si no colaboras. Yo con escribir que te has puesto borde... Ya veremos si la policía te deja al margen.

—¡Eh, eh! —la blancura de su piel contrastó aún más con todo lo que llevaba negro,

pelo, ojos, maquillaje, uñas—. ¿De qué vas? ¡Mierda, te digo que yo sólo trabajo aquí! ¡Si es por lo de las chicas..., yo no tengo nada que ver, allá él! ¿Quién coño eres tú?

—Dame la dirección, anda.

—¡Joder!

No me moví. Era mayor que yo, pero la tenía. A veces lo de tener un coeficiente intelectual alto también sirve para cosas así. No para ser la cantante de un grupo ni para ser la guitarra solista, pero sí para intimidar a una pardilla adepta de cualquier tribu urbana.

Cogió un papel de al lado de la caja, un bolígrafo, y me anotó las señas de Ángel Miralles. Cuando acabó no me lo entregó, por si la contaminaba al rozarla. Se apartó del mostrador y yo recogí el papel con la mano derecha. Le eché una ojeada y nada más.

—Gracias.

—No entiendo nada —exhaló.

—Mejor así. Cuídate.

Caminé hasta la puerta y salí al exterior. Fingí alejarme unos pasos. Luego me pegué a la pared, en plan conspirador, y me acerqué de nuevo a los escaparates. Los perros se volvieron locos, pero la chica de la tienda ya debía de estar acostumbrada a que ladraran y gimieran a cada momento. A través del cristal la vi llamar por teléfono, esperar, morderse el labio inferior, agitarse y acabar desesperada cuando nadie descolgó el auricular al otro lado.

Colgó hecha una furia.

Ángel Miralles se estaba convirtiendo en un tipo misterioso.

Comprobé las señas una vez sentada en la moto y con el casco puesto. Era una dirección de Sant Just Desvern, justo a la salida de Barcelona por la parte alta de la Diagonal. En moto, diez o quince minutos. Arranqué y circulé a velocidad moderada porque en la autopista, y pese a la prohibición de ir a más de 80 por hora, los coches siempre originaban espirales de viento que desestabilizaban trastos como el mío. De hecho lo llamaba moto por hacerle un favor a ella y a mí misma. Cosas del amor propio. Salí por el primer desvío, el que conducía a Sant Just Desvern y Esplugues por la derecha y a los estudios de TV3 por la izquierda, sobre la autopista, y una vez allí pregunté a la primera persona con la que me tropecé.

No tuve éxito hasta la tercera.

El resto fue fácil.

Ángel Miralles vivía en un chalecito, al estilo del de Claudia Parets pero con una sustancial diferencia: era más humilde, más pequeña, más fea y más de todo. Estaba cerca de la vieja carretera que anteriormente unía Esplugues, Sant Just, Sant Feliu y Molins de Rei con Barcelona y viceversa. Subí por una calle sin salida, porque daba a una reducida placita con dos torres a cada lado. La de mi vendedor ilegal era la primera de la izquierda. Por si acaso, no aparqué la moto delante, sino en la calle, y enfilando hacia abajo. Por primera vez me dio por pensar en lo evidente: que iba a ver a un traficante de animales exóticos para preguntarle acerca de un loro que costaba nada menos que noventa billetes de mil euros.

Ni siquiera sabía si existían billetes de mil euros, pero me parecía que no, que con los de quinientos los que manejaban pasta iban apañados.

Miré al otro lado de la verja.

—¡Guau! —grité.

No había perro. Y tampoco estaba cerrada con llave.

Me colé dentro y la dejé abierta. El jardín, si podía llamarse así, era de tierra. Ningún cuidado. Malas hierbas por todas partes. Una pena porque de cerca la casita no estaba mal. Cuando me detuve frente a la puerta principal no tuve que buscar un timbre o un llamador.

Entornada.

La maldita puerta estaba entornada.

Cerré los ojos.

—No, por favor... —suspiré.

Era muy sencillo: no tenía más que dar media vuelta y largarme. Luego iniciaba mis pesquisas con la parentela de la señora Parets, y si el loro no aparecía..., mala suerte. Ángel Miralles quedaba aparcado.

Pero no, no di media vuelta.

No lo aparqué.

Estaba allí, la puerta entornada, y era... ¿detective?

—Papá, ¿qué harías tú?

«Irme corriendo.»

—No te lo he preguntado a ti, abuela.

No tenía el dedo hablador de mi padre allí para decirme nada.

—¿Oiga? —llamé con medio cuerpo dentro y medio fuera.

Silencio.

Un barrio tranquilo.

También dejé la puerta abierta, para irme a la carrera en caso de necesidad. Lo primero con lo que tropecé fue con un comedor decorado con modernidad y ciertos detalles caros, de buen gusto, mezclados con otros más horteras, como si su dueño no acabara de definirse del todo en sus tendencias. Había fotos de mujeres desnudas por las paredes. Grandes fotos de mujeres desnudas, la mayoría artísticas, pero algunas eran un poco obscenas. Las imágenes seguían por el pasillo, a la derecha. Localicé un despacho atiborrado de papeles revueltos, como si alguien hubiera arrasado con ellos. Un caos en el que lo único que destacaba eran las decenas de libros de animales alineados en las estanterías. Era el lugar más cálido de la casa, con las paredes forradas de madera y una chimenea que daba la impresión de no haber sido utilizada en años. La siguiente pieza era la habitación principal, con una cama gigante, sábanas de seda, espejos, luces rojas y un buen surtido de artilugios para la práctica de todo tipo de actividades eróticas, ropa, objetos, cueros, látigos, máscaras...

Lo de «las niñas» de Ángel Miralles estaba claro.

La dependienta me había tomado por una de ellas, así que, desde luego, eran «niñas».

Ya le odiaba sin conocerle.

O más bien me daba asco.

Algo que, al fin y al cabo, desapareció de pronto cuando le encontré a él.

Desnudo, boca arriba, en el suelo del baño, la mano abierta con una pistola entre los dedos, el hueco ya seco de la bala disparada a bocajarro en su pecho y la cara de estupefacción del que se va de este mundo y se da cuenta de la putada justo antes del último segundo.

Era mi primer muerto.

Y la verdad, impresiona.

En las películas, la chica pega un grito y sale corriendo, o vomita, o rizando el rizo se desmaya.

Yo me quedé paralizada.

La puerta de entrada entornada y todo eso, sí. Tenía que haberme imaginado algo. Y puede que ya lo sospechara. Pero una cosa es lo que se te pasa por la cabeza y otra muy distinta darte de morros con la realidad. El caso del loro acababa de convertirse en el caso del vendedor asesinado. Y yo, la novata, en medio.

Un marrón.

«Vete», me dijo la voz de mi abuela.

Seguí inmóvil.

Ángel Miralles no era Brad Pitt, más bien todo lo contrario, un cruce de Danny DeVito con Paul Giamatti. Poco cabello en la cabeza, nariz aguileña, orejas grandes, labios pequeños, peludo, de piel blancuzca, agravada por la palidez de la muerte. Tampoco daba la impresión de haber sido un prodigio de hombre por lo que cabía esperar al ver su arsenal de juguetes. Quizá por eso las quería jóvenes. Una mujer se le reiría, aunque pagara por ella.

Me dio asco pero quise comprobar algo.

Me agaché y... le toqué.

Rápido, un roce.

Estaba frío.

Más que frío, helado. Llevaba muerto la tira.

También me di cuenta de que ya olía.

Entonces sí que no pude más y reaccioné. Mi valentía se fue al carajo. La sangre

volvió a fluir por mis venas y los oídos me zumbaron. No salí pitando, pero casi. Le di la espalda al cadáver, regresé a la sala y con el corazón a mil me apoyé en la pared del pasillo.

Tenía que pensar.

Y rápido.

No era porque creyese que al asesino, de pronto, le diera por regresar a buscar algo, pero estaba claro que acababa de meterme en un lío de los buenos. La chica de la tienda no dudaría en señalarme en una rueda de reconocimiento. Y no tenía ni idea de si alguien, en alguna de las ventanas de los restantes chalés de la reducida plaza con su única salida y entrada, me había visto colarme por la verja primero y por la puerta de la casa después.

Si me largaba sin más estaba perdida.

La única solución era...

—Alfredo, vaya por Dios —suspiré.

Tampoco era mal tipo. Habíamos quedado como amigos después de resolver el caso del intento de asesinato de mi padre. Estirado, meticuloso, puntilloso..., pero buen poli.

Claro que llamarle para decirle que acababa de encontrar un cadáver después de haber entrado por la cara en su casa...

Contento, lo que se dice contento, no iba a ponerse.

Y empezaría con las preguntas.

—Mierda... —gemí.

¿Se creería que había sido algo casual? Ni hablar. ¿Qué relación podía tener yo con un vendedor de bichos aficionado a las jovencitas? Bueno, buscar un loro robado tampoco era nada del otro mundo. Lo malo es que Mauricio era como un Picasso en animal. Y lo peor es que, a causa de ello, no podía revelarle qué estaba haciendo allí ni para qué había ido a ver al vendedor sin meter en un lío a mi cliente.

La anciana y buena pieza de Claudia Parets.

—Berta... —cerré los ojos y apreté los puños.

Me resigné, dispuesta a resistir la tormenta, y saqué el móvil de mi bolsillo. Me quedé mirándolo sin llegar a buscar el número de Alfredo Sanllehí.

Calma.

Lío por lío, ya estaba allí.

Y necesitaba respuestas, alguna pista. Por mucho miedo que me diera el muerto, no

iba a hacerme nada.

¿Por qué desaprovechar la oportunidad?

«Eres como tu padre.»

—¡Cállate, abuela!

Conté hasta diez, respiré hondo, y volví sobre mis pasos. Nada del cuarto de baño, allí ya estaba todo visto. Me metí en el despacho y, más que ver lo que había, ahora aprecié lo que faltaba. Alguien se había llevado el ordenador. Lo de revolver los papeles era coherente, cualquiera que buscara algo o acabara de matar a un tipo lo habría hecho, pero la clave siempre era el ordenador. Todo el mundo tiene su vida metida en él. Pasé la mano por encima de los papeles y miré algunos. Nada que despertara una luz en mi cabeza. Informes, listados de animales, fotocopias con estadísticas, mapas... Una vulgaridad. Rodeé la mesa y advertí que los cajones estaban abiertos o directamente caídos. Su contenido era lo que se desparramaba por encima de la mesa. Me agaché para recoger una especie de álbum, y nada más abrirlo reapareció el asco. Eran fotos de niñas, adolescentes o de mi edad. Si Ángel Miralles tenía aquello en un álbum, ¿qué no tendría en el ordenador?

¿Le habrían matado por eso?

¿Una chica celosa, una amante frustrada, un padre vengativo?

En un ángulo de la mesa vi un teléfono fijo. Me acerqué a él. Lo más probable era que el asesino hubiera borrado los mensajes anteriores a su delito. Pero el muerto llevaba así al menos dos días.

Probé.

Cinco llamadas.

«Ángel, amor, soy Cati. ¿A qué hora quieres que me pase el viernes? ¿Llevo algo? Oye, que me gustó mucho la última vez. Eres maravilloso. Bueno, me llamas, ¿eh? Lo estoy deseando.»

Las tres siguientes eran de la chica de la tienda.

«¿Dónde estás? Por Dios, tienes el móvil desconectado. Di algo, ¿vale?»

«¿Ángel? Oye, ha venido una tal Berta. No me ha dicho qué quería, sólo que era personal. Como de dieciocho años, guapa, muy... no sé, bueno, da igual. ¿Se puede saber qué te pasa? ¿Estás enfermo?»

«¡Ángel, coño!» Ésas eran las tres llamadas. La última debía de corresponder con mi reciente paso por la tienda.

Me cayó bien la tatuada chicletera.

«Guapa, muy... no sé.»

Bueno, tendría que preguntarle a qué se refería con eso del «muy... no sé». Por lo menos me había encontrado «guapa». Eso siempre reforzaba la autoestima, aunque procediera de un bicho raro como ella.

Quedaba un mensaje final.

El más desconcertante.

Pero también el mejor.

«¿Ángel? Oiga, soy Plácido. ¿No quedamos esta mañana a las nueve y media? Ya son más de las diez, y encima tiene el móvil apagado. ¿Pasa algo? Mire, no me gusta que me den plantón, y menos con lo que está en juego. Por favor, llámeme y dígame algo. Me ha dejado muy intranquilo.»

Plácido.

Un nombre poco frecuente.

Y más si el sobrino tarambana de Claudia Parets, el cuarentón que siempre estaba a dos velas, se llamaba así.

De casualidad, nada.

Miré la hora.

Las diez y cuarenta.

Plácido Miserachs había telefoneado entre mi salida de la tienda de animales y mi aparición en la casa de Ángel Miralles en Sant Just Desvern.

Fuera del despacho no había nada. En la habitación principal todo estaba visto. El paraíso perdido. Le eché una ojeada a un trastero, igualmente revuelto, a otro baño sin muerto y a una habitación pequeña con una cama sencilla y un armario con ropa vieja. La cocina mostraba poca actividad, como si el dueño no comiera mucho en casa. En la nevera, sólo bebidas: refrescos y algunas botellas de cava. En el refrigerador, helado. De chocolate. Un capricho o parte del *atrezzo* para sus fiestas, que todo era posible.

No había más.

Hora de portarse bien.

Fui a la entrada, salí al exterior. El aire de la mañana me reanimó, como si allí dentro no hubiera respirado a pleno pulmón para no contaminarme. Saqué el móvil y marqué el número de mi amigo, todo un inspector de policía.

Lo que son las cosas.

–¿Sí?

–Alfredo, soy yo, Berta.

No me preguntó qué Berta. Tampoco es que haya muchas, lo sé, pero me gustó que se acordara de mí.

–¡Berta! ¿Cómo estás?

–Bien.

–¿Y tu padre?

–En casa.

–Pero...

–Igual, ya sabes. Eso no va a cambiar.

–Sí, lo imagino –su tono se hizo pesaroso y lo agradecí.

La empatía siempre es buena.

Y más cuando lo que esperas de la otra persona es una bronca, tarde o temprano.

–Me gusta que me hayas llamado.

–A mí no.

–¿Cómo dices?

–No ha sido para charlar ni para..., bueno, da lo mismo. Yo... –me mordí el labio inferior y cerré los ojos. Luego me aferré al móvil, como si fuera un apoyo para no caerme–. Alfredo, tengo un cadáver a menos de diez metros.

–¿Qué?

–Le han asesinado de un tiro. ¿Puedes venir?

La casa de Ángel Miralles ya estaba llena de agentes de todos los cuerpos imaginables. Los de la científica los primeros, aunque para mí todos eran más o menos iguales. La placita en medio de las cuatro casas, antes vacía y huérfana de seres humanos, se había convertido en un hervidero. Hombres y mujeres estiraban el cuello para tratar de ver algo y hablaban en voz baja, montándose su película. Siempre que hay un crimen, los vecinos cuentan la suya. Quizá ahora algunos comentaran que el muerto «les parecía extraño», por lo de las chicas que forzosamente tenían que ver entrar y salir de allí, aunque también era posible que dijeran aquello de que «parecía un hombre normal, discreto».

La muerte lo cambiaba todo.

Siempre.

Yo estaba en el jardín, de espaldas al tumulto exterior, sentada en una vieja silla que había encontrado junto a la valla que separaba la casa de Miralles de la de al lado. Sentía la opresión natural en el pecho. La opresión del miedo y la angustia. Al llegar, Alfredo Sanllehí apenas me había dicho nada. Primero, el cadáver. Lo inevitable no tardaría en llegar.

Cuestión de tiempo.

Al verle aparecer por la puerta, buscándome, supe que ese tiempo había llegado.

Alfredo tenía el mismo aspecto que cuando nos conocimos. Alto, impecable, traje, camisa, corbata, zapatos, cabello bien peinado, nariz grande, ojos penetrantes, manos cuidadas, buen talante, y en la plenitud de sus treinta y pocos años. Nada que ver conmigo o con mi estilo, noche y día, quizá por eso me resultaba tan curioso como diferente, tan simpático como extraño. Lo mejor era su carácter, sin olvidar nunca que era un policía. Daba la impresión de que se podía confiar en él.

Bueno, hasta cierto punto.

Eso era lo peor en ese momento.

Me puse en pie cuando llegó a menos de tres pasos de mí.

–Bien, ahora cuéntamelo todo –fue directo al grano y en su tono más profesional.

Ninguna muestra de calor en sus ojos.

La verdad es que no sabía ni por dónde empezar.

–Berta...

–Ya, ya, es que...

–No me vengas con monsergas ni me digas que pasabas casualmente por aquí.

–¿Y si realmente pasaba por aquí?

–Mira –soltó una bocanada de aire–, cuando nos conocimos me dijiste que no trabajabas, que sólo tenías el grupo, y que con tu padre fuera de circulación no sabrías qué hacer. Pero resulta que la agencia sigue abierta y estás ingresando dinero de forma regular aunque aleatoria, suficiente para seguir adelante, vivir, pagar la atención de tu padre... ¿Qué vas a contarme, eh?

–¿Me has investigado? –no pude creerlo.

–Di mejor que he hecho la vista gorda.

–No, si sabes lo del banco y todo lo demás es porque me has investigado –seguí alucinada.

–¿Y qué si lo he hecho?

–Pero ¿por qué?

Se cruzó de brazos y me miró desde su distancia policial, pero también desde su proximidad humana. Yo era la chica desvalida de dieciocho años enfrentada a la vida en solitario y con un padre inmovilizado para siempre.

–Dímelo –le pedí.

–Somos amigos, y los amigos se preocupan unos de otros.

Bajé la cabeza y contuve una lágrima. Le habría abrazado de no ser un gesto inoportuno, y más allá. Nunca me había sentido la chica más popular, ni en el instituto, por ser más lista que las demás, ni en el resto de mi vida, en la calle, el barrio, mi entorno... No tenía una «mejor amiga», y a los chicos les daba por enamorarse, como Leo o Lucas, o por pasar de mí sin más.

Bicho raro, solitaria...

¿Qué más?

–Gracias –suspiré.

–Estás supliendo a tu padre.

Volví a cerrar la boca. Reaparecía el policía.

–Berta...

–Sí.

–No puedes hacerlo sin una licencia.

–La tiene él.

–Está en una cama.

–Pero me dice qué he de hacer.

–Por Dios, sabes que no todo consiste en seguir a maridos infieles, esposas insatisfechas o adolescentes descarriados. Esto –señaló la casa de Ángel Miralles– es la prueba. Y basta un solo caso así para que lo demás quede en segundo plano. Aquí ha habido un asesinato, y alguien lo ha cometido. Alguien que sigue libre.

–Ya vale, por favor. Te he llamado, ¿no?

–¿Vas a seguir metiendo las narices en lo que no te importa?

Boca cerrada.

Temí que me detuviera, al menos para darme un susto.

Pero creo que ya empezaba a conocerme bien.

–Prométeme que seguirás llamándome.

Eso sonaba a «sigue, pero ten cuidado». O a «te cubriré mientras pueda».

–Claro que lo haré. No estoy loca.

–No intentes ser una heroína, por favor.

Volvieron las ganas de llorar, ahora mezcladas con rabia. Y no sabía el motivo. Un buen tío, policía, me daba una palmadita en el hombro y otra en la mejilla, más fuerte. Pero yo ya no era una cría.

–Berta –pareció leer mis pensamientos–, ante todo soy policía. Tendría que...

–Vale, ya lo sé.

–De acuerdo –dio por terminado el prolegómeno del reencuentro–. Ahora cuéntame de qué va esto.

–El muerto se llama Ángel Miralles. Tiene una tienda de venta de animales en Manuel Girona.

–¿Cómo has entrado en la casa?

–La puerta de la cancela estaba abierta, y la otra entornada.

–¿Has visto lo que tiene en su habitación?

–Sí.

–¿Has tocado algo, el cuerpo, el arma...?

–No.

–Tenía la pistola en la mano, pero no ha llegado a disparar.
No supe qué decirle.

–¿Por qué has venido a verle?

–Le vendió un loro a una amiga mía.

–¿Y?

–El loro vale noventa mil euros.

–¿Cómo dices?

–Es un guacamayo de Spix, un bicho que ya no existe en libertad, se ha extinguido. No quedan muchos en cautividad.

–O sea que Ángel Miralles traficaba con animales exóticos.

–Eso parece.

–¿Y para qué querías verle?

–A mi amiga le han robado su loro.

–Vaya por Dios –soltó un bufido.

–Pensé que si él se lo había vendido, él podía robárselo.

–Porque tu amiga –pronunció la última palabra con énfasis– no puede ir a la policía a denunciar el robo, claro.

–Más o menos.

–¿Tu amiga se llama...?

Ahí acabó la fluidez de nuestro diálogo.

Sabía que llegaría el momento, la pregunta, pero aun así...

–No le pasará nada, te lo prometo –insistió Alfredo.

–¿No irás a pensar que lo ha matado ella?

–¿Por qué no? Si le tenía cariño al bicho...

–Entonces ¿por qué me llamó a mí?

–Berta, no empieces, dame ese nombre.

–Sabes que no puedo.

–¿Confidencialidad cliente/detective?

–No, amistad y preservación. Tiene ochenta y dos años. No mataría ni a una mosca.

–Y está forrada.

–También.

–¿Sabes que puedo indagar en tu cuenta y rastrear el cheque que debe de haberte dado como adelanto para la investigación?

Intenté no sonreír.

Al menos por ahí le tenía pillado.

–No me ha pagado nada –mentí–. Le hago un favor. No hay ningún cheque que rastrear.

–Creo que voy a detenerte igual.

–¿Por qué? –me alarmé.

–Por sospechosa, por obstrucción a la justicia, por..., no sé, ya buscaré más motivos. A tu abuela le encantará tener que ir a buscarte.

Me puse muy pálida.

–No me hagas esto, Alfredo.

–Te lo haces a ti misma, y a mí por no ayudarme en mi investigación.

–Yo...

Un agente surgió a su espalda y nos interrumpió. Fue muy rápido. Se lo llevó unos pasos más allá y hablaron durante un minuto o más. Mi cuerpo estaba petrificado. Habría echado raíces incluso en aquel jardín seco. Hablar con Alfredo era como ir en un tobogán. Unas veces era el amigo en quien confiar y otra el superpoli ante el cual hay que echarse a temblar. Pero me tenía pillada. Podía hacer lo que acababa de decir y más.

Pensé en Claudia Parets.

En el mensaje de Plácido.

La policía ya lo habría escuchado, sin saber quién diablos era el tal Plácido.

Así que ésa era mi ventaja.

Alfredo tenía razón: mi cliente era mi cliente, y existía la dichosa confidencialidad. Claudia Parets me había dado tres mil buenas razones para apostar por ella.

Aunque me jugara la piel.

Si les decía quién era Plácido darían con Claudia Parets antes de que yo encontrara a Mauricio y me ganara el sueldo.

Alfredo regresó a mi lado.

–Lo han registrado todo y se han llevado archivos y el ordenador. Muy profesional, al parecer.

–Lo he visto, sí.

–¿Tienes tú algo?

–¿Yo? Puedes registrarme si quieres.

–No me tientes. ¿Has oído el contestador telefónico?

–¿Crees que con un muerto delante iba a curiosear por ahí?

–Tú sí.

–Pues no –me crucé de brazos ofendida intentando no ponerme roja.

–Debieron de borrar los mensajes anteriores al crimen, pero luego había cinco llamadas.

–¿De quién?

Alfredo me taladró con los ojos. Casi me desmoroné.

–¡No soy una profesional!

–Entonces vete. Aquí ya no tienes nada que hacer –me dijo en un tono muy seco.

–No te enfades –mi voz casi sonó a súplica.

–La culpa es mía –admitió–. Supongo que con todo lo que pasaste con lo de tu padre...

–¿Así que sientes lástima?

–No, respeto –la palabra sonó rotunda–. Admiro tu tenacidad. Pero ten cuidado, eso es todo. Cuando se abren cajas de truenos, las chispas saltan en todas las direcciones. Debería torturarte para que me dijeras ese nombre, pero por ahora no lo haré. Lleva el móvil encima y encendido. Quiero tenerte localizada en todo momento.

–¿Puedo preguntarte algo?

–No.

–Todo eso del tráfico de animales exóticos..., ¿sabes algo de ello?

–No es mi campo. Existe, claro. Se sabe que hay mafias poderosas, sobornos en puertos y aeropuertos, fronteras... Es un tema complicado y tenemos a gente experta en ello. Ese loro tuyo...

–Un guacamayo de Spix.

–¿Qué diferencia hay entre él y un loro vulgar y corriente?

–No mucha –admití–. El plumaje, el tamaño, alguna característica específica y poco más.

–Pues es lo que hay. Un importador dice que es un loro como cualquier otro, tiene los permisos, pasa aduanas... Es bastante sencillo y se las saben todas. Es su negocio. Y nosotros hacemos lo que podemos. Hay un maldito mercado con gente como tu amiga, capaz de pagar una fortuna por algo único. Si hay demanda, hay venta. Como las drogas.

Luego, de vez en cuando, aparece un cocodrilo en una alcantarilla del Ensanche o un león en un jardín de Sarrià. De cachorros son monísimos. Después el cocodrilo no cabe en la bañera y el león abulta más que toda la familia. ¿Lees los periódicos? –no esperó mi respuesta–. Ya casi no quedan elefantes, ni rinocerontes, ni tigres, ni muchos otros. Si ese Miralles estaba metido en eso, quizá tiremos de algún hilo.

–Ojalá.

–¿Hablaste con la chica de la tienda?

–Sí. Es un poco pardilla. Me confundió con una de las niñas con las que se lo monta, más bien se lo montaba, su jefe. Quizá lo mató una de ellas.

–Todas las jovencitas que conozco llevan una pistola encima, sí.

–Era una sugerencia.

–Estudia y dentro de cinco años serás mi ayudante.

–Vale –inicié la retirada ahora que aún estaba a tiempo.

–Berta, ante cualquier cosa, llámame, por insignificante que sea.

–Lo haré.

–Berta...

–¡Que sí!

Di unos pasos más. Volví la cabeza al llegar a la verja. Alfredo seguía en mitad del jardín, con su aspecto impecable, nada que ver con los polis sucios y sudados de las películas.

–Gracias –suspiré entonces.

Sólo vi el titilar de sus ojos. El resto ni se movió.

Salí de allí y pasé por en medio de la gente que me miraba en silencio, expectante, sin saber si yo era una policía enana, una sospechosa, una testigo o la Madre Teresa de Calcuta, resucitada, que pasaba por allí.

Detuve la moto cuando estuve fuera del alcance de todo el mundo, policías y vecinos, en la carretera vieja que conduce a Barcelona pasando por Hospitalet de Llobregat. Lo hice bajo el puente de la autopista. Una vez a salvo examiné las direcciones de la familia de Claudia Parets. Plácido Miserachs vivía en el Poble Sec, cerca del Paral.lel, en la calle Puigxuriguer. La sensación de culpabilidad apareció en ese instante como una pesada losa que me aplastó la razón y me robó el aliento, como a punto de tener un infarto. El impacto me hizo gemir. Había vuelto a mentir a Alfredo Sanllehí, el único que me ayudó en el caso de mi padre. El único con el que podía contar si seguía metiendo las narices en la vida de los demás haciéndome pasar por detective. Y Alfredo era un buen tipo. Un... buen amigo. No se miente a los amigos. Creía que se había olvidado de mí y resultaba que no, que incluso me había estado siguiendo la pista, para saber en qué andaba metida.

–Señora Claudia... –suspiré.

Papá me lo decía siempre: la base en la que se sustenta la relación cliente/detective es la confidencialidad. Sin eso, no funciona. Las personas que acuden a un detective lo hacen porque no se fían de la ley o no pueden acudir a la ley, por la razón que sea.

Eso estaba por encima de la amistad con un inspector de policía.

Puse de nuevo mi vieja y pequeña moto en marcha y llegué al Paral.lel en quince minutos, colándome entre los coches en los semáforos. Después de todo, era seguir una línea recta que cambiaba de nombre y poco más, ya que la carretera se convertía en la calle de Collblanc primero, en la de Sants después, en la de Creu Coberta antes de llegar a la plaza de España, y de ahí ya partía la avenida del Paral.lel hasta el puerto. La calle de Puigxuriguer estaba al final, por debajo del parque de las Tres Chimeneas.

Si Plácido Miserachs era un parásito que vivía a salto de mata, me resultaría difícil encontrarlo, y si estaba implicado como parecía en el robo de Mauricio...

Tenía su teléfono, pero aquello era algo que debía hacer cara a cara.

La casa era vieja, pero había sido remodelada. Se le notaban los apaños. Me colé en el vestíbulo y no pude dar ni tres pasos. Una portera celosa de la custodia de sus convecinos me asaltó surgiendo como un comando por mi derecha.

—¿Por quién preguntas?

—Plácido Miserachs.

—No está. Ha salido.

Primer contratiempo, aunque casi lo imaginaba.

—¿Sabe...?

—A esta hora suele tomar el vermú en el bar de Carlos —no tuve que preguntarle dónde diablos se encontraba el bar de Carlos—. Está ahí mismo, en Vila i Vilà.

—¿Cómo lo reconozco?

Eso le extrañó.

—Si tiene que darle algo, yo misma puedo hacerlo.

—No, es un mensaje personal, lo siento.

—Pues es un hombre mayor, cuarenta y tantos, distinguido, cabello ya plateado...

—Gracias, señora. Muy amable.

—No hay de qué.

Salí de la portería y caminé por Puigxuriguer hasta la calle de Vila i Vilà. Divisé el bar de Carlos de inmediato, porque tenía una terracita fuera con varias mesas alineadas. Plácido Miserachs ocupaba la tercera, repantigado con displicencia, la americana por encima de los hombros, la camisa abierta, el cuerpo echado hacia atrás. Fumaba como lo haría un marqués, caladas largas, el humo que fluía suave por su boca impregnando su cara, el cigarrillo sostenido con elegancia por sus dedos.

Veía pasar el mundo.

Así de fácil.

Tenía dos opciones, abordarle directamente o darle un poco de cuerda y ver qué hacía. La primera era la más rápida. La segunda quizá me llevase a alguna parte. Seguir al personal era lo más sencillo y cómodo. Tarde o temprano te llevaban a un destino útil.

Me acerqué por la espalda, sigilosamente, y me senté en una de las mesas cercanas a la suya. Me separaban de él apenas dos metros. Por si acaso miraba hacia mí, me puse de lado. Tal vez por ser chica, tal vez porque no había muchos clientes, tal vez porque allí eran rápidos, un camarero joven se me acercó de inmediato. Le pedí una limonada.

Durante los siguientes diez minutos, Plácido se acabó el cigarrillo, cogió el periódico

que tenía en una silla contigua, lo desplegó y se puso a leerlo. Ni el mejor de los asesinos estaría tan tranquilo. El camarero me trajo la limonada y se la pagué al momento por si tenía que salir tras mi sospechoso.

Iba a levantarme, cansada de perder el tiempo, cuando sonó su móvil.

El sobrino de Claudia Parets dejó el periódico sobre la mesa, introdujo la mano derecha en el bolsillo de su americana y abrió la línea tras echar un vistazo a la pantalla.

Su voz no fue amigable.

—¿Qué quieres?

Agudicé el oído. No podía escuchar lo que le decía su interlocutor a través de la línea, pero sí captar el mayor número de frases o palabras posible por parte de mi objetivo. Muy despacio, me eché hacia atrás.

Lo malo es que él bajó la voz, pese a mostrarse airado.

—No, aún no lo tengo... —pausa—. ¿Y qué quieres que te diga? —pausa—. ¡No lo encuentro! ¡Quedamos esta mañana y no ha aparecido ni responde a mis llamadas! —pausa—. ¿Y yo qué sé? —pausa breve—. Vamos, Manel, no me digas eso ni en broma. ¿Cómo voy a jugártela? ¡Por Dios! Pues vaya... —pausa—. Que sí, que sí, en cuanto... —pausa—. ¿Crees que no lo estoy yo? De los nervios, coño —penúltima pausa con voz agotada—.

No, hombre, no. Vamos a esperar un poco más y ya veremos. Es cuanto se puede hacer —pausa final—. De acuerdo, venga, tranquilo...

Eso fue todo.

Manel era un nombre mucho más común que Plácido, había miles. Pero las casualidades seguían sin ser cosa de todos los días.

Así que el nieto adolescente de Claudia Parets estaba en el lío junto con el sobrino crápula.

Si no fuera por el asesinato de Ángel Miralles, el caso no pasaría de ser de lo más normal, incluso con los sospechosos adecuados que, finalmente, acababan siendo los culpables.

Tenía lo que quería, ahora necesitaba rematar la faena con él.

Y empleé mi instinto.

Me levanté sin hacer ruido, salí de la terraza abordando la calzada, di la vuelta para retomar la calle por la acera y regresé de cara a mi hombre. Ya no leía el periódico. La llamada de Manel Dalmau le había incomodado. Volvía a fumar, con menos elegancia,

con movimientos más rápidos. Su rostro mostraba un gesto duro. Aun así, sus ojos se posaron en mí antes de que yo me detuviera ante él.

Levantó las cejas.

—¿Plácido Miserachs?

—Sí.

—Vengo de parte de Ángel Miralles.

Se le iluminaron los ojos. Dos fogonazos. Se enderezó de golpe y dejó el cigarrillo en el cenicero.

—¿Me traes...?

Le mostré mis manos desnudas.

Su cara de desilusión devoró el primer ramalazo de alegría.

—No entiendo —se quedó a mitad de camino de ninguna parte.

—Creo que ha tenido problemas —dije yo.

—¿Qué clase de problemas? —acentuó su gravedad.

—Eso no lo sé, señor.

—¿Y entonces por qué te envía? No comprendo nada.

—El señor Miralles quiere saber quién más está en esto.

—¿Cómo... dices?

—Me ha pedido que le diga que, como es peligroso, quiere cubrirse las espaldas.

—Oye, niña... —su equilibrio empezó a desmoronarse rápido—. ¿De qué coño estás hablando? ¿Peligro?

—Bueno, él piensa que quizá puedan matarle.

Ahora sí abrió unos ojos como auténticas soperas.

—¿Estás de guasa o qué?

—Yo le repito lo que él me ha dicho. Por eso me manda. No se fía.

—¡Soy yo quien se fió de él sin conocerle, joder! —perdió su elegancia y refinamiento—.

Pero ¿es que se ha vuelto loco o qué?

Me encogí de hombros como una colegiala asustada.

Después de todos los números que había montado, empezaba a pensar en serio que lo mío era ser actriz.

—¿Qué relación tienes con él?

—Trabajo.

—¿En la tienda?

—No.

Plácido Miserachs se revolvió en su silla. Agarró el pitillo, le dio una chupada tan fuerte que casi lo devoró y luego lo aplastó en el cenicero, entre las otras colillas amontonadas. Evidentemente no sabía qué pensar ni qué decir. Lo tenía atrapado en mi tela de araña.

—Mira —buscó un poco de calma para poder hablar con coherencia—, no sé de qué va todo esto, pero dile a Miralles que no puedo esperar más y que no me venga con chorradas. Yo confíé en él. El plan era bueno y salió a la perfección. Por fuerza tiene que haber cobrado ya.

—Usted sabe que no trabaja solo.

—¡Yo no sé nada, coño! —se dio cuenta de que había alzado la voz, llamando la atención, y lo repitió más bajo pero con los dientes apretados—. Yo no sé nada.

Na-da. Dime de qué va esto, niña.

—Bueno, no lo sé —inocencia pura—. A mí sólo me ha pedido que le diga lo que le he dicho. Quiere saber quién más está en esto porque tiene miedo y cree que corre peligro.

—¿Por un maldito loro? Mierda... ¿Se ha vuelto loco o está paranoico?

—¿Va a decírmelo o no?

—¡No!

Podía arriesgarme dando el nombre de Manel Dalmau, pero habría sido demasiado. Bastante había jugado ya con el tal Plácido. Su aspecto, de pronto, era el de una ruina humana.

—De acuerdo —inicié la retirada—. Gracias por todo.

—Espera, espera —se pasó una mano por los ojos—. ¿Dónde está Miralles?

—No lo sé. Amí me ha llamado por teléfono y me ha dado su dirección. La portera de su casa me ha dicho que estaba usted aquí. Lo único que puedo decirle es que parecía muy asustado.

—Asustado —lo repitió como lo habría hecho Mauricio, sin mucha expresividad, casi catatónico.

—Adiós, señor.

Me aparté.

Unos metros más allá, todavía le oí llamarme.

—¿Cuál es tu nombre?

Pero no me volví.

Doblé la esquina y eché a correr. Tenía que llegar hasta mi moto, sacar el casco del maletero, darle la vuelta a mi chaqueta reversible para lucirla por el otro lado y cambiarla de color, arrancar y regresar a la esquina de Vila i Vilà.

Lo hice en un tiempo récord, y cuando volví a la zona del bar pillé a Plácido Miserachs por los pelos, subiendo a un taxi. Primero frené, aunque mi perseguido estaba tan preocupado y concentrado en lo suyo que no habría visto ni a un elefante. Luego me coloqué a una distancia prudencial y mantuve mis cinco sentidos en el tráfico, porque el peligro de seguir a alguien en moto es ése: pegársela por falta de atención.

A los dos minutos ya sabía adónde iba el sobrino de Claudia Parets.

A la tienda de Ángel Miralles en la calle Manuel Girona.

No bajé la guardia. Mantuve la distancia, la concentración, no me descolgué en ningún semáforo y finalmente llegamos a nuestro destino.

El coche de la policía estaba parado frente a la tienda, en doble fila, ostensible, sus luces oscilando.

Los primeros curiosos se detenían.

El taxi no lo hizo. Por la ventanilla trasera vi la reacción de Plácido. El vehículo continuó su marcha como si tal cosa, recuperando la velocidad.

Yo frené un momento. Lo justo para ver que dentro estaba la dependienta llorando, y Alfredo Sanllehí y otro hombre quietos delante de ella.

Cuando quise darme cuenta el taxi me llevaba demasiada ventaja, con el semáforo en rojo interponiéndose entre él y yo.

En la desembocadura de Manuel Girona con la avenida de Pedralbes, ya no supe si había ido para arriba o para abajo. Probé suerte doblando a la izquierda pero me equivoqué.

Si algo me desagradaba de ser detective era comer cualquier cosa en cualquier parte y a la carrera. Y eso si comía, porque a veces las vigilancias o las persecuciones se hacían en lugares donde no encontrabas ni un mal bar en muchos metros a la redonda.

No vigilaba ni perseguía a nadie, pero no quería ir a casa y enfrentarme al rosario de reproches de la abuela. Necesitaba pensar. La mañana había dado mucho de sí: un crimen y dos ladrones, Plácido Miserachs y Manel Dalmau, este último sin confirmar, pero con todas las papeletas a su favor después de haber escuchado la charla telefónica con el sobrino de Claudia Parets.

–Menuda familia –suspiré.

Bueno, probablemente todas fueran parecidas. En unas robaban loros y en otras como la mía mi madre abandonaba a mi padre por un plato de lentejas, aunque las comiera con cuchara de oro.

–¿Hasta cuándo dejará de afectarte? –apreté los puños.

Tenía que decidir mi siguiente paso. Podía ir a ver a mi cliente y decirle que su sobrino y su nieto le habían robado a Mauricio de común acuerdo con Ángel Miralles, que, lo más probable, se había ocupado de volver a venderlo.

Lo malo era, por un lado, que Miralles estaba muerto y, por otro, que eso no le devolvería a Claudia Parets su preciado Mauricio, porque ni Plácido ni Manel debían de saber qué había hecho Miralles con él.

¿Un callejón sin salida?

–¿Qué harías tú, papá?

«Ve a contárselo todo a tu cliente.»

–Le prometí encontrar a su loro.

«Has encontrado a los ladrones. El resto es cosa suya.»

–Ya, pero...

«Berta...»

–Es que no creo que sea cosa suya. Te contrató para que encontraras a Mauricio.

«A mí no me líes. Te contrató a ti. Es tu película.»

Aun en mi cabeza, papá era mucho papá.

–A este paso tendré que devolverle los tres mil euros, porque no es que haya currado mucho. Y los necesitamos.

«O sea que vas a seguir buscando a Mauricio.»

–Sólo un poco.

«¿Y por dónde empiezas?»

–¿Por... Manel?

La voz de papá en mi cabeza ya no dijo nada.

Acabé mi bocadillo, apuré la botella de agua y regresé a mi moto. Estudié el mejor modo de ir a casa de Dámaso Dalmau, en la parte alta del Putget. Una vez memorizado me dirigí a mi nuevo punto de encuentro. Otros diez minutos rápidos. La casa era preciosa, daba a los cuatro vientos, cinco plantas y, lo más seguro, un piso por planta. Ellos vivían en el ático. Desde la calle podían verse las flores, los árboles incluso. Un vergel. En la parte de atrás del edificio me imaginé una lujosa piscina comunitaria.

Había gente que vivía muy, pero que muy bien.

Subí la moto a la acera, para aparcarla junto a una farola, cuando por la rampa del parking salió un coche negro y espectacular. No vi la matrícula, pero sí el distintivo de la marca: un Audi. Lo vi porque llegué a tenerlo a menos de un metro de mi cara.

El coche dobló a la izquierda y por la ventanilla surgió el puño airado de su conductora.

–¡Estúpida!

Era una mujer rubia, rubísima.

Detuve la moto, guardé el casco, lo aseguré con la cadena y, cuando lo hube hecho todo, respondí al gesto de la mujer levantando la mano despacio con el dedo medio hacia arriba.

La rubia y su coche ya no estaban a la vista, claro.

El vestíbulo era un palacio. Mármoles selectos, maderas nobles, muebles de lujo, lámparas de primera, picaportes dorados, alfombras exquisitas y un ascensor en el que podías quedarte a vivir, y eso que no llegué a alcanzarlo; lo vi cuando se abrió la puerta

para que entrara un vecino. Como en casa de Miserachs, un conserje solícito emergió de la luz para cortarme el paso.

–Voy al piso de los señores Dalmau.

–La señora acaba de salir –me informó.

–¿Era la del Audi?

–Sí.

–¿Y no hay nadie arriba?

–No estoy seguro, pero puede subir y preguntar.

–Gracias.

Ya había cumplido su cometido. Era como decirme: «Ya-te-he-vis-to». Ahora sí, entré en el ascensor y pulsé el último botón. El aparato despegó del suelo con una suavidad deliciosa y remontó las alturas sin apenas movimiento o vibración. Cuando aterrizó y abrió la puerta automáticamente me encontré en un vestíbulo más grande que la mitad de mi casa y con más lujo en sus detalles que todo lo que teníamos nosotros. Me extrañó que el conserje no hubiera avisado a la criada por el telefonillo interior. Llamé a la puerta y esperé.

Al otro lado escuché una voz femenina.

–¡Ya voy yo, Federica! ¡Seguro que mamá ha vuelto a dejarse las llaves del coche otra vez!

La puerta se abrió.

Joana Dalmau era guapa, y se parecía a su madre, al menos en lo rubio de su cabello. Con veinte años, según su abuela, era mayor que yo, alta, elegante, esbelta, con unos tremendos ojos grises y unos labios que debían de causar estragos entre los candidatos a merecerla.

Alguno tendría suerte.

Ella no sé.

–¿Hola? –se quedó sorprendida al verme.

Yo no parecía un mensajero, pero casi.

–Tú eres Joana –pisé a fondo sin cortarme un pelo.

–Sí, ¿y tú?

–Me llamo Berta –no le di la mano. Demasiado formal–. Trabajo en una agencia de detectives. Tu abuela nos ha contratado.

–¿Que la abuela... qué?

—Le han robado a Mauricio —puse las cartas boca arriba.

Ya no era necesario mantener el secreto después de lo que sabía de Plácido y Manel.

Joana se quedó boquiabierta.

—¿Que le han robado el loro a la abuela?

—Sí.

—¡No fastidies!

—Ya ves. Está desesperada.

—No me extraña. Quiere a ese bicho más que... —no terminó la frase—. ¿Y tú eres detective?

—Ayudo en las investigaciones preliminares, me encargo de cosas sin importancia, hacer preguntas... —quise quitarle galones a mi papel.

—¿Y qué quieres que te diga yo?

Seguíamos en la puerta del piso. Joana dentro, apoyándose en ella, y yo fuera, como un pasmarote. Pero no se me ocurrió pedirle permiso para entrar.

—No se trata de ti o... Es más bien la familia, al completo. En la mayoría de los casos los implicados en algo así proceden del entorno más íntimo.

—Te aseguro que aquí nadie le iba a robar el loro a la abuela. Lo contenta que está ella con Mauricio. Encima no hay nadie con quien puedas hablar. Sólo estoy yo, y no sé qué decirte. ¿Cuándo se lo robaron?

—Hace dos días.

—No nos ha dicho nada —se extrañó.

—Le pedimos discreción, que lo mantuviera en secreto.

—Es absurdo.

—Es el procedimiento.

—No sé por qué no me llamó antes a mí —pareció disgustada.

—Bueno, ahora ya lo sabes.

—Iré a verla. Debe de estar hecha polvo.

—Mucho, aunque es una mujer fuerte.

—¿Me lo dices o me lo cuentas?

En una mesita, a su izquierda, vi dos fotografías enormes con sendos marcos de plata. Una era la suya. La otra la de un chico más joven, igualmente rubio pero menos guapo que su hermana. Quizás la imagen hubiera sido tomada uno o dos años antes, en plena adolescencia. Manel Dalmau tenía ahora diecisiete años, tres menos que su hermana.

—¿Es tu hermano?

—Sí.

Memoricé la cara, aunque con aquel cabello tampoco era difícil reconocerle.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Ni idea —resopló—. En cualquier parte menos estudiando, eso seguro.

Tenía el móvil de todos ellos. No tuve que preguntarle más.

—¿Por qué no vienes por la noche? —me sugirió—. Así nos pillas a todos en casa.

—¿Sabes de alguien que quisiera hacerle daño a tu abuela? —no olvidé las preguntas de rigor en estos casos, manteniendo la sensación de que todavía íbamos perdidos en la investigación—. Es para el informe, pura rutina.

—La abuela vive y deja vivir —hubo orgullo en la voz de su nieta—. Es una santa. No se mete con nada ni con nadie. Va a lo suyo y punto.

—Me comentó que sí la odiaba alguien.

—¿Quién?

—Luciana Folguerolas.

—Ah, bueno, ella, la mujer de mi tío David, sí, pero eso... Yo ni siquiera había nacido. Nunca la he visto. Culpar a la abuela porque llamó a su hijo cuando estaba sola es absurdo. Supongo que una tragedia así... Oye —miró el reloj de pronto—, tengo que salir. ¿Tienes muchas preguntas más?

—No, no, ya está, perdona.

—Me has dejado de una pieza, ¿sabes? ¿Crees que encontraréis a Mauricio?

—En eso estamos.

—¿Y piensas que lo han hecho para hacerle daño?

—Más bien por el dinero.

—Así que os contó...

—¿Lo que vale?, sí.

Suspiró con una mezcla de resignación y... ¿sentimiento de culpabilidad?

—Defendemos sus intereses, no temas.

—A mí me parece inmoral que un bicho valga tanto, y encima que sea ilegal —me confesó de manera espontánea, de colega a colega—. Pero si ella es feliz...

—Claro.

—A sus años...

—Gracias por atenderme —emprendí la marcha atrás.

—¿Volverás esta noche?

—No creo. Ya me has dicho que nadie de tu casa le haría daño.

Me quedaba con ganas de preguntarle acerca de Plácido Miserachs.

Tampoco era esencial.

—Suerte —me deseó—. Ojalá lo encontréis y se lo devolváis.

Bajé en el ascensor como si descendiera del cielo.

Incluso mi imagen, en el espejo, era mejor.

Me senté en la moto y saqué el móvil. Marqué el número de Claudia Parets. La que respondió fue la eficaz Eladia, que por lo visto hacía de todo en la casa.

—¿Dígame?

—Eladia, soy Berta Mir, la ayudante del detective que contrató la señora.

—Sí, sí, usted dirá.

—Quería hablar con ella, pero antes, si no le importa... Tengo algunas preguntas más que hacerle.

—Bueno, si puedo ayudar en lo que sea, ya sabe.

—Me temo que son preguntas delicadas.

—Mire, es que yo... —se le notó la amargura en la voz.

—¿Quiere ayudar a su señora?

—Sí.

—Se trata de su familia.

No me llegó ningún sonido del otro lado, así que lo interpreté como una rendición.

—Me dijo que sus nietos la visitaban de peras a cuartos, pero que si necesitaban dinero se dejaban caer porque su abuela siempre les tenía una propina preparada.

—Sí, aunque... quizá me expresé mal. Joana es una chica muy centrada. De adolescente era como todas, pero luego ha madurado bastante. Me refiero a la cabeza. El que sigue parando la mano es Manel.

—Va corto de dinero, ¿no?

—Oiga, que yo no quiero hablar mal de nadie, por favor —proclamó con dolor.

—Eso no es hablar mal de nadie, sólo constatar un hecho. Que su padre sea rico no significa que le dé todos los caprichos, y más a los diecisiete años —me puse en plan fingidamente adulto y agregué—: Hay que atarles cortos o se desmandan.

—Pues en eso lleva razón, sí —claudicó—. El señor y su hijo andan siempre a la greña.

Su abuela lo sabe, claro. Ella adora a sus nietos y le molesta. Pero es que, por lo que oigo decir, Manel no estudia, gasta mucho más de lo normal. Creo que tuvo una novia, mayor que él, que le sacó todo el dinero del mundo. Y la señora Parets le ha librado de más de un apuro, hasta que el señor Dámaso se enteró y le prohibió que lo ayudara. Le dijo que lo estaba malcriando o algo parecido. La pobre tuvo un disgusto... –se detuvo y cambió de nuevo el tono de su voz. Lo convirtió en un suspiro temeroso–. ¿No me dirá que lo hizo Manel, por Dios?

–No, tranquila –le mentí–. Pero hay que descartar opciones.

–Es que eso la mataría. La persona que se llevó a Mauricio tuvo que hacerlo para causarle daño. O eso es lo que yo creo.

–La única que está resentida con ella es Luciana Folguerolas, pero si llevan años distanciadas...

–Los odios no mueren nunca, se enquistan –le dio por filosofar.

–¿Qué quiere decir?

–Cada año, el día del aniversario de la muerte del señorito David, la señora va al cementerio a llevarle flores, sin falta. Y lo mismo hace su viuda. Lo enterraron en el panteón familiar. Por lo visto la señora Luciana no quería, prefería el nicho de su propia familia, pero los Dalmau eran los Dalmau. Tenían mucho poder y no pudo impedirlo aunque era su esposa. Además, el golpe la dejó medio ida. Total que una y otra saben que ese día irán al cementerio, y ninguna de las dos hace nada por evitarlo o tratar de no coincidir, así que en más de una ocasión se han encontrado. Mi señora dice que es su madre, que lo será siempre, que eso está por encima de contratos de matrimonio y que tiene todo el derecho del mundo. Luciana Folguerolas dice que era su marido, que dejó de pertenecer a su madre para convertirse en parte de su vida y que David es suyo. Las dos se ciegan con ello, enloquecen. Este año coincidieron y no vea la pelea que se organizó allí mismo, en el cementerio. Yo iba con la señora, por supuesto. Y menos mal que estaba allí. Se habrían matado.

–¿Tan fuerte fue?

–Más que fuerte. Parece mentira que después de veinte años... Luciana Folguerolas gritó que todos eran unos asesinos. Todos. Dijo que ellos habían matado a su marido.

–Pero ella culpaba a su suegra por haber llamado a su hijo esa noche.

–Pues ahora dice que fueron todos, y lo repitió una y otra vez. Estaba fuera de sí, desenfajada. Pobre mujer... Qué quiere que le diga, a mí me dio lástima. No tiene a

nadie, no se ha vuelto a casar, sigue enamorada del recuerdo de su marido –suspiró con fuerza–. Su amor debió de ser muy fuerte para haberle llorado así tanto tiempo, aunque si, como parece, el señorito David era tan especial y encantador...

–¿Cuándo tuvo lugar esa última pelea?

–Hace tres semanas.

No quise continuar. Tampoco era importante para el caso. Buscaba un loro y, sin comerlo ni beberlo, en cuanto tiraba de cualquier hilo acababa sacando los trapos sucios con algún drama familiar.

–Gracias, Eladia. ¿Me pasa a la señora?

–Está durmiendo la siesta, pero ya me dijo que si llamaban ustedes, a la hora que fuera, la despertara. Mauricio es su prioridad.

Esperé más de un minuto.

Con el mismo pensamiento en mi mente.

Sí, buscaba un loro y...

«Puede que tu loro sólo sea la punta del iceberg», me dijo mi padre.

–No seas fantasioso.

«Un caso es siempre una niebla. Hay que despejarla poco a poco para ver lo que esconde. De cada cien preguntas que hacemos, noventa y nueve son circunstanciales, disparos al azar, parte de un rodeo o un camino más hasta encontrar el definitivo, el que nos conduzca a la verdad. Pero son necesarias para que la número cien dé en el blanco. Si Plácido y Manel robaron a Mauricio, ¿por qué mataron a Miralles? Ya no puedes resolver únicamente una parte del caso.»

–Jo, papá –me sentí abatida.

Un caso con muerto era mucho más que un caso.

Demasiado.

–¿Berta?

–Ah, hola, señora Parets. Siento molestarla.

–No, hija, no –le noté el apremio en la voz–. ¿Alguna noticia?

–De Mauricio no, pero hay novedades.

–¡Ay!

–Han asesinado al hombre que se lo vendió.

Si todavía tenía el sueño pegado a los párpados, desapareció de golpe.

–¡No me digas!

–Pues se lo digo. Lo han encontrado esta mañana, aunque llevaba ya uno o dos días muerto. Un disparo en el pecho.

–¡Qué horror!

–Dadas las circunstancias, no creemos que sea casual.

–¿Qué quieres decir?

–Que Ángel Miralles tuvo que ver con el robo de Mauricio.

–¡Oh!

–No sabemos si actuó en solitario o si formaba parte de un gran plan, con cómplices – fui cauta y no le revelé la implicación de su sobrino y su nieto.

–Entonces Mauricio puede estar ya en otras manos –no ocultó su tremendo desaliento.

–Es posible, pero no desespere. Seguimos trabajando en ello.

–No sé qué voy a hacer sin él –pareció no escucharme.

–Necesito preguntarle algo.

La imaginé derrotada, menuda y frágil, como si acabase de perder lo más valioso del mundo para sí misma en ese momento.

–¿Señora Claudia?

–Perdón, hija...

–¿Le dijo a su sobrino cuánto costaba Mauricio?

–No. ¿A él? De ningún modo. Habría sido ostentación por mi parte.

–¿De su familia quién conocía su valor?

–Pues... todos, ¿por qué?

–¿Nadie se enfadó porque gastara tanto en un animal de compañía, y además ilegal?

–Es mi dinero, faltaría más. Para eso lo tengo. Pero no, no, mi hijo me dice que mientras yo esté bien... Mi nuera no se mete. A Joana le pareció excesivo y Manel bromeó con lo de arrancarle una pluma, porque si entero valía tanto, por una pluma al menos le darían mil euros. Eso fue todo, lo recuerdo bien. Estábamos cenando juntos aquí, en mi casa, y se lo presenté. Escucha, Berta... –reapareció el dolor–, ¿por qué preguntas tanto acerca de ellos? ¿Crees...?

–Hemos de preguntar, eso es todo.

–Pero no tiene sentido, ¿es que no lo ves? Tuvo que ser ese hombre, Miralles. Y lo mataron para quitarle a Mauricio.

No quise discutir con ella, y menos por teléfono. Me quedaba una última pregunta. La más espinosa para mí.

–Hay algo más –fui directa–. Nos llamó su abogado, José María Andrade, muy enfadado porque cree que la estamos estafando.

–Lo siento –se apenó enseguida–. Vino a verme, hablamos de dinero, me preguntó por mis últimos gastos, por temas de Hacienda, y le dije lo de Mauricio y que os había contratado para buscarlo. No me dio la impresión de estar enfadado.

–Pues lo estaba. Y fue muy grosero.

–Me protege, ¿sabes? Piensa que a una anciana todo el mundo trata de robarle o aprovecharse de ella.

–Puedo devolverle el dinero y contrata a otros.

–No, no, confío en vosotros, de verdad.

Había cruzado los dedos al decírselo.

–De acuerdo, eso es todo por ahora.

–Berta...

–¿Sí?

–La policía investigará ese asesinato, ¿verdad?

–Ya está en ello.

–Así que sabrán que compré a Mauricio ilegalmente.

–No lo sé, pero le digo lo mismo: confíe en nosotros. Y esta vez no le diga nada a su abogado. Son quisquillosos. Tenemos contactos en la policía y tal vez consigamos manejar esto con discreción. A ellos les interesa pillar a un asesino, no a una señora de ochenta y dos años.

–Ya, pero como no los aparento...

Me hizo sonreír.

De mayor quería ser como ella.

–Volveré a llamarla cuando tenga más noticias.

–Gracias.

Corté la comunicación, me guardé el móvil y, cuando iba a poner en marcha la moto, vi salir a Joana Dalmau por la puerta de su casa. Daba la impresión de tener prisa, porque lo primero que hizo fue mirar a derecha e izquierda por si localizaba un taxi. Al descubrirme levantó una mano.

–¿Todavía aquí?

–Una llamada telefónica.

–A mí se me ha hecho tarde, y tengo la moto en el taller –volvió a mirar calle arriba,

calle abajo.

–¿Te llevo?

–No, mujer.

–Tengo un casco de más –señalé el maletero que colgaba igual que una alforja a ambos lados de mi velocípedo.

Pensé que me diría que no, por aquello de ponerse un casco desconocido que podía estar lleno de bichos o por no descomponer su precioso cabello rubio.

Me equivoqué.

–No voy lejos, pero igual te aparto de tu camino.

–Anda, sube.

Me regaló una sonrisa abierta y se colocó en la parte de atrás de la moto. Le entregué el casco y ni siquiera lo examinó. Parecía una pija, aspecto, modales, lenguaje, pero no lo era. Al menos no daba esa impresión cuando la tratabas un poco. Me dio por pensar en el hecho de que yo no tuviera una «mejor amiga», algo que siempre me parecía digno de un estudio freudiano.

–Vas preparada –me guiñó un ojo.

–Nunca se sabe a quién te vas a encontrar.

–¿Se liga mucho trabajando en una agencia de detectives?

–No.

Se lo dije de una forma tan rotunda que las dos nos echamos a reír al mismo tiempo.

Buen rollo.

Luego puse la moto en marcha y antes de arrancar le pregunté:

–¿Adónde vas?

Me lo dijo al oído y apreté el acelerador mientras ella se agarraba a mi cintura. Yo iba equipada, con mi chaqueta reversible, protecciones en codos, hombros... Pero ella iba muy ligera, aunque hacía buen tiempo, no pillaría nada y menos en una distancia tan corta. Nos paramos únicamente en cinco semáforos. Cuando llegamos al lugar en que tenía que apearse me devolvió el casco y me lo dijo de nuevo:

–Encuentra ese loro. No puedo imaginarme a la abuela sin él.

–Vamos a ver –subí y bajé los hombros.

–Y cuando hayáis resuelto el caso, llámame. Me gustaría charlar contigo y que me explicaras cosas de lo que haces.

Lo esperaba todo menos aquello.

Una curiosa amistad.

—De acuerdo.

Me golpeó el casco con los nudillos de la mano, a modo de despedida, en lugar de darnos los habituales dos besos en las mejillas, y luego se apartó de mi lado. Yo me alejé sin rumbo fijo, porque la verdad es que todavía no había decidido cuál iba a ser el siguiente paso. En el semáforo oí que sonaba mi móvil.

Subí la moto a la acera y contesté.

Alfredo Sanllehí.

—Berta —puso la directa, sin el saludo de rigor—. Voy a hacerte una pregunta sencilla y quiero una respuesta franca, ¿vale?

—Vale, vale —me sentí incómoda—. Menudo humor.

—Es que hay muchos aficionados jorobando —me soltó.

—Si estás broncas, paso y cuelgo.

—¡Encima! ¡Y no estoy broncas!

—Venga, pregunta.

—¿Conoces o te suena de algo el nombre de Baptiste Clochard?

Temí que fuera a preguntar ya por Plácido, prueba de su eficacia policial, así que mi desconcierto fue real.

—No, ni idea. ¿Quién es?

—Las preguntas las hago yo.

—A veces el nudo de la corbata te aprieta demasiado.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Nada —suspiré hastiada—. Anda, vete a pillar a los malos.

—¡Será posible!

—Si ves un loro precioso, llámame.

—¿Te recuerdo que este lío ha empezado esta mañana contigo y el cadáver de Ángel Miralles?

—No hace falta.

—Pues eso.

Me mordí el labio inferior. Si perdía a mi protector lo pasaría mal, tarde o temprano.

—Lo siento —susurré.

—¿Qué?

Me había oído perfectamente, el muy...

–Que lo siento.

–No te oigo bien, casi no hay cobertura.

–¡Vete a...!

–Ahora sí. Anda, déjame trabajar. Los malos casi siempre van un paso por delante hasta que se tropiezan y caen. Adiós.

Cortó la comunicación y me dejó absolutamente desconcertada.

Dar con las señas de Luciana Folguerolas me llevó diez minutos y dos llamadas. No era cosa de preguntárselo a Claudia Parets. Tampoco creo que las supiera. En información me dijeron que había dos Folguerolas L., y me dieron los números de teléfono y las direcciones. Llamé al primero y resultó ser un hombre. Ya no tuve que telefonar al segundo. Otros diez minutos después aparcaba en la calle Industria con Sicilia mientras me preguntaba para qué demonios iba a ver a la viuda de un hombre muerto hacía más de veinte años.

«No dejes nada al azar.»

—Ya, ya, papá, pero...

¿Alguien más podía estar metido en el robo de Mauricio, que era mi caso, además de Plácido y Manel?

«Hasta que no los veas a todos, no lo sabrás.»

—No sé si me conviene tenerte de Pepito Grillo, voz de la conciencia y todo eso — refunfuñé.

Empezaba a volverme loca, estaba claro. Me daba por hablar con mi padre cada vez con más frecuencia, y realmente escuchaba su voz en mi cabeza.

Plácido no sabía el valor de Mauricio. Manel sí. La cosa parecía sencilla. A Manel se le ocurre la idea pero es un crío, se lo propone a Plácido que tiene la piel más dura, éste sonsaca a Claudia para que le diga dónde lo compró, o tal vez también lo hiciera Manel; el sobrino va a ver a Miralles y le propone revenderlo. Fácil y limpio. Mejor que buscar un cliente por su cuenta. Todo tan sencillo que me parecía..., si no absurdo, muy poco relevante. Como si los delitos tuvieran que estar más currados en lugar de acabar siendo vulgares chapuzas.

Y yo quería cerrar todos los cabos sueltos, sí.

Miré la hora. Habíamos quedado otra vez temprano para ensayar y al paso que iba se

me complicaría la tarde. Pero de alguna forma tenía que justificar los tres mil euros que había avanzado mi cliente y por los que había protestado su abogado, aunque a veces pensaba que la música era todo lo que me quedaba, lo único que me pertenecía a mí, a nadie más.

Tocando y cantando todo se desvanecía...

Me decidí por el trabajo aunque llegase tarde al ensayo.

Luciana Folguerolas ya no vivía allí. Me abrió la puerta del piso una señora que me contó que se lo había comprado hacía seis meses. Casualidades de la vida. Pero tenía sus nuevas señas, por si llegaba correo atrasado. Me las dio y me fui. Por lo menos no se había mudado muy lejos. De un cruce del Ensanche a una placita de Gràcia, la del Raspall.

La nueva casa era más humilde. Ni siquiera tenía conserje. Dado el carácter que le suponía a la viuda de David Dalmau, no quise llamar al portero automático, por si no me abría. Pulsé un timbre de la primera planta, y cuando una voz de mujer me preguntó quién era le solté un rotundo:

—¡Yo!

Un zumbido y el paso quedó franco.

No había ascensor, era un edificio viejo. De alguna parte llegaba una música atronadora. Wagner o algo así, porque no podía tratarse más que de una valquiria en apuros. Tremendo. Como dice Woody Allen, te entraban ganas de invadir Polonia. Llegué a la primera planta y me encontré en el rellano con la señora que me acababa de abrir la puerta. No tuve más remedio que excusarme.

—Perdone, he tocado mal. Vóy al segundo.

—¿Es usted familia de esa loca? —se cruzó de brazos con una cara terrible.

—No.

—¿Dónde se cree que vive? ¡Ya no sé cómo decírselo! ¿Pero tú lo oyes, niña? ¡Todo el día con la música para sordos, por Dios bendito!

—Es una conocida de mi madre —mentí.

—¡Pues dile que volveré a llamar a la policía!

—Vale.

Cerró la puerta con tal violencia que el edificio entero tembló. Alcancé la segunda planta y pulsé el timbre del piso de Luciana Folguerolas.

Tuve que insistir tres veces.

A la valkiria le estaban pisando las trenzas o asesinando despacio.

Después del tercer intento, la música cesó de golpe. Fue un alivio. Luego escuché un rumor al otro lado y finalmente la hoja de madera se abrió.

La viuda de David Dalmau tuvo que haber sido muy hermosa, muy especial. Un alma libre. Todavía se le notaba, pese a lo mal que parecía haberla tratado el tiempo. Tendría unos cincuenta y cinco años pero aparentaba haber superado los sesenta. Envejecida, ajada, con bolsas debajo de los ojos, los labios curvados sobre la barbilla, la amargura fluyendo como un perfume barato de su cuerpo, las manos ya muy nudosas, el cabello largo e hirsuto, como una hippy resistente. Vestía una túnica larga hasta los pies y caminaba descalza. Los restos de su dignidad se manifestaban en el porte, la altivez de la mirada, la elegancia de los gestos.

—No voy a comprar nada —fue a cerrar la puerta.

—He venido a verla a usted, señora Luciana —decidí emplear su nombre de pila porque no sabía si llamarla «señora Dalmau» o «señora Folguerolas».

—¿Te conozco? —frunció el ceño.

—Trabajo en una agencia de detectives.

El ceño se frunció todavía más, poblando de arrugas su frente.

—¿Y qué es lo que estás investigando?

—A los Dalmau.

Eso fue definitivo. Adiós a las dudas. Me franqueó el paso inmediatamente. Crucé el umbral de su puerta y me encontré en un piso pequeño y atiborrado de cosas amontonadas. Se había mudado allí hacía seis meses, pero o no había tenido tiempo de ponerlo todo en su sitio o no había sitio donde ponerlo. Cajas todavía cerradas, muebles desmontados, libros apilados en el suelo, objetos de decoración... A duras penas pasé por el vestíbulo y enfilé por el pasillo, o lo que quedaba de él. La sala no era mejor. La música procedía de un tocadiscos. Ni hablar de CD, DVD o un iPod. No quise acercarme para comprobar si realmente se trataba de Wagner. Me quedé a la espera de que mi anfitriona me invitara a sentarme.

No lo hizo.

—¿Qué clase de investigación estáis llevando a cabo? —se me puso delante con la mirada acerada y los brazos cruzados.

—Es difícil de explicar.

—¿Por qué?

—A la señora Claudia le han robado un animal muy valioso.

—¿Qué? —pareció desilusionada por la poca envergadura del delito.

—Estamos hablando con todas las personas que tienen que ver con ellos.

—Yo no tengo que ver con ellos —me puso una mano por delante—. Si buscas sospechosos, ya te estás yendo. Dejé de ser una Dalmau hace muchos años —su tensión aumentó—. Aborrezco cuanto venga de esa familia, así que lo más lejos que esté de ellos siempre es poco —llevó una bocanada de aire a sus pulmones porque se quedó sin aliento de golpe, con el pecho oprimido—. ¿Qué clase de maldito animal le han robado a esa bruja?

—Un loro.

La pillé desprevenida.

Primero levantó las cejas, luego inició un leve, levísimo asomo de sonrisa.

—¿En serio?

—Sí.

Se echó a reír. Imparable. De entrada con sorna. De salida a pleno pulmón.

Por lo menos se lo estaba pasando bien.

—¿Cuánto... cuánto vale ese animal? —logró preguntarme.

—Noventa mil euros.

La sonrisa se le borró de la cara.

—¿Noventa mil...? —le repugnó repetirlo—. Santo Dios, típico de ellos. Ostentación, falta de escrúpulos... ¡Qué vergüenza!

—Me han dicho que hace muy poco tuvo un enfrentamiento con la señora Claudia. Tres semanas.

—¿Enfrentamiento? —se crispó—. ¡Se apropiaron del cuerpo de mi marido y...! ¡Malditos Dalmau! ¡Me lo matan y encima...! —pensé que querría asesinar al mensajero—. ¿Te lo ha contado ella?

—Sí —mentí.

—¿O sea que piensa que he sido yo?

—¿Ha sido usted?

—¡Me encantaría decirte que sí, niña! —levantó las dos manos al aire—. ¡La sola idea de que piense que he podido ser yo quien le haya robado ese bicho ya me llena! ¡Es fantástico!

Caminó hasta el tocadiscos, muy excitada. Creí que iba a volver a poner el disco. Pero

no, lo que hizo fue cerrarlo. Luego se dejó caer sobre una vieja butaca de piel. De la excitación pasó a una tensa calma.

Me senté frente a ella, en una silla.

—Siento haberla molestado.

—Yo no quiero nada de esa gente. Nada —la amargura rebrotó en su cuerpo lo mismo que una urticaria persistente—. Tú no tienes ni idea de cómo son, ni de la forma en qué actúan. ¿Qué edad tienes?

—Dieciocho.

—Dieciocho —lo repitió con una punta de ironía—. Ni siquiera conoces la maldad humana, aunque trabajes en una agencia de detectives.

—¿Por qué dijo que eran unos asesinos, todos ellos, y que mataron a David?

Otro largo suspiro.

—¿Quién te ha contado eso?

—Eladia, la asistente de la señora Claudia, y usted misma, hace un momento. Acaba de decir: «Me lo matan y...».

Luciana Folguerolas se pasó una mano por la cara. La barrió entera, frente, ojos, nariz, pómulos, barbilla. Cuando volvió a mirarme había sufrido una transformación.

—No puedo hablar de eso —musitó.

—¿Por qué?

—Por miedo.

—¿Miedo después de más de veinte años?

—Ellos nunca dejan cabos sueltos.

Cada vez que decía «ellos» terminaba por ponerme los pelos de punta. Si la primera esposa de Dámaso Dalmau se había vuelto loca, a la de David le faltaba muy poco.

—¿A qué se refiere?

—A Dámaso y a José María Andrade.

—¿El abogado de la señora Claudia?

—¿De ella? ¡De toda la familia!

—No lo sabía.

—Escucha, niña —se inclinó hacia delante con misterio y su voz se hizo crepuscular—. Ten cuidado. No sé qué buscas en realidad, ese maldito loro o remover el pasado, pero ten mucho cuidado. No sabes con quién te la estás jugando.

—No estoy removiendo nada. Trato de dar con ese loro. Pero para encontrarlo hay que

hacer preguntas. Muchas, y de todo tipo.

Me atravesó con sus ojos perdidos en busca del apoyo que necesitaba como agua de mayo, probablemente de forma constante, hiciera lo que hiciera.

—¿Me dices la verdad?

—Sí.

—No se puede buscar mierda, del tipo que sea, sin levantar la alfombra y removerla a conciencia. Un loro, un crimen... Todo es lo mismo. Y créeme, los Dalmau tienen mucha mierda amontonada debajo de sus alfombras, en los armarios...

Tenía que marcharme. Era un camino cerrado. Y sin embargo seguí allí, haciendo la pregunta más oportuna para acabar de meterme en el lío.

—¿Qué sabe usted?

Un bufido.

—Saber, nada. Creer, todo. Con los años...

—¿Por qué no me lo cuenta?

—¿No buscabas un loro?

—Quizá todo tenga que ver. Y tal vez sea el momento adecuado para contar su historia y que alguien la escuche.

—¿Una chica de dieciocho años?

—Trabajo para un detective.

—Ellos me matarían, y a ti, sin dudarlo —sus ojos crepitaron con inusitada intensidad—. Piensan que estoy loca, como Victoria, por eso me han dejado en paz. Tampoco tengo pruebas. No... no tengo nada —su mirada se extravió unos segundos.

—Sé que la madre de David lo llamó aquella noche, lo sacó de la cama, y por el camino lo asesinaron unos chicos.

—Qué oportuno, ¿verdad?

—¿Por qué lo dice?

—Después de su segundo infarto, Genaro Dalmau iba a dejarle todos sus negocios a David, en quien confiaba y creía. Menudo era el patriarca. Un hueso. Un hueso muy duro. Nunca quiso que sus hijos se acomodaran, quería que trabajaran duro, que merecieran su herencia. David lo hizo, pero Dámaso... En aquellos tiempos eran el día y la noche. David valía mucho, su hermano nada. Tenía una mujer ambiciosa pero poco carácter, siempre oscurecido por el brillo de David... Por lo tanto, si David no existía todo se simplificaba, así —hizo chasquear los dedos de la mano derecha—. El viejo tuvo su

tercer infarto y adiós. Eso sin olvidar al mejor amigo de mi marido, la persona en quien más confiaba: su tío Antonio.

—Pero Antonio Parets desapareció, ¿no?

—¡Lo mataron! —el grito me pilló desprevenida—. ¡Él también sobraba! ¡Tuvo que descubrir la verdad, el complot! ¿Unos chicos? ¡Y una mierda! ¡Sicarios, asesinos a sueldo..., qué más da! Dijeron que había vendido su casa antes de desaparecer. ¡Mentira! Muerto David, acabaron con Antonio y camino despejado.

—¿Por qué nunca ha aparecido el cadáver?

—¡Porque no es importante! David sí lo era, tenía que estar muerto y bien muerto para que Dámaso se lo quedara todo al instante. Antonio podía pasar por «desaparecido». Nadie le buscó de verdad. Era demasiado cándido y buena persona.

—¿Y su cuerpo no ha aparecido en veinte años?

—¿Conoces a José María Andrade?

—Por teléfono.

—Cuidate de él, preciosa. Es un hijo de mala madre. Da igual lo que investigues, el robo de un loro o lo que sea. Si él ve que husmeas demasiado, si te acercas a la familia, te morderá. Es un paranoico, ¿sabes? —volvieron a brillarle los ojos—. Un paranoico como la copa de un pino. Siempre ha tenido miedo de que al tirar de la cuerda se deshaga todo el ovillo.

—¿Y esos chicos que vieron cerca del lugar en el que murió su marido?

—Durante años yo misma los busqué. Años. Casa por casa, calle por calle. También contraté a un detective, ¿y sabes qué? Los Dalmau le untaron para que no hiciera nada. Me dijo que era como buscar una aguja en un pajar. Un pajar... —soltó una risita—. No hubo chicos porque lo mataron ellos, Dámaso y Andrade.

—¿Y Claudia nunca lo sospechó?

—¿Qué madre podría creer eso de su único hijo vivo? De un plumazo se quedó sin David, sin su marido y, al poco, sin su hermano pequeño.

—¿Fue a la policía?

—Una vez, y no me creyeron. De nuevo Andrade estuvo ahí, rápido. Yo era la neurótica viuda afligida por el dolor. Después...

—¿Miedo?

—Una noche un automóvil casi me despeñó por un barranco. Dijeron que era la locura

de un borracho. Yo sé que fue una advertencia. Una cosa es la resistencia, otra... Si yo muero, ¿quién recordará a David?

Sus ojos se convirtieron ahora en pozos cálidos.

Y al final del largo túnel de amor, el dolor.

–Te estás preguntando si se puede amar tanto –dijo Luciana Folguerolas.

–Amar y odiar, sí.

–Odiar es fácil. Amar de verdad no. Eres muy joven. Quizá te enamores perdidamente. Quizá nunca llegues a sentir algo así. Si te enamoras, te abrasas por dentro cada vez que lo ves y también cuando no lo ves, y cada vez que te toca o le tocas, y cada vez que le deseas o te desea. Si no te enamoras, lamentarás no haberte abrasado viva, porque amar lo es todo. Sólo así somos capaces de sentir. Y sentir es vivir, pequeña –hizo una pausa larga, cadenciosa, sumida de pronto en una apacible serenidad–. Ellos me lo arrebataron. Veintidós años, veintidós días o veintidós segundos, el tiempo ya es lo de menos. Cada minuto pienso en David. Tal vez un día vaya a por Dámaso y le mate. Tal vez. Mientras tanto...

Se oscureció por completo.

Estaba agotada.

Y yo más.

Llegué la última al ensayo y con la cabeza más llena de los Dalmau, los Parets y Mauricio que de música.

Sin contar con Ángel Miralles.

–Es tarde –me hizo notar Sandra como si yo no lo supiera.

–He tenido un día...

–Estás blanca. Ni que hubieras visto un muerto.

Mejor me callé.

Pero estuve a punto de gritárselo.

Cuanto menos supieran de lo que hacía, mejor. Mi estabilidad personal y mi futuro económico pasaban por mantener en secreto mi nueva identidad. Algo así como Superman y Clark Kent. Tampoco quería dar explicaciones.

No era un juego.

Empezaba a descubrir que ser detective era algo más que serio.

Removías conciencias humanas.

Se empezaba por un loro y...

–¿Qué, quién se lo dice? –preguntó Lucas.

Me quedé quieta en el centro del local de ensayo. Todos sonreían. Todos. Y sus caras eran una mezcla de satisfacción y orgullo.

Casi inocentes.

–¿Qué pasa? –no llegué a coger mi bajo.

–Tenemos un bolo –me anunció Marcos.

Eso sí me pilló desprevenida.

¡Zas!

–¿Un bolo... bolo?

–De los de salir, tocar y cobrar, sí.

–Sopla –me quedé sin aliento a pesar de la palabra.

–Tocamos mañana viernes y el sábado, las dos noches, en una discoteca nueva de Cadaqués que van a inaugurar –continuó Marcos–. Les ha fallado el grupo que tenían contratado porque el guitarrista se ha roto una mano y andaban desesperados buscando un recambio. Con tan poco tiempo...

Eso lo explicaba todo.

Pero daba lo mismo.

De rebote o no, íbamos a tocar en vivo, por primera vez.

–¿Quién nos lo ha ofrecido?

–Mario Auladell.

Quería ser mánager. Buscaba talentos. Había venido a vernos un par de veces pero sin llegar a nada definitivo. No era mucho mayor que nosotros.

–No vamos a ganar mucho –tomó el relevo Sandra–. Hemos hecho números. Después de pagar la furgoneta, la comisión de Mario, la pensión de mañana por la noche, las comidas y todo lo demás, nos quedarán cincuenta euros por cabeza.

Una fortuna.

Todos lo habríamos hecho gratis.

–Vamos a tocar en directo –apenas pude creerlo.

Fue el momento de empezar a dar saltos, los cinco, para acabar abrazados en el centro del local, gritando como locos.

El verdadero espíritu de la música.

–Quieren marcha, mucha marcha –retomó sus explicaciones Marcos cuando acabamos de exteriorizar la alegría por la noticia–. Nada de baladas, ni cosas raras.

–Mientras no pidan horteras...

–No, tía, ¿cómo van a pedir eso? Es en Cadaqués. Gente fina. ¡El espíritu de Dalí!

Ya no estábamos verdes. Habíamos mejorado mucho en los últimos dos meses. Teníamos unas treinta canciones montadas, diez más que cuando lo de mi padre, aunque no todas servían si no querían baladas y se decantaban por la marcha, marcha, marcha. La mitad eran nuestras. La mitad versiones.

–Entre hoy y mañana deberíamos preparar dos o tres temas nuevos, adrenalíticos –sugirió Iván–. Si son tres tandas de cuarenta y cinco minutos cada una, por mucho que los alarguemos...

–¿No os olvidáis de algo?

–¿De qué?

–Ni siquiera tenemos un nombre.

–Ya sí.

–¿Cómo que ya sí?

–Me he visto obligado a darle uno a Mario –Marcos abrió las manos haciendo un gesto de resignación–. Tenían que hacer los nuevos carteles y todo eso. No se podía esperar a que lo decidiéramos entre todos esta tarde.

–¿Y por qué no llamaste por teléfono?

–¿Ponernos de acuerdo por teléfono los cinco?

–Ya os dije que el nombre era básico –apuntó Sandra–. Debimos habernos puesto de acuerdo hace tiempo. No sé por qué fuimos postergándolo.

Porque no había prisa, y de pronto...

–¿Qué nombre le has puesto?

–Actuamos con él estas dos noches y ya está. Luego elegimos uno democráticamente –dijo Marcos.

–El nombre –insistí.

Me temía lo peor, algo así como Marcos y los Tal o Marcos y los Cual.

–La Séptima Cuerda.

Marcos siempre decía que si su guitarra tuviera siete cuerdas en lugar de seis, arrasaría.

De todas formas podía haber sido peor.

–Así que somos La Séptima Cuerda –miré a Iván y a Lucas.

No era cosa de ponerse a discutir. No en ese momento y con lo mucho que íbamos a tener que trabajar. Iván me guiñó un ojo cómplice. Lucas se lo tomó con más calma y sostuvo mi mirada.

–¿Ensayamos o qué? –Marcos tomó de nuevo su guitarra.

–¿Qué canciones conocidas podríamos tocar que nos resulten fáciles de pillar? –preguntó Sandra.

–Rock clásico –dijo Iván–. Es lo más elemental.

–¿Y las letras? –se preocupó nuestra cantante solista.

–Las sacamos de Internet. Tampoco es que sean cosas muy complicadas, los estribillos se repiten, y siempre puedes ponértelas en un atril.

Sandra no se quedó muy convencida.

–Tendremos que hacer solos –insistió Marcos.

–¿De guitarra? –le pinchó Lucas.

–De todo, de batería, de teclado, de guitarra...

No dijo nada de que yo hiciera un solo de bajo.

–¡Venga, a trabajar! –disparó la adrenalina Marcos.

La siguiente media hora la pasamos proponiendo temas fáciles y adaptables. La suerte era que tanto Iván como Lucas, y sobre todo Marcos –había que reconocerlo–, eran buenos. No les costaba demasiado pillar la onda. En cuanto hubimos escogido seis canciones, las buscamos en Internet. Marcos se había traído su portátil. Desde luego, las letras no eran complicadas. «Summertime blues», «Twist and shout», «Gimme some lovin'», «All day and all of the night», «Tutti frutti»... Años cincuenta y sesenta del siglo pasado, pero hasta el más novato aprendiz de músico las conocía, y en cualquier concierto, nada más sonar la primera nota, encendían a la gente.

Debo reconocer que fue la tarde de ensayo más hermosa de cuantas habíamos vivido. Hasta me olvidé de Mauricio. En un alarde de capacidad, prácticamente montamos todos los temas nuevos. Tuvimos que frenar a Marcos, porque insistía en sus solos a cada momento, pero el ambiente era bueno. Debutaríamos en vivo, aunque fuese en una discoteca pija de Cadaqués y ante un público heterogéneo. Eso bastaba. Eso podía con todo. Me encantó particularmente «Gimme some lovin'», porque Lucas se lucía con el órgano y Sandra llegó a bordarla con su voz aguda. Los coros de «Twist and shout» fueron una gozada. Sandra, Marcos y yo acabábamos desmelenados en la crecida final, chillando como locos. El mejor solo de Iván a la batería lo hacía en «Summertime blues», aunque era sobre todo una canción de guitarra. Jugamos también a hacer duetos, batallas sónicas bajo-batería, teclado-guitarra.

Estábamos felices.

Por un momento fuimos un gran grupo.

A veces sentía los ojos de Lucas fijos en mí. Yo intentaba concentrarme en mi música y no mirar a Marcos. Parecía más guapo que otros días, así que, en lugar de tener dieciocho años, sentía que retrocedía a los quince, cuando era capaz de enamorarme del chico de la película cada dos por tres y sufrir por ello en silencio. Las obsesiones son dolorosas y no sabía cómo quitarme la venda de los ojos.

Pasara lo que pasara, quería conservar la amistad de Lucas.

Pasara lo que pasara, necesitaba despertar del sueño de Marcos.

No acabamos muy tarde el ensayo. No era necesario agotarnos. Al día siguiente, Marcos se encargaría de la furgoneta con la que llevar el instrumental y los hermanos de encontrar un hostel o una pensión en Cadaqués. Fue en el momento de separarnos, tras unir nuestras manos en el centro del corro formado por nuestros cuerpos, cuando yo pensé en lo difícil que me sería seguir con la investigación de Mauricio. Trasladarnos a Cadaqués por la tarde, tocar, pasar todo el sábado en el pueblo, regresar de madrugada, dormir lo que pudiera el domingo por la mañana...

Mauricio debía de estar ya muy lejos.

Aunque quizá Plácido y Manel supieran qué había hecho Ángel Miralles con él..., si es que mi idea del plan del robo era la buena.

—Berta, espera un minuto.

Lucas estaba a mi lado, reteniéndome. Los otros ya se alejaban por la calle.

—¿Qué quieres? —iba a llamar al móvil de Manel en cuanto me quedase sola.

—Te he traído esto.

«Esto» era un CD.

Lo tomé sin saber a ciencia cierta de qué se trataba.

—Son unas bases, nada más. Óyelas y dime qué tal. Luego piensa cómo sonarían contigo a la guitarra acústica y unas buenas letras.

El CD ardió en mi mano.

—¿Sigues con la idea del dúo electroacústico?

—No está de más tener otras opciones. Tú sólo escúchalas y déjate llevar.

—Seguro que son buenas —no era una pregunta, sino una afirmación.

—Sí —se jactó él.

—Justo ahora, que vamos a tocar en directo y parece que nos ponemos en marcha.

—Te lo repito: es bueno tener otras opciones. Al margen del grupo yo trabajo en lo mío en casa, y tú haces lo mismo. Los músicos crecemos por todas partes y en todas las direcciones, ¿no?

—Vale, las escucharé.

—Déjate llevar, ¿eh? —insistió.

Me guardé el CD.

—¡Lucas! ¿Vienes? —le llamó su hermano Iván.

Eso fue todo. Echó a correr y yo inicié el camino a casa en mi moto.

No volví a acordarme de Manel Dalmau hasta detener la moto en la acera de mi casa. Saqué el móvil, el papel con los datos de la familia anotados por Claudia Parets, y marqué su número.

El buzón de voz saltó después del quinto zumbido.

–Hola, te habla mi voz. Deja la tuya grabada en el contestador y dime qué motivos tendría para llamarte.

No le dejé ningún mensaje.

Algo no encajaba y no sabía qué era.

Cuando llegué a mi rellano me encontré con Alejandra en la puerta. La colombiana sonreía, como siempre, aunque esta vez advertí un brillo especial en sus ojos.

–¿Ha pasado algo?

–Su padre tuvo que ser un hombre estupendo –hizo un mohín pícaro.

–¿Por qué lo dices?

–Esta tarde movía el dedo, me he acercado como me dijo usted, le tomé la mano, y después de acariciarme con la yema me ha escrito en la palma de la mano una palabra.

–¿Cuál?

–«Suave.»

–Muy de mi padre, sí –reconocí–, aunque mejor tomarlo como muestra de buen humor.

–Lo sé, lo sé –pareció querer tranquilizarme–. Pero es algo maravilloso, ¿no?

A veces la miraba y trataba de imaginármela aquel día, en su casa, con la guerrilla asesinando a su marido y con aquella bala fortuita acabando con su hijo. La gente sacaba fuerzas de donde era imposible extraerlas. La gente sobrevivía. Sobre todo la gente como ella o como papá, irreductibles. Alejandra sonreía en todo momento. Lo que no sabía era

si cuando estaba a solas, en su cama, rompía a llorar alguna noche, o todas las noches. Algo necesario para empezar cada día limpia de corazón y alma.

—Como le coja afición a tu mano, ya verás —le advertí.

—Bueno, le dejaremos —me mostró su enorme sonrisa—. Hasta mañana.

Ella bajó la escalera y yo cerré la puerta. Cumplí mi ritual, dejar mis cosas en la habitación, decirle a la abuela que ya estaba en casa y meterme en el cuarto de mi padre. Tenía los ojos abiertos. Me senté en la cama y le tomé la mano.

—¿Tienes un minuto? —empleé mi humor más macabro sabiendo que él lo apreciaba.

«Sí», movió su dedo lleno de tinta invisible.

Le conté todo lo que sabía del caso. Plácido, Manel, Ángel Miralles, la historia narrada por Luciana Folguerolas... Lo hice despacio, para que él lo asimilara. A veces todavía tenía dudas acerca de cómo funcionaba su cerebro. Pero parecía intacto, consciente y rápido. Es asombroso que un cuerpo paralizado pueda tener activa y al cien por cien la parte esencial: la cabeza.

Lo que menos le gustó fue lo del asesinato de Miralles.

Me apretó la mano. Sólo eso.

—Ni siquiera sé si le mataron por Mauricio.

«TEN CUIDADO.»

—Lo tengo, no soy tonta.

«BUSCAS LORO.»

—Sí, claro.

«PUEDEN PENSAR...»

—Lo sé.

«¿SANLLEHÍ?»

—¿Qué pasa con él?

«CUENTA.»

—Ya le he dicho lo que podía contarle, pero no puedo decirle quién es mi cliente, por lo de la ilegalidad de Mauricio.

«BUEN TÍO.»

—Ya sé que es buen tío, papá. Pero no deja de ser un poli.

«LE CAES BIEN.»

—Huy, sí, mira.

«APROVECHA, JA, JA.»

Le acariciaba la mano a Alejandra, se reía de mi amistad con Alfredo. Todo menos decirme que dejara el caso, que si implicaba un crimen era peligroso. Que confiara en mí me hacía sentir... bien.

Volví a preguntarme qué pensaría si supiera que mamá tenía un más que probable cáncer de pecho.

Quizá se levantase de la cama y corriese hacia ella.

—Papá, ¿qué hago? Mauricio puede estar ya en cualquier parte.

«MANEL.»

—Ya, ya, pero no he dado con él.

«PLÁCIDO.»

—Ése aún debe de estar corriendo. Con un asesinato...

«HERM. DESAP.»

Tardé unos segundos en comprender el significado de las dos medias palabras.

—¿El hermano desaparecido? ¿Antonio? —no oculté la sorpresa—. ¿Por qué?

«CERRAR CÍRCULO.»

—¿Qué tiene que ver una persona desaparecida hace más de veinte años con un loro robado ahora?

«NO SÉ.»

—¿Entonces?

«RARO.»

—Ya sé que es raro, como lo es la historia de David, la acusación de su mujer... Pero eso es el pasado y mi loro el presente.

«CABOS SUELTOS.»

La voz que oía en mi cabeza a cada momento desde luego era la de papá. Buscaba un loro y acababa desenredando los líos de toda la familia de Claudia Parets. No sé si a eso se le podía llamar instinto o qué. Pero los tres últimos mensajes de papá tenían sentido: «Cerrar círculo», «Raro», «Cabos sueltos». ¿Y si después de todo el Manel de Plácido no era el mismo Manel nieto de mi cliente? ¿Y si alguien buscaba hacerle daño a la anciana para acelerar su muerte?

—Antonio Parets desapareció sin dejar rastro. Ni sabría por dónde empezar a buscar.

«SANLLEHÍ», volvió a escribir en la palma de mi mano.

La abuela hizo acto de presencia en ese instante. Al vernos «hablar» me soltó lo habitual en ella.

–No le fatigues.

–¿Por cinco minutos al día que hablamos? –me dirigí a papá y le pregunté–. ¿Estás fatigado?

«NO.»

–Dice que no. ¿Lo ves?

–Habláis más ahora que nunca –insistió.

–Y tú te quejas más ahora que antes –se lo rebatí picada.

–¡Señor! –se retiró dramáticamente.

Nos volvimos a quedar solos papá y yo.

Me incliné sobre él y le besé la frente.

Movió su dedo y tuve que mirar mi mano para interpretar las letras que trazaba.

«MÁS.»

Le di otro beso, y le abracé fuerte.

–Voy a cenar –susurré.

Noté un nuevo gesto.

«INTERNET», escribió despacio.

–¿Qué quieres que busque en Internet?

«ASOC. DEF. ANIM. EXT.»

–Asociación en Defensa de Animales en Vías de Extinción –lo repetí para estar segura–. ¿Por qué...?

Papá había cerrado los ojos.

No quise molestarle. Aunque no sabía si estaba dormido, preferí dejarle descansar. Tenía reacciones inesperadas y debíamos adaptarnos a ellas. Me aparté de su lado, dejé su mano y salí de la habitación apagando la luz.

Quedaba lo peor: hablar con la abuela.

Esperé a que las dos estuviéramos cenando, cara a cara. Entonces se lo dije.

–Nos ha salido una actuación este fin de semana en Cadaqués. Por fin –traté de parecer incluso más animada de lo que estaba–. Tocaremos mañana y el sábado por la noche.

Como ya imaginaba, no se puso a dar saltos de alegría.

–¿Dónde dormirás?

–En una pensión.

–Señor, señor... –puso una larga cara de resignación.

–Sabías que esto sucedería –le advertí–. Tengo dieciocho años y un grupo. Si salimos adelante actuaremos a menudo, siempre los fines de semana.

–Menudo trabajo.

–¿Tuviste alguna vez dieciocho años?

–Sí, y mis padres me ataban corto.

–Porque era otra época, abuela, no compares.

–Los riesgos siempre son los mismos.

Podía enfadarme, contemporizar o tratar de entenderla.

Puse una mano sobre su brazo.

–Siempre estás enfadada. ¿Qué te pasa?

Hundió en mí una mirada cargada de dulce amargura.

–No tienes padre, no quieres saber nada de tu madre, yo soy vieja...

–Tengo padre, llamaré o iré a ver a mamá cuando sienta que debo hacerlo, y tú eres un toro, abuela. No me vengas con melodramas. Lo que pasa es que no soportas perder el control. Tanto da que tenga dieciocho años como veintiuno. A los treinta seguirás preocupada por mí, haga lo que haga, y siempre me darás la vara porque eres así.

Había sido un buen discurso, pero no es que lo acusara demasiado. Ella, a lo suyo.

–Eso no es cierto –se pertrechó en su trinchera.

–Confía en mí, ¿quieres? No nos va mal desde que trabajo. Y sí, ya sé que dices que eso no es un trabajo –la detuve antes de que me replicara–. Pero es lo que hay.

–Un día...

–Un día, todos calvos.

Ahí acabó la discusión. Fin de la trifulca. La familia de Claudia Parets tenía huesos en el armario, pero la mía...

Cuando entré en Internet tecleé en el buscador lo de la Asociación en Defensa de Animales en Vías de Extinción.

Lo que leí me apabulló tanto que lo imprimí antes de meterme en la cama para descansar. No había ni uno que se escapara de ser sacrificado por un motivo u otro, elefantes, orangutanes, tiburones, rinocerontes, osos... Cuanto más raro, mayor precio, grande o pequeño. Y no sólo se trataba de coleccionistas excéntricos; los mercados de la cosmética, la perfumería, la restauración, la ropa o el fetichismo también contaban. Subrayé algunas perlas que me parecieron escandalosas: «La demanda asiática ha disparado el tráfico de marfil. El elefante africano ya está al borde de la extinción. Hace

sesenta años había entre tres y cinco millones. De dos millones censados en los años setenta se ha pasado a medio millón. Cada año mueren 25.000 ejemplares. Por dos colmillos de cada elefante muerto, que pesan cinco kilos, los cazadores sacan 45 euros. Una vez procesado el kilo de marfil en bruto se vende a 75 euros. En su destino el valor será de 750 euros el kilo.» «En España la guardia civil intervino el año pasado 2.880 kilos de marfil sólo en Madrid, el equivalente a 400 elefantes sacrificados.» «En Vietnam sumergen a oseznos en agua hirviendo para intensificar su fuerza vital en la sopa de pata de oso.» «El cuerno de rinoceronte se considera un afrodisíaco en algunos países.» «Trece millones de animales vivos y treinta millones de partes de animales muertos fueron exportados ilegalmente al sudeste asiático entre el año 2000 y el 2007.» «En la actualidad quedan menos de cuatro mil tigres en libertad en el mundo, pero es uno de los animales más preciados: los tibetanos visten túnicas de su piel, las cabezas decoran salones de gente rica, los restaurantes exóticos sirven su carne, el pene se vende como afrodisíaco, y los chinos cocinan sus huesos para preparar remedios tradicionales, como el vino de hueso de tigre, lo más parecido a la tacita de caldo en España.» «Entre la lista de animales más buscados están el dragón de Komodo y el varano acuático, los dos lagartos más grandes del mundo, solicitados por su piel y su carne. Un dragón puede costar 15.000 euros.» «Matanzas de tiburones sólo para cortarles su aleta dorsal, con la que se hace la famosa sopa de aleta de tiburón en Asia. Aunque son devueltos al agua vivos, sin su aleta los tiburones mueren. Es como si a un avión le quitas la cola.» «Los animales de sangre fría son los más fáciles de transportar porque pueden pasar días sin comer.» «A las tortugas se les envuelve el caparazón con cinta adhesiva para que no puedan sacar la cabeza ni las patas, y así permanecen días, mientras dura el viaje hasta sus puntos de destino.» «Los testículos de orangután se cree que aportan energía.» «Muchos prohombres en Asia se jactan de tener orangutanes o tigres en sus jardines, pero en minúsculas jaulas donde no pueden moverse»...

La lista era enorme, cárabos, geckos, clamidosaurios de King, tuátaras, tortugas estrelladas, tortugas de nariz de cerdo, tortugas laúd, tortugas de espolones malgaches, estorninos de Bali, mariposas ala de pájaro doradas, varanos de Gray, loris, pangolines, panteras nebulosa de Borneo, gaviales, mi guacamayo de Spix, bichos de los que ni siquiera había oído hablar, cientos, miles de animales sometidos a la barbarie humana por incultura, placer estético o gastronómico, medicina..., daba lo mismo. Era como si nadie creyera que fueran a extinguirse.

Ya era tarde y tenía que dormir, porque poco lo haría las dos noches siguientes actuando en nuestra querida discoteca de Cadaqués. Incluso vencí la tentación de escuchar el CD que me había dado Lucas. No quería enrollarme con nada.

Cerré los ojos sabiendo que iba a tener muchas pesadillas.

Todas con animales persiguiéndome.

Día 3, viernes

Me desperté más tarde de lo razonable, y tuve que ponerme las pilas desde el mismo momento en que abrí los ojos. Ducha y desayuno fueron cosa de cinco minutos mal contados. Por si no le veía hasta el domingo, aunque tenía que volver a casa para recoger algo de ropa, entré en la habitación de papá para despedirme de él.

—Tengo unas actuaciones con el grupo. Se me olvidó decírtelo anoche.

«SUERTE.»

No quería hablar del caso, para no preocuparle, pero no tuve más remedio que hacerlo. La noche anterior se había desconectado de golpe.

—¿Por qué me pediste que entrara en esa web en defensa de los animales en vías de extinción?

Tardó un poco en mover el dedo en la palma de mi mano.

«TRÁFICO.»

—Sí, ya lo sé, pero...

Ahora fue más rápido.

«HABLA NÉSTOR.»

—¿En la asociación?

«SÍ.» —De acuerdo —decidí hacerle caso—. Deséame suerte con mi debut profesional.

«ORGULLOSO.»

—Yo también lo estoy de ti.

«BESO.»

Le besé en la frente, como solía hacer, y aunque esperé alguna palabra más dibujada con su dedo en mi mano, ya no se movió.

Como la noche anterior, me encontré a Alejandra en la puerta de la casa. Yo salía y ella entraba.

—¿Crees que mi padre es feo? —le pregunté.

—No, para nada —se extrañó de mi pregunta.

—Entonces, si no te importa, sigue dándole besitos en la frente.

—¡Con mucho gusto! —se rió usando una de sus expresiones más habituales.

Telefoneé a Manel Dalmau al llegar a la calle. No quería que la abuela escuchara nada inconveniente ni que se montara sus películas por cualquier tontería. Ladrón o no, llamar a un adolescente siempre acaba siendo una lotería. Yo estaba recién salida de esa gripe vital. Para el mayor de mis fastidios, tampoco me respondió la llamada. Escuché su mensaje de voz pero no le dejé ningún recado.

Me quedé mirando el móvil.

«SANLLEHÍ.»

—Sí, papá.

Tomé aire y marqué su número. Mi amigo inspector no había pasado una noche insomne. Y si lo había hecho, ya estaba al pie del cañón. El timbre apenas sonó una vez.

—Dime, Berta.

—Buenos días.

—Si me llamas para que te diga cómo va la investigación...

—Qué mal pensado eres.

—Oh, sí.

—Llamo para pedirte un favor, o más bien para darte información.

—Vaya por Dios —suspiró.

—Es cosa de mi padre más que mía.

—¿Tu padre te ha dicho que me lo cuentes?

—Sí.

Una pausa.

—Muy bien, te escucho.

—Hace veintidós años un hombre llamado David Dalmau Parets murió asesinado en la calle, de noche, mientras estaba en su automóvil. Se dijo que unos chicos habían querido robarle, él se resistió y lo mataron. Pero esos chicos nunca aparecieron.

—Veintidós años.

—Sí.

—¿No crees que...?

—Espera, déjame seguir —retomé mi impulso inicial—. David Dalmau no era un cualquiera. Era hijo de Genaro Dalmau Amorós, un tío importante, uno de esos

industriales de la Gran Barcelona. David se disputaba los negocios de su padre con su hermano Dámaso, que no contaba con el beneplácito del señor Genaro. Muerto David, Dámaso se hizo cargo de todo porque, además, el patriarca se murió de un infarto al poco de saber lo del asesinato de su hijo predilecto.

—¿Me estás diciendo que a David Dalmau lo mataron para quitárselo de en medio?

—Es lo que me parece.

—¿Pruebas?

—Ninguna, pero la viuda de David ha pasado estos años insistiendo en que lo mataron entre Dámaso y el abogado de la familia, un tal José María Andrade.

—Sé quién es —escuché su resoplido penetrando en mi conducto auditivo—. Continúa.

—He pensado que podría interesarte. Hace veinte años no había tanta tecnología como hoy para investigar casos oscuros.

—Tú ves mucho *CSI*.

—Hay más —no esperé a que me invitara a seguir—. Un tal Antonio Parets, hermano de la esposa de Genaro Dalmau, desapareció sin dejar rastro casi de inmediato. La señora de David Dalmau cree que también lo asesinaron.

—Los cadáveres, tarde o temprano, aparecen.

—Es lo que me dio a entender mi padre anoche cuando me dijo que cerrara el círculo. Si no lo mataron, si desapareció sin más, ha de estar en alguna parte y tiene que haber dejado algún rastro.

—No siempre es así. ¿Sabes cuánta gente desaparece cada año, y cuántas familias aún buscan a sus parientes perdidos?

—No sé, yo te cuento lo que hay. Lo que tú hagas con ello...

—Berta —suspiró con fuerza—, ¿qué tiene que ver todo lo que me estás contando con la investigación que sigues? Porque se supone que tú estás buscando un loro, ¿verdad?

Llegaba la parte dura. Ya le había soltado todos los nombres. Menos el de Claudia Parets.

—Sí.

—¿Tiene que ver una cosa con la otra?

—No lo sé, pero cuanto más busco a ese bicho, más trapos sucios de la familia aparecen, y he pensado...

—Que tal vez habría alguna relación.

—Es posible.

–Me parece absurdo, pero...

–¿Qué?

–Haré algunas preguntas, descuida.

–Oye, acabas de decir que sabías quién era José María Andrade.

–Sí, ¿por qué?

–Me llamó preocupado por si pretendía estafar a mi clienta... cliente, y estuvo bastante amenazador.

–Es un mal tipo, lleno de argucias, trampas legales... Tiene pocos clientes, pero poderosos. Hemos tenido un par de encontronazos con él en el pasado –no quiso seguir hablando del abogado. Cambió el tono de su voz–. Berta, ahora dime que no sabes nada del asesinato de Miralles.

–No sé nada, te lo juro.

–Pero de buscar a un loro a todo lo que me has contado...

–Querías que te informara, ¿no? Pues es lo que hago.

–Más bien quieres que meta la nariz en lo que tú no puedes, pero el intento es bueno –continuó al ver que yo no decía nada–. ¿Vas a decirme quién es tu clienta... digo, tu cliente?

Me había pillado.

–Tengo algo que darte a cambio.

–¿Estás negociando conmigo?

–¡No! ¿Lo tomas o lo dejas?

–¿Qué es lo que vas a darme a cambio? Venga, sorpréndeme.

–Tengo un nombre –tomé aliento y se lo solté–: Plácido Miserachs –le di las señas.

Otra pausa, un poco más larga. Lo imaginé contando hasta diez para no ponerse a gritar.

–¿De dónde sale ese nombre?

–Creo que robó el loro y negoció con Ángel Miralles su venta.

–¿Escuchaste los mensajes del contestador de Miralles en su casa?

Crucé los dedos.

–No, ¿por qué?

–¿Qué relación tiene el tal Plácido con tu clienta... digo, cliente?

Me apretaba. Después de lo que le había contado, tarde o temprano daría con Claudia Parets, o me vería obligada a confesárselo.

Como detective era un desastre.

Eso me hizo enfurecer.

—Plácido es sobrino de Genaro Dalmau por parte de su mujer. Y también del desaparecido Antonio.

—Gracias —se rindió.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. No sabíamos por dónde buscar al tal Plácido.

—Creo que estuvo en la cárcel. Al menos eso piensa una conocida.

—¿Tienes algo más?

Me habría gustado decirle que actuaba esa noche. No sé por qué. Tal vez para darme importancia, para que no me viera sólo como una loca que jugaba a detectives bajo la tapadera de su padre.

Me callé.

—No.

—Entonces he de dejarte. Lo cierto es que el tal Miralles tenía un buen historial, y estamos siguiendo su estela, que no es poco. Esto puede acabar siendo una bomba.

—¿Por lo de ese hombre de nombre francés, Clochard?

—Adiós, Berta.

—¡Espera!

—¿Qué quieres ahora?

—Si encuentras a mi loro...

—No, lo siento.

—¿Cómo que «no, lo siento»? —me envaré—. ¡Estoy colaborando!

—No puedo llamarte y dártelo, si es eso a lo que te refieres. Ese animal es ilegal.

—¡No fastidies!

—Es lo que hay.

—¿Y si lo encuentro yo?

—Ésa es otra historia. Si yo no sé nada...

—Te juro que...

—Berta, cállate —me lo advirtió por las buenas—. Y no te metas en líos.

—Ya tengo un padre, y está jodido —le recordé.

—Buen fin de semana.

—Lo mismo digo.

Cortamos al mismo tiempo.
Creo.

Estaba claro que no iba a poder subirme a la moto para irme, porque nada más guardar el móvil y cuando me disponía a seguir el ritual, casco, encendido, etc., un hombre se plantó delante de mí con cara de jugador de póquer, esto es, expresión inalterable, ojos fríos con las persianas a media asta, labios rectos, nula simpatía, rostro ceniciento y nariz de boxeador, es decir, rota y con un leve giro a la derecha.

–Señorita Mir.

–Sí.

–Quieren verla, por favor –señaló la esquina.

El coche era otro Audi, negro, impecable, caro. Como si todas las personas antipáticas, de pronto, llevaran esa marca, del mismo modo que hace años se decía que los ejecutivos agresivos preferían los BMW, los nuevos ricos los Mercedes y los cincuentones progres hijos de los sesenta se decantaban por los Porsche.

–¿Quién quiere verme? –me estremecí.

¿Iban a secuestrarme allí, delante de mi casa, a plena luz?

–El señor Andrade.

Supongo que hay muchas formas de recibir un golpe, al margen de cómo se encaje. Yo lo recibí como una patada. Si hubiera sido un hombre me habría dolido donde más les duele. Como era una mujer, me dolió el pecho.

–No voy a meterme en ese coche –le dije al gorila.

Ni me contestó. Siguió con el brazo extendido y la mano abierta, indicándome el camino que debía seguir. El único camino posible según su cuadrículada mente.

–Tengo un despacho para las reuniones –traté de insistir.

Logré que hablara de nuevo.

–Le conviene ir, se lo aseguro.

–¿Y si me niego?

–Será peor.

Eso sí era una amenaza.

–Voy a gritar, o a echar a correr.

–Es una tontería y lo sabe. Hablar no hace daño. Comportarse como una niña estúpida, sí. Si quiere jugar en primera división, juegue bien. No pensará que va a pasarle algo, ¿verdad?

No tenía escape.

Y de todas formas...

Andrade en mi casa. Alucinante.

¿Jugar en primera división?

Tomé la iniciativa. No quería que el boxeador me pusiera la mano encima. Caminé hasta el coche, y antes de llegar a él la puerta trasera se abrió. Me asomé y vi a un hombre con cara de pocos amigos, sesentón, cabello corto y bien peinado, traje caro, camisa a rayitas azules, corbata a juego. Aun en la penumbra del interior, sus zapatos negros brillaban como si tuvieran luz propia. Una pierna cabalgaba sobre la otra. Las manos en el regazo. El gorila se quedó fuera, como una estatua.

Yo me senté al lado del abogado, pero dejé la puerta abierta, por si tenía que salir pitando.

Los ojos de José María Andrade me escrutaron.

Su voz fue aséptica.

–Una niña.

–Casi –no me dejé amilanar.

–Creo que empiezo a comprender tu juego –me tuteó.

–No es un juego, señor Andrade –saqué todo mi aplomo de donde no lo tenía y decidí mostrarme valiente, porque era lo único de que disponía para hacerle frente.

–¿Me tomas por idiota, niña? ¿Crees que me chupo el dedo?

–No sé lo que usted se...

–Berta Mir –no me dejó terminar mi refinada réplica–. Hija de Cristóbal Mir y Cristina Roca. Padres separados. Ella nada menos que con Ramiro Crussat, alto *standing*. Él inválido desde hace un par de meses. ¿Sigo?

–Siga.

–Tú no eres detective, sólo una aficionada, y estás timando a mi cliente.

–¿Le ha dicho esto a ella? –mantuve lo mejor que pude mi rabia.

—No.

—¿Por qué?

—Porque a una anciana de ochenta y dos años no se le dan disgustos. Más bien hay que evitárselos. Y ése es mi trabajo.

—Creí que era abogado.

—¡Ya no existe la agencia de detectives, ni Cristóbal Mir guarda «su identidad secreta» para trabajar más libremente dejando a su hija «de enlace»!

Dejé que sus gritos se esparcieran a nuestro alrededor. El interior del coche estaba acolchado.

—La señora Claudia nos hizo un encargo, y estamos trabajando en ello —fue mi elegante y serena respuesta.

—Estás, en singular, y de lo que se trata es de sacarle el dinero a ella —me escupió cada palabra—. Sabes que no darás con ese loro.

—¿Ah, sí? ¿Y usted cómo sabe eso?

—Vas a devolverle los tres mil euros y a olvidarte del asunto —de pronto pareció volverse magnánimo—. Puedes descontar los gastos de estos dos días si quieres.

—¿Quiere que lo deje?

—Sí.

Miré la puerta para asegurarme de que seguía abierta.

—Sólo hay dos razones para que quiera que deje el caso —consideré despacio—. Que esté implicado en ello o que realmente sea tan tacaño que hasta por tres mil euros pierda su valioso tiempo conmigo.

—Debería cruzarte la cara.

—Hágalo —me quedé quieta.

Lo consideró. De hecho, por un momento, pensé que iba a darme dos guantazos. Los ojos eran sendas ascuas de fuego. Dudo que alguien le hablara como lo estaba haciendo yo desde hacía años.

—No entiendo tu juego, niña —perdió fuerzas de pronto.

—Es que no es un juego. Piense lo que le dé la gana. La agencia de detectives Mir está trabajando en un caso. Mi padre el primero. Postrado o no, trabaja en él. Ya sabemos quién robo el loro de Claudia Parets, al menos físicamente, y por qué. Nos falta encontrarlo.

—Estás mintiendo —frunció el ceño.

—Los abogados mienten. Los detectives no.

Creo que en lugar de cabrearle más, le divertí. O eso o lo que acababa de decirle había hecho mella en su coraza.

—Tienes carácter —reconoció de pronto—. Incluso cagadita de miedo, tienes carácter ¿Alguna vez he dicho que mis intuiciones son buenas... pero también pueden llegar a perderme?

—Lo tengo, sí —dije—. Yo no soy Luciana Folguerolas.

Las dos bofetadas se las di yo en ese momento.

—¿De qué estás hablando?

Pisaba terreno resbaladizo. Lo supe demasiado tarde.

Si realmente Dámaso Dalmau y él habían planeado la muerte de David Dalmau...

—¿Ha terminado? —hice ademán de iniciar la retirada.

—¡Luciana Folguerolas es una pobre loca!

—Pues hay mucha loca suelta en esa familia. La primera mujer de Dámaso, la de David... Y todo por el poder, el control de las empresas de Genaro Dalmau.

José María Andrade estaba pálido.

—Maldita sea, ¿qué película te estás montando?

—Adiós, señor.

Me cogió del brazo cuando ya tenía medio cuerpo fuera del coche. Me quedé en una postura ridícula. Lo peor era que me costaba respirar.

—¿Vas a devolver el dinero y a decirle que te sales de esto?

—No.

—Acabarás en la cárcel, niña. Por estafa y por fingir que eres detective

Logré soltarme de su zarpa.

—Quiere manipularlo todo —conseguí serenarme—. Lo llama proteger a Claudia Parets pero se trata de eso, de manipular y controlar. Mi cliente sólo quiere encontrar a su loro, ¿vale? Nadie va a buscárselo salvo que lo haga yo. Y voy a encontrarlo. Usted trate de que sea feliz y punto.

—¡Ten mucho cuidado! —agitó el dedo índice de su mano derecha hacia mí, con los ojos casi desorbitados.

—Ya tenía cuidado, hasta que apareció usted —estaba harta, así que le lancé mi último dardo envenenado—. Quizá deba contarle todo esto a mi amigo el inspector Alfredo Sanllehí. ¿Lo conoce? Porque él me ha dicho que sí sabe quién es usted. Está en la

Central y de vez en cuando le da por investigar asuntos turbios, del presente o del pasado.

No quise ni verle la cara.

Di media vuelta y eché a andar.

No me disparó por la espalda ni nada de eso.

Cuando llegué a la moto y me volví, el Audi ya no estaba allí.

Los nervios florecieron entonces.

Me puse a temblar, apreté los puños, las mandíbulas. Quise gritar de rabia.

El muy...

¿Por qué un hombre como José María Andrade, al parecer un abogado de peso, perdía el tiempo amenazándome? ¿Tanto le preocupaba Claudia Parets o había algo más?

¿Qué más?

–Si un tipo como ése se molesta en ir a por ti, es que detrás de todo esto hay algo muy gordo –me dije a mí misma en voz alta.

Andrade trataba de bloquear a la dueña de Mauricio, así de simple. Bloquearla, protegerla...

Me apoyé en la moto porque las piernas se me doblaron.

¿Era posible que le acabase de contar al abogado todo lo que me habían dicho sobre Dámaso, David, Luciana Folguerolas..., y lo del asesinato perpetrado veintidós años antes?

¿Lo había hecho, así de chula era yo?

–Estás loca –volví a decirme envolviendo mi voz en un gemido.

Como detective era una patata.

¿Y ahora qué?

O daba con Mauricio y me apartaba del caso rápidamente, o le decía a Claudia Parets lo que sabía de la implicación de Plácido y Manel y que ella se apañara, o... ¿O qué?

Me quedaban muy pocas horas libres antes de irnos todos a Cadaqués.

Volví a telefonar a Manel, y esta vez no corté la comunicación cuando saltó el contestador. El tiempo empezaba a apremiar.

–Hola, te habla mi voz. Deja la tuya grabada en el contestador y dime qué motivos

tendría para llamarte.

¿Motivos? Iba a darle yo motivos.

—Manel Dalmau, no me conoces pero llámame. Hazlo ya, en cuanto oigas esto, o tu abuela sabrá todo y encima irás a la cárcel o tu padre te matará, que es lo mismo. Ah, me llamo Berta.

Claro y contundente.

Corté.

La Asociación en Defensa de los Animales en Vías de Extinción estaba en la calle Balmes, cerca de la plaza Molina. No era lo que se dice una gran ONG, más bien todo lo contrario. El piso era pequeño y estaba lleno de cosas por todas partes, impresos, revistas, postales, pegatinas, las paredes llenas de fotos de tigres, elefantes, rinocerontes, delfines y otros bichos que se parecían a los habituales pero con características que los hacían únicos. Un mundo desconocido. Un mundo hermoso, fascinante, pero triste para los que lo defendían cada vez que una de aquellas especies se daba por oficialmente extinguida, como era el caso de los guacamayos de Spix.

Si Mauricio lo supiera...

Néstor era Néstor Pujalte, un chico de unos veinticinco años, cabello largo y alborotado, delgado, nervioso, gafas redondas, pinta de ser hiperactivo, barba de dos o tres días. Vestía con indolencia, camisa, vaqueros y sandalias. Cuando le dije que era la hija de Cristóbal Mir se emocionó.

—Sopla, es un honor.

—Gracias.

—Tu padre y yo trabajamos amistad en uno de sus casos. Me pareció una persona de lo más honesta. Fue estupendo colaborar con él. Me comentó algo de una hija pero no tenía ni idea de que...

Preferí que no siguiera.

Lo triste fue decirle que papá estaba en casa, postrado en su cama, inmóvil para siempre. Fue como si le golpeará con un bate de béisbol. Acusó el golpe, se emocionó aún más y sus ojos se llenaron de lágrimas aunque no llegó a verterlas. Optó por ir a buscar un vaso de agua y me trajo otro a mí. Durante casi diez minutos no hablamos de otra cosa, hasta que retomé el motivo de mi visita y le hablé de Mauricio.

—¿Un guacamayo de Spix? —abrió los ojos al máximo.

—Sí.

—¡Fiu! —silbó—. ¿Sabes lo que vale eso?

—La mujer a la que se lo han robado pagó noventa mil euros.

—La estafaron un poco, pero... —su gesto fue aún más evidente—. No me extraña que se lo hayan robado. Es un auténtico lujo, como el estornino de Bali y pocos más.

—En su defensa te diré que ella no lo compró por ser un lujo. Simplemente se enamoró de él.

—Noventa mil euros es mucho amor.

—Si los tienes...

—Así que estás buscando ese guacamayo.

—Sí. Papá se comunica conmigo a través del dedo índice de su mano derecha. Ha sido él quien me ha pedido que venga a verte.

—¿Por qué?

—No lo sé. Supongo que para que me pongas en antecedentes sobre todo lo relacionado con el tema. Mi padre solía resolver casos porque se empapaba de cualquier detalle que pudiera ayudarle.

—Bueno, nosotros colaboramos bastante con la policía, en lo que podemos, que no siempre es mucho. Asesorías y cuestiones así. Somos pequeños pero hemos hecho cosas importantes. Cuando detectamos algo relacionado con el tráfico ilegal de animales...

—¿Conoces a un tal Ángel Miralles?

—No me suena.

—Fue el hombre que le vendió el loro a mi clienta. Tiene una tienda en Manuel Girona y lo asesinaron ayer.

—¿En serio?

—Es todo lo que sé. Supongo que papá ha pensado que si hablaba contigo podría encontrar alguna pista.

—Es raro que un simple vendedor de animales domésticos tenga en su poder un guacamayo de Spix —consideró Néstor—. Hablamos de una pieza codiciada. Eso implica una organización, una logística, mucho dinero, porque es un mercado millonario. Un Spix es muy difícil de encontrar, mucho. A no ser que Miralles fuera nuevo y se estuviera instalando aquí, en cuyo caso... su muerte sí tendría sentido.

—¿Por qué?

—Porque esto es como en las películas de la mafia o del oeste: si hay un capo o un

terrateniente que gobierna y domina un territorio y aparece uno que quiere comérselo, se desata una guerra.

—¿Hay un capo aquí, en lo del comercio ilegal?

—Sí. Baptiste Clochard.

Oír el nombre que había mencionado Alfredo Sanllehí me envaró el cuerpo.

—¿Te suena? —lo notó Néstor.

—Se lo oí decir a un policía.

—Bueno, todo el mundo relacionado con el tema sabe quién es Clochard: el mayor traficante y, por lo tanto, el mayor cerdo vinculado al sufrimiento de tantos animales en el sur de Europa. Un vasto imperio que domina impunemente.

—¿Así de fácil?

—Sí, Berta. Sí.

—Y si se sabe que es él, ¿por qué no lo detienen?

—A Al Capone sólo pudieron trincarle por evasión de impuestos. Se sabía que era un asesino, un mafioso, pero sin pruebas... Aquí es lo mismo. Clochard está bien protegido, no deja fisuras, actúa incluso bajo una capa de legalidad que no es más que la prolongación de su cinismo y su desprecio por la naturaleza. Se burla de la ley. Y mientras, cada año mueren miles de animales sacados ilegalmente de África, Asia o Latinoamérica. A él qué más le da. Por cada dos que sucumben en el viaje, en condiciones infrahumanas, llega uno que vende a buen precio y eso le compensa las pérdidas de los otros. ¿Que se agotan y extinguen las especies que esquilma? Bueno, ¿y qué? Siempre habrá alguno que ofrecer porque siempre habrá un comprador miserable que pagará por él. El ser humano es muy bestia, Berta. La naturaleza está ahí para que compartamos la vida con ella, no para servirnos de ella. Tanta belleza desperdiciada, rota, asesinada impunemente.

—Si Ángel Miralles vendía animales exóticos ilegales, ¿crees que por fuerza tenía que conocer la existencia de Baptiste Clochard?

—Eso seguro. Es un mercado amplio en el punto de venta, pero limitado en origen. Aquí nadie daría un paso, ni mucho menos vendería un Spix, sin saberlo él.

—Pero ¿cómo se lo monta?

—¿Tienes diez minutos? —se puso cómodo.

No quise mirar el reloj.

—Ante todo has de pensar que los pobres desgraciados que cazan a los animales son el

eslabón más frágil de la cadena. Hay demanda, ésa es la clave —comenzó su alocución Néstor—. Un campesino atrapa a un animal exótico, lo vende a un comerciante de su pueblo, y éste lo lleva al siguiente punto de la cadena. El primero puede que lo haga para dar de comer a los suyos, el segundo por poder, influencia y, por supuesto, más dinero. El que se lleva la tajada es el que los saca de un lugar y los consigue trasladar a Europa, América o Asia, los grandes mercados. Hasta hace unos años no había leyes, ni se comprendía la magnitud de la tragedia. Como mucho se le ponía una multa al que pillasen con un animal prohibido. Finalmente se creó el Convenio sobre el Comercio Internacional de Especies Amenazadas de Fauna y Flora Silvestre, más conocido como el CITES. Se adhirieron 175 países y los animales fueron clasificados en tres grupos. En el primero están los animales más directamente amenazados, como los tigres o los orangutanes. En el segundo se incluyeron los animales que pueden ser objeto de comercio bajo condiciones estrictas y severas. En el tercer grupo aparecen las especies que cada país decide incluir en la lista. Pero como te he dicho, CITES cuida de los animales y la flora silvestres, es decir, salvajes. No dice nada de los que se crían en cautividad. Y por ahí, por ese agujero, se va todo al garete.

—No entiendo.

—Baptiste Clochard, como otros traficantes internacionales, creó hace muchos años una empresa legal de importación y exportación de animales. La llamó Wildlife Enterprises. Todo en regla. Pero imagínate que al puerto llegan diez contenedores con animales de nombres rarísimos, legales, y camuflados entre ellos diez o doce de ilegales. ¿Crees que hay personal para inspeccionarlos uno a uno? Eso sin contar lo fácil que es sobornar a un funcionario. Un sellito y adiós. Total, son bichos, ¿no? ¿Tú habrías sabido diferenciar un guacamayo de Spix de un loro normal antes de todo esto?

—No.

—Pues ya está. Clochard pronto dominó el mercado del sudeste de Europa a través de su empresa. Incluso cuando le detuvieron, siguió funcionando.

—¿Le pillaron?

—Sí, hace unos doce años. Pasó en prisión menos de cinco años a pesar de que se enfrentaba a una pena de 250 y casi diez millones de euros de multa. Al final pagó 40.000 euros. Su empresa continuó trabajando y, por si acaso, su mujer creó otra, la Wildlife Mediterranean Ltd. Lo que hizo Clochard con su detención fue aprender. Había

sido demasiado osado, había ido demasiado lejos. Se volvió más cauto, más comedido, y se pasó a la «legalidad» a través de los zoos, las reservas y falsos criaderos.

—Espera, espera, antes de que me hables de eso, dime cómo lo pillaron la primera vez.

—Fue una operación conjunta de varios países y del Servicio de Operaciones Especiales, una unidad de élite del Servicio de Pesca y Vida Salvaje de Estados Unidos. Uno de ellos se hizo pasar por cliente y Clochard picó. Le ofreció dragones de Komodo procedentes de Indonesia, tortugas de espolones malgaches, aligátores chinos, pitones de Timor, estorninos de Bali y guacamayos de Spix, es decir, los más raros de entre los raros. Era un presuntuoso que se consideraba inmune. Su negocio era una gran tapadera bajo la cual movía millones con el tráfico ilegal. Se jactó con el infiltrado de que podía traerle lo que quisiera desde cualquier parte del mundo. ¿Un panda? Vale. ¿Un varano de Gray, extinguido «oficialmente» en la década de los setenta? ¡También! Y por ahí le pillaron. Picó alto y se quemó. Pero, tras su detención, el Servicio de Pesca y Vida Salvaje de Estados Unidos, el más preparado, se desintegró. Para cuando Clochard salió de la cárcel sus dos empresas seguían operando y él, con Internet, recuperó todo su poder, y se hizo más fuerte y más listo. Todo comenzó con el incidente de los «Cuatro de Taping», del que se habló en todo el mundo en 2003.

—¿Qué fue eso?

—Unos traficantes usaron el zoo de la Universidad de Ibadán, en Nigeria, como tapadera para exportar a cuatro crías de gorilas capturadas en un bosque de Camerún. El destino era Malasia.

—Así que los zoos...

—No todos son lo que parece, Berta. Cuanto más oscuro es el país, más posibilidad hay de que existan funcionarios corruptos. Si muchos venderían a sus madres por un dólar, imagínate a unos animales. Los traficantes que dirigen un zoo pueden transportar especies amenazadas con la documentación CITES en regla. Por un lado esto, por el otro la cría en cautividad, aunque es más cara. Se dice que mantener un tigre durante un año cuesta unos tres mil euros, pero que una bala sólo vale un dólar. Y es así. Un tigre macho, adulto, muerto, puede llegar a venderse por siete mil euros o más. Y eso que sólo quedan unos pocos miles. Los falsos criaderos también fingen criar a ciertas especies y es todo lo contrario, traen a los animales ilegalmente y dicen que los han criado allí. También hay zoos que intercambian animales con documentaciones falsas. Un auténtico rosario. Por suerte están surgiendo otras entidades que luchan contra el tráfico de

animales, como ASEAN-WEN, Red de Control de Delitos contra la Vida Salvaje de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático, y Traffic, una rama del Fondo Mundial para la Naturaleza y la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza, que tiene su sede en Cambridge.

—Sea como sea, Baptiste Clochard es el pez más gordo, y ahora, casi intocable.

—Nadie es intocable, pero como te he dicho, ha aprendido. Tiene intereses en varios zoológicos de medio mundo, y viaja sin parar de aquí para allá, saltando de una casa a otra. Nosotros llevamos años intentando reunir pruebas, pero no somos más que un grano de arena.

—¿Dónde vive?

—A caballo entre Antibes, en Francia, y su gran masía en Girona, pero también tiene un apartamento lujosísimo en Mónaco y otro aquí mismo, en Barcelona, en Pedralbes. Últimamente, que sepamos, su centro de operaciones es esa masía, cerca de Sant Miquel de Campmajor. La llama El Pedreguer.

—¿Y si Ángel Miralles vendió ese Spix a espaldas de Clochard, éste se picó y...?

—No es de los que comete errores, pero... ¿por qué no? Si la policía consigue una prueba, por pequeña que sea... Con Clochard de nuevo preso ganaríamos mucho tiempo en esta lucha, al menos para que los países se organizaran y consiguieran algo de la ventaja de la que ahora carecen.

Parecía todo dicho.

Aunque seguía sin entender por qué papá me había enviado a Néstor.

Salvo por lo que le había dicho: que él se documentaba mucho en cada caso para dominar todos los aspectos, aprender, para que no le pillaran desprevenido. Si papá quería que yo me instruyese, lo estaba consiguiendo.

Incluso tenía un choque moral. Por un lado, veía cada vez más claro el tipo de delito cometido por Claudia Parets. Por el otro, yo estaba al servicio de mi cliente, y buscaba a Mauricio para devolvérselo, como un abogado que defiende a un tipo aun sabiendo que es un asesino.

Duro, muy duro, eso de tener conciencia y estar en los dos lados al mismo tiempo.

—Gracias, Néstor —me levanté dando por terminada la conversación.

Había quedado con el grupo después de comer, para llegar a media tarde a Cadaqués, montar y ensayar un poco, comprobar la sonoridad del local y todo lo demás. Eso implicaba abandonar mis investigaciones hasta el domingo o el lunes. No me gustaba, pero tampoco veía más opciones. Yo también tenía una vida.

Y quería vivirla.

Si por lo menos pudiera hablar con Manel Dalmau antes de irme.

¿O con Plácido?

Comprobé las direcciones y teléfonos que me había dado Claudia Parets. Después de descubrir la muerte de Ángel Miralles, a Plácido Miserachs me lo imaginaba escondido, y no precisamente en su casa. Si iba, perdería el tiempo. Marqué sus números de teléfono, el fijo y el móvil, y en ambos casos ni siquiera saltó un buzón de voz.

—Ya has liado bastante las cosas —me dije a mí misma en voz alta—. No puedes buscar a Mauricio separándolo de todo lo demás.

Lo demás era la muerte de David Dalmau, la desaparición de Antonio Parets...

Me quedaban un par de horas.

En información me habían dado el número de teléfono de Luciana Folguerolas. Lo marqué soltando la tensión acumulada en mis músculos y esperé a que la viuda de David Dalmau estuviera en casa.

—¿Sí?

—Soy Berta Mir. Perdona que vuelva a molestarla.

—Dime —su voz era átona.

—¿Tenía David amigos..., no sé, alguien de confianza próximo a él?

—Sí, claro. Quique.

—¿Quién es Quique?

—Enrique Subieta, su mejor amigo. Lo fueron desde el instituto. Siempre andaban

juntos. Incluso de casados iban al fútbol, eran muy forofos del Barça ellos.

—¿Usted ha seguido viéndole?

—Al principio. Luego no. Todo eran recuerdos, nostalgias... Ya no había nada en común.

—¿Sabe dónde vive?

—No, le perdí el rastro. Pero hará cosa de un par de meses me encontré a su hermano Ernesto. Tiene una tienda de electrodomésticos. Entré de casualidad, me reconoció...

—¿Dónde está esa tienda?

Me dio las señas y no esperé a que me preguntara a qué venía tanto interés por su difunto marido. Por teléfono daba la impresión de estar catatónica. Le di las gracias y colgué. Luego puse la moto al máximo permitido y llegué a mi destino, un espacio bastante grande dedicado a la venta de electrodomésticos en la Gran Vía, cerca de la plaza de España. No sabía si realmente Ernesto Subieta era el dueño del comercio, pero por la cara de respeto que puso el chico al que pregunté por él me dio la impresión de que sí. Me señaló una puerta, al fondo. Tras ella había un pequeño despacho. Un hombre de unos cincuenta y tantos años estaba sentado haciendo números con cara de preocupación.

—¿Ernesto Subieta?

Levantó los ojos para verme y me sonrió.

—Sí.

—Perdone que le moleste. Estoy buscando a su hermano Quique.

—¿Ah, sí? —pareció sorprenderse.

—Es para hablar de su amigo David Dalmau.

—David murió hace la tira de años.

—Lo sé.

—¿Cómo...?

—Luciana Folguerolas, la mujer de David, me dio esta dirección.

—Mi hermano es informático. Trabaja en su casa.

No supe si contarle lo que estaba haciendo o no.

Finalmente lo hice, en parte. Le hablé de una investigación paralela. Yo trabajaba en una agencia de detectives y nos habían contratado para remover el pasado. Una mentira tan vulgar como otra cualquiera. Superé las preguntas de Ernesto Subieta, me hice la inocente y salí a los cinco minutos con la dirección y el teléfono de su hermano Enrique.

Que trabajara en casa era una suerte. Podía pillarle. Que tuviera un empleo liberal tal vez hiciera que no estuviera localizable en ese momento, en cuyo caso tendría que aplazarlo hasta el lunes.

Ya no quería preguntarme por qué seguía aquella extraña pista, el pasado de los Dalmau.

Simplemente seguía.

Puro instinto.

Enrique Subieta vivía cerca de la plaza Real, en la calle Vidre. Todo lo que envolvía a las Ramblas era un caos, de tráfico, de turistas, de prostitutas que actuaban a plena luz del día, de carteristas que hacían tres cuartos de lo mismo, de estatuas humanas, de... Los autóctonos huían como la peste, entregando la tierra a las fuerzas de ocupación. Pero a muchos artistas les encantaba la zona y periódicamente se instalaban o reinstalaban en ella. Estaba buscando dónde dejar la moto cuando oí el zumbido de mi móvil. No pude parar para cogerlo y responder a la llamada. Cuando aparqué en la plaza del Teatre miré la pantalla.

Una llamada perdida.

Marqué el «123» y esperé.

Tras las explicaciones de la voz de mujer grabada, escuché el mensaje.

—¿Quién eres?

Manel.

Por fin, Manel Dalmau.

Algo era algo, aunque no lo tuviera delante para verle la cara, los ojos.

Marqué su número de inmediato y crucé los dedos por miedo a perderle de nuevo. Esta vez tuve suerte. El nieto de Claudia Parets respondió antes de que terminara de sonar el primer timbrado.

—¿Eres Berta?

—Sí.

El apremio en el tono de su voz pareció desaparecer por la línea.

—Oye, quiero verte —tomé la iniciativa.

—¿De qué va esto? —quiso saber.

—Mira, todo puede solucionarse si hablamos tú y yo, créeme.

—Y yo te digo que no sé de qué me hablas, coño.

—Sí lo sabes, no te hagas el tonto ni seas estúpido. Tu abuela nos contrató para que

encontráramos a Mauricio.

—¿Os... contrató? ¿Cómo que os contrató?

—Somos una agencia de detectives.

Otro silencio.

Era obvio que Joana Dalmau no le había dicho nada a su hermano. Quizá no lo hubiera visto, quizá no se había acordado, quizá pasó.

Demasiados «quizá».

—Vamos, Manel. Sólo cinco minutos. Puedo ayudarte. Yo sólo quiero a Mauricio.

—¿Y por qué se supone que yo...?

Había angustia en su voz.

Diecisiete años, gallito, pero pillado.

—Sé que necesitas dinero, que tu padre te putea —utilicé mi más florido lenguaje juvenil—, y se te presentó esta oportunidad... Tío, es mucha pasta. Mucha. ¿Crees que no te entiendo? Le comentaste a Plácido lo que valía ese loro y Plácido contactó con el mismo que se lo había vendido a tu abuela. Lo malo es que a ese hombre lo asesinaron a las pocas horas de que Mauricio desapareciera y ahora Plácido se ha esfumado, cagadito de miedo, ¿verdad?

El silencio se hizo tan grande como un globo.

Y estaba metido allí dentro, en la línea, entre los dos.

Empecé a entender la situación.

—Plácido no te ha dicho nada, ¿verdad?

—Joder...

—Vamos, Manel. Habla conmigo. No tienes a nadie. Yo tengo que salir fuera de Barcelona, y no quiero esperar al domingo o al lunes, porque puede que sea demasiado tarde. Dime dónde quedamos. No pierdes nada con escucharme. Te aseguro que de ésta puedes salir bien. Sólo quiero a Mauricio.

—Yo no he hecho nada —se aferró a su desesperación.

—¿Es que no ves que estoy intentando ayudarte y salvarte el pellejo? ¿Tanto te cuesta entenderlo? ¡Si tu abuela se entera de esto se morirá del disgusto, y yo no tendré más remedio que decírselo si no hablas conmigo! ¿Lo pillas? ¿Sí o no? Es tu última oportunidad... Si no, la llamo y se lo cuento.

—¿Quieres dinero?

—¡No! —tuve ganas de tenerlo delante para apretarle la yugular—. ¡Pienso en Claudia

Parets, nada más! ¡Ochenta y dos años, por Dios!

–Mierda... –suspiró.

–Ya basta. No quiero discutirlo por teléfono. Te doy tres segundos. Uno.

–Oye, espera...

–Dos.

El último silencio.

–Tres.

–¿A las cuatro?

–¿No puede ser ahora?

–Tengo una clase y si la pierdo me juego...

Finalmente le daba por estudiar, el muy...

–A las tres, y no me vengas con excusas.

–Está bien.

–¿Dónde?

–¿En el Turó Parc, en la glorieta?

–Sé puntual o me iré.

–¿Qué aspecto tienes?

–Yo conozco el tuyo, no te preocupes.

Todo estaba dicho, pero le costaba dejarme. Su miedo debía de paralizarle. Tal y como le había dicho en mi mensaje, más allá de lo que pensara su abuela quedaba lo peor, su padre.

Por sus estudios, el dinero o su rebeldía, no debían de mantener lo que se dice unas relaciones cordiales.

–Hasta luego –me despedí–. Y piensa sólo en la suerte que has tenido de tropezar conmigo.

Yo misma corté la comunicación.

Mientras llegaba a la calle Vidre hice un cálculo mental de mi tiempo. A las tres en el Turó Parc. Quince-veinte minutos con Manel. Luego a casa a por la ropa para el fin de semana... No, mejor la ropa antes y luego al Turó Parc, por apretado que fuese. A las cuatro o cuatro y cuarto la cita era en el local de ensayo, para cargar la furgoneta y dirigirnos a nuestra primera gloria.

Antes de todo eso, quedaba mi charla con Enrique Subieta.

Cerrando círculos.

O abriéndolos.

—Señora Claudia, no tiene ni idea de lo que estoy haciendo por usted, sólo porque me cayó bien aunque compre animales exóticos en vías de extinción.

Había un ingrediente más: quería darle en los morros al abogado cabrón.

Muy cabrón.

Enrique Subieta estaba en su casa. El edificio era viejo pero estaba restaurado. Reapareció en mi mente el cuadro de los muchos artistas e intelectuales que se habían ido a vivir a la plaza Real hacía unos años, y de la plaza a los alrededores. Cuando abrió la puerta me encontré con un hombre de más o menos la edad de su hermano, y parecido a él, aunque su aspecto tenía algo juvenil de lo que carecía el otro. Más cabello, ropa informal... Era atractivo.

—¿Señor Subieta?

—¿Sí?

—Me llamo Berta Mir —le tendí la mano—. Trabajo en una agencia de detectives y me gustaría hablar con usted, si no es mucha molestia.

—¿Sobre qué? —se extrañó.

—Estamos investigando a la familia Dalmau, lo cual incluye el asesinato de David

Dalmau hace veintidós años –por si acaso, metí la mano en mi bolsillo y le di una tarjeta de papá, cosa que no solía hacer–. Sabemos que usted era su mejor amigo.

Miró la tarjeta. Sus siguientes palabras me animaron.

–Bueno, supongo que nunca es tarde para la verdad –se guardó la tarjeta en el bolsillo–. Ya era hora de que alguien removiera ese asunto, aunque... ¿Quién ha desencadenado esta investigación?

–No puedo decírselo, lo siento.

–Ya, claro –me franqueó el paso–. Vamos, entra.

Lo acompañé a través de un pasillo iluminado por una docena de focos cenitales. La sala principal, muy grande, con ventanales que daban al exterior, era su centro de operaciones. Varios ordenadores, pantallas iluminadas y llenas de gráficos, aparatos de los que desconocía su función, bobinas de compactos vírgenes y un largo etcétera de equipos. En un rincón vi unas fotografías. El dueño del piso con una mujer muy guapa y mucho más joven que él, aunque la imagen al menos tenía diez años. En otro ángulo, cerca de la ventana, un perro que no había ladrado con mi llamada dormitaba cándidamente. Daba la impresión de ser muy viejo.

–Siéntate –me señaló una silla porque no había nada más confortable por allí–. ¿Quieres beber algo?

–No, gracias. Siento molestarle tan de repente y sin avisar...

–No me trates de usted –hizo un gesto de desagrado.

–Vale.

–Cuando quieras.

Tenía muchas preguntas, pero la primera acudió sola a mi mente.

–¿Por qué has dicho que ya era hora de que alguien removiera este asunto?

–Porque la versión oficial de que una pandilla de chicos quiso robarle y cuando él se defendió le mataron no hay quien se la crea, por Dios.

–¿Cuál es tu teoría?

–Primero dime quién te ha dado mi nombre después de tantos años.

–Luciana Folguerolas.

–¿Has hablado con ella? ¿Cómo está?

–Desquiciada, pero se mantiene. Y sigue aborreciendo a los Dalmau.

–Nunca lo superó. Ella y David formaban una pareja única. Amor del bueno,

cómplice. Amor absoluto. Han pasado veintidós años y a veces aún no me lo creo. Suena el teléfono y creo que es él quien me llama para quedar.

—Luciana dice que le mataron Dámaso Dalmau y José María Andrade, para que el primero se quedara con el pastel de los Dalmau.

—Tiene sentido. Siempre lo tuvo —asintió—. Pero la policía no es tonta. O lo hicieron muy bien o no fueron ellos.

—¿Tú qué crees?

—Siempre quise creer que fueron ellos, pero... —se encogió de hombros en un gesto de impotencia.

—Si no fueron esos chicos, alguien tuvo que hacerlo.

—Sí.

—¿Tenía enemigos?

—No, que yo sepa, y créeme, lo sabíamos todo el uno del otro.

—¿A quién más podía beneficiar la muerte de David?

—A nadie más. Sólo a Dámaso y, por extensión, a su abogado, Andrade, del que entonces era su principal cliente y amigo.

—¿Andrade no era el abogado de Genaro Dalmau?

—No.

—Hoy lo es de toda la familia.

—Es algo más que eso: es su perro guardián. Si Dámaso y David hubieran tenido una hermana, ese hombre habría acabado casándose con ella.

—¿Y Dámaso? ¿Tan ambicioso era?

—El problema de Dámaso es que se sentía marginado. Hiciera lo que hiciera, David era mejor, con su don de gentes, su simpatía, su visión de las cosas. A Genaro Dalmau, Dámaso lo había defraudado y él lo sabía. Es duro ser como eres y que eso te perjudique tanto que hasta tu propio padre pierda la confianza en ti —lanzó una bocanada de aire—. Tanto resentimiento, tanta impotencia... Dámaso anduvo perdido hasta que la muerte de David y luego la de su padre le hizo emerger, cambiar, sentar la cabeza. Fue como si le quitaran un peso de encima. Por fin estaba solo y le salió el Dalmau que llevaba dentro. Se hizo responsable y la verdad es que con él las empresas siguieron funcionando. Un hombre nuevo, del todo, porque hasta cambió de mujer.

—Victoria Sanromá se volvió loca, ¿no?

—Hay dos clases de amor —reflexionó Quique—. El de Luciana Folguerolas, amor total

basado en la complicidad y la unión anímica por encima de todo lo demás. Y el amor de Victoria por Dámaso, basado en la posesión, en el aspecto más enfermizo de las relaciones humanas. Es una clase de amor que lleva a la desesperación, la ansiedad, y que no deja vivir –hizo una breve pausa–. Yo la conocía poco, pero desde luego me causó una triste impresión. Toda aquella ambición, tanta sequedad, sus celos enfermizos, su ansia por controlarlo todo y manipularlo a su antojo...

–Vaya elemento –fue lo único que se me ocurrió decir.

–Victoria nació pobre. Era muy, muy guapa, y muy, muy sexy, pero fría. Casarse con Dámaso fue su mayor logro. Había llegado a la cima por sus propios medios. Tenía ante sí una vida perfecta. Y de pronto él la deja por otra, más acorde con su posición, más humana, distinta en todos los sentidos. Eso fue peor que matarla. A una mujer como Victoria no se la desprecia. No me extraña lo que le sucedió. Fue demasiado para ella. De un plumazo lo perdía todo, por mucho que Dámaso le pasara una pensión o la dejara en una buena situación. Ella necesitaba un marido y una posición. El arreglo del divorcio, que Victoria peleó hasta lo indecible, no fue nada comparado con lo que perdió. Por entonces tampoco Dámaso era ya rico, porque aunque se ocupó de los negocios de su padre no pudo meter mano en el saco de buenas a primeras. Ni siquiera me imagino de dónde pudo sacar el dinero para la indemnización de su ex mujer. En fin, que todo fue muy rápido, y yo, ya sin David, no mantuve el contacto con ellos, salvo con Luciana durante un tiempo, hasta que la vida nos empujó en direcciones opuestas.

–¿Y conoces a la nueva mujer de Dámaso?

–¿Eileen? No, la vi un par de veces.

–¿Claudia Parets?

–En su nube. Vivía ajena a todo, especialmente a lo malo. De cualquier forma perder a un hijo y a su marido en tan poco tiempo le hizo mucho daño. Si no hubiera sido una mujer de fuerte temperamento, se habría hundido. Siempre fue a lo suyo.

–No sólo perdió a un hijo y a su marido, sino también a su hermano Antonio, el que desapareció.

–Oh, sí, me había olvidado de él. El personaje misterioso.

–¿Por qué misterioso?

–Tampoco es que le tratara mucho, pero me caía bien. Un buen tipo, el clásico hermano pequeño que nada siempre entre dos aguas, estudioso, callado, reservado, melancólico, con aire de poeta, muy pacifista y apocado, vida misteriosa, secretos...

Hubo un tiempo en el que pensé que era gay, por su ambigüedad. Que desapareciera sin dejar rastro fue una sorpresa. Pero como algunas veces decía que quería ver mundo, o vivir en una islita perdida... Era de esa clase de personas a las que les duele el mundo. Vendió su casa inesperada y rápidamente y se marchó. En fin –abrió y cerró las manos–, todo eso sucedió después de morir David, cuando yo ya no era más que el mejor amigo del muerto. Nos quedamos perdidos sin él, y con el paso del tiempo...

–¿Dices que... Antonio Parets vendió su casa?

–Sí.

–Me lo comentó Luciana Folguerolas, pero en su estado apenas le di importancia, porque además dijo que era mentira, que eso fue otro montaje. Fue algo demasiado fugaz.

–La vendió muy rápido, pero la vendió. Yo me enteré no sé por qué. Es lo que sustenta la teoría de que se marchó por voluntad propia.

–¿Así que no crees que también le mataran?

–¡No!

–¿Sabes qué hace la familia en la actualidad?

–No. Imagino que Dámaso será un tipo importante, lo mismo que Andrade. Claudia Parets habrá muerto, claro.

–Vive. Tiene ochenta y dos años y acaban de robarle un loro.

No supe si sonreía por lo de que estaba viva o por lo del loro. Yo lo dije todo así, como de pasada.

Nos sobrevino un momento de silencio.

–No creo haberte servido de mucha ayuda –dijo.

–Todo sirve, descuida.

–¿Vas a decirme quién investiga a los Dalmau?

–No, ya te he dicho que eso es confidencial.

–¿Te gusta tu trabajo?

–Sí.

–¿No eres muy joven para ser detective?

–Ayudante.

–Bueno, seguro que siendo tan guapa se te abrirán muchas puertas.

No me siento guapa. Me gusta que me lo digan, por supuesto, aunque no sea verdad. Sirve para subir la moral y supongo que hay gustos para todo.

Pero no me gustó que él me lo dijera.

No sé por qué.

Volví a mirar la foto en la que se le veía con una mujer mucho más joven. Quizá fuera su hija y yo una mal pensada.

–Creo que no hay nada más –me levanté.

–Bien –me secundó.

Me quedé con ganas de saber a qué se dedicaba, pero eso habría sido peligroso. Habría manifestado por mi parte un interés que no sentía, alargando unos minutos más la conversación.

Minutos que escaseaban en esos momentos.

Me zumbó la cabeza durante todo el trayecto en moto hasta llegar a casa. En aquel embrollo familiar había algo, algo, algo.

Y Mauricio volaba alrededor de ello.

Yo le buscaba a él, pero la historia del asesinato de David, y sus consecuencias, me podía.

Me dominaba aunque no viniese a cuento.

Más desde la visita de José María Andrade.

En un semáforo tuve muchas ganas de gritar. No lo hice porque había motos a ambos lados y les habría dado a sus propietarios un susto de muerte. De eso a llevarme a un manicomio, un paso. Si Dámaso había matado a su propio hermano, como un Caín moderno, mi cliente ya no tendría nada. Un hijo asesino y un nieto ladrón. Eso la mataría.

Entonces, si me caía bien ella, ¿por qué seguía?

¿Por qué no dejaba el pasado en paz?

¿Mi talante justiciero?

¿Yo?

–Joder... –suspiré.

Llegué a casa con el tiempo muy justo y temiendo otro enfrentamiento con la abuela. No fue así. Mientras yo metía lo necesario en una mochila, un par de mudas y ropa para actuar las dos noches –nada del otro mundo, que para lucir tipo ya estaba Sandra–, ella me preparó la comida. Papá dormía. Alejandra me dijo que parecía cansado. Le había puesto algunos capítulos de su serie favorita, *El ala oeste de la Casa Blanca*, que miraba con aquellos ojos quietos, la pantalla externa de su cerebro vivo en su cuerpo muerto.

No quise irme a Cadaqués sin despedirme de él, aunque fuera en silencio.

Le contemplé un minuto o dos.

Todavía sentía tanta emoción al verle en su estado...

Otro estaría muerto, o me habría pedido una eutanasia piadosa. Pero él luchaba. Quizá lo hiciese por mí. De haber estado sano habría ido a verme a Cadaqués, como un fan, completamente feliz.

Tal vez mamá se hubiera ido a tiempo.

Ella no habría resistido eso.

Contuve las inesperadas ganas de llorar.

Entonces regresé a mi habitación, cogí el móvil y busqué la llamada de Ramiro Crussat del miércoles, cuando me dijo lo del tumor de mi madre un minuto antes de que Claudia Parets entrara en mi vida.

Pulsé la tecla de devolución de llamada y cerré los ojos.

—¿Sí?

—Soy Berta.

—¡Berta! —lo repitió como si soltara aire a presión.

—Escuche, no quiero hablar —le previne—. Ni hablar ni oírle pidiéndome nada. Sólo dígame cómo está, nada más.

—Sigue muy deprimida.

—¿Han confirmado lo peor?

—Quizá no haya que llegar a una cirugía drástica. Van a atacar con quimio primero. Unas diez sesiones, a una por semana.

Las opciones eran simples. Seguía existiendo el riesgo de que le cortaran un pecho. Pero de entrada se quedaría calva. Eso y diez semanas de infierno con vómitos, mareos, el hundimiento físico y moral...

Conociendo a mi madre las opciones eran demoledoras.

Como si le arrancaran el alma, o peor.

—¿Cuándo empiezan?

—Ya mismo, la semana próxima.

—De acuerdo.

—¿Quieres hablar con ella?

—No.

—¿Vas a venir?

—He dicho que nada de preguntas ni peticiones. Volveré a llamar.

—¿Puedo decirle...?

Pensé: «Dígaselo y le mando dos matones para que le rompan las piernas o le hagan una cara nueva».

Lo pensé pero no se lo dije.

–Haga lo que quiera –parecí escupirle.

Lo estaba haciendo. Cada palabra.

–Gracias...

–No, no me las dé –le corté de cuajo.

Cerré la comunicación.

Jadeaba.

Me quedé como si hubiera corrido cien metros en diez segundos, o una maratón de tres horas. Jadeaba porque sentía que toda aquella rabia no era mía. Me la habían impuesto. Yo no era así. Tenía carácter, pero no era así. La furia aparecía en mi ser cada vez que pensaba en la escapada de mamá, en su traición, en el daño que le había hecho a papá, y en lo solo que ahora estaba él encerrado en su propio ataúd humano. Se trataba de eso. Y la abuela aún me pedía calma, me insistía una y otra vez en lo mismo.

–Es tu madre, y siempre lo será.

¿Bastaba con parir a una hija para ser su madre?

¿Podía dimitir una madre a los diecisiete años?

Estuve a punto de arrojar el móvil contra la pared.

Me contuve por varias razones: era absurdo, lo oiría la abuela y valía una pasta. Pero ni el miedo, ni la vergüenza, ni la frustración, ni el peso de la soledad ni la rabia menguaron. Formaban una espesa pasta que me impedía ser razonable.

Y pensar que tenía una actuación por la noche.

Se suponía que tenía que estar... radiante, a tope.

–Adiós, abuela. Me voy.

Dejó que la abrazara por detrás.

–Suerte –me deseó.

Esperaba un «cuídate», un «no hagas locuras», un «sé buena»... Cualquier cosa de las que las abuelas les dicen a sus nietas creyendo que el mundo va a devorarlas.

Me alegré de que me deseara suerte y nada más.

–Entre los de la farándula no se desea suerte, porque trae mala suerte. Se dice «rómpete las piernas».

–Pues son muy bestias, qué quieres que te diga.

–Venga...

Se hizo la fuerte. Yo seguía abrazándola por detrás, impidiendo que se diera la vuelta.

–Rómpete las piernas –suspiró antes de agregar–: Pero de todas formas ten suerte.

–Hasta el domingo.

–¿No podrías llamarme mañana para decirme qué tal?

–Lo intentaré.

–Oh, lo intentarás, lo intentarás. La mujer ocupada.

–Vale, te llamaré.

Le besé la cabeza, por entre el cabello gris, y la apreté un poco más. Luego retrocedí.

No quise ser testigo de su última mirada.

–¡No te vayas de picos pardos aprovechando que estás sola, ni traigas hombres a casa!

–fue mi grito final desde el recibidor.

Las tres menos diez.

Llegaría tarde a mi cita más importante, la única que me facilitaría resolver el caso de mi loro desaparecido.

Si Manel Dalmau me decía que era el responsable del robo y dónde estaba Mauricio, a cambio de que yo no le contase la verdad a su abuela, el caso quedaría cerrado.

Lo malo era que no podría ir a por el loro.

No hasta el domingo por la tarde, o el lunes.

Eso suponiendo que fuese así de sencillo recuperarlo.

Otras opciones eran telefonear a Claudia Parets para tranquilizarla, llamar a Alfredo Sanllehí para que me echara una mano...

No, Alfredo siempre escogería el lado de la ley.

Ni amigos ni nada.

La extraña pareja.

Estaba tan metida en mis pensamientos y conducía tan deprisa para llegar a mi cita a la hora que casi tuve dos accidentes. En uno, mi moto patinó en un paso de cebra mojado y a duras penas logré controlarla. En otro, el coche de delante frenó inesperadamente y por poco me empotro en él. Frené a un centímetro escaso de su guardabarros. Decidí aplicarme en la conducción. Si se me descuajaringaba la moto, estaba perdida, pero si acababa en el hospital, sería peor. Y adiós actuación. Marcos me clavaría agujitas en las uñas y Sandra me arrancaría la piel a tiras, tormento este que, por otra parte, me parecía de los más crueles de épocas pasadas.

—Ánimo, que esta noche serás libre —me agarré al manillar con fuerza.

Libre en un escenario.

¿O siempre sería yo misma, la antigua y la nueva Berta, detective a la fuerza?

Aparqué la moto en la entrada de Pau Casals y no quise guardar el casco ni la mochila en el maletero por la cantidad de gente que había por allí, así que cargué con ello y eché a correr. Eran las tres y siete minutos. A esa hora en el parque no había mucho personal, la zona infantil estaba vacía y en las arboladas, sobre la hierba o en los bancos, algunos

comían bocadillos, tomaban el sol o quemaban su descanso antes de volver al trabajo. No faltaban parejas, siempre dispuestas a aprovechar el tiempo, hasta el último segundo, como si el mundo fuese a terminarse, para comerse a besos y mirarse a los ojos al jurarse amor eterno.

—¿Desde cuándo eres así de cínica? —me desesperé.

La imagen de mi madre apareció en algún lugar de mi mente a modo de respuesta.

El maldito amor eterno.

Tuve que apartarlo todo de un plumazo cuando le descubrí, bajo la glorieta.

Manel Dalmau era más guapo que en la foto que había visto en su casa, del estilo de su hermana, y a sus diecisiete años toda una percha, alto, atlético, como si practicara algún deporte, y tan rubio que hasta las chicas con novio que pasaban a su lado lo miraban sin mucho disimulo. Vi que se movía nervioso, dos pasos a un lado, dos al otro, y observó el reloj fugazmente mientras me aproximaba a él. No interpretó que yo fuese la persona con la que había quedado, porque aunque me vio, pasó de mí y siguió buscando y oteando a su alrededor. Vestía con la informal elegancia de los que tienen dinero, o sea, clase y marcas, pero con aparente comodidad e indiferencia, el sello de quien siempre ha llevado lo mejor.

Cuando me detuve delante frunció el ceño.

—¿Berta?

—Sí.

Su desconcierto fue más que evidente.

—Que no te engañe mi edad —le advertí.

—No he dicho nada —expresó revestido de cautelas.

—Vamos a sentarnos en ese banco.

Tomé la iniciativa y me siguió. Que aparentemente estuviera en mis manos no debía de gustarle mucho. Estaba atrapado y lo sabía. Aun así, pese al miedo, mantuvo una tensa calma. Nos sentamos y yo coloqué la mochila y el casco entre los dos. Una vez superada la primera impresión, ya no dijo nada. Esperó expectante.

—Robaste ese loro —fui directa.

—¿Cómo lo sabes?

—Atando cabos, eso no importa. Lo que importa ahora es devolverle a tu abuela a Mauricio para que se quede tranquila.

Bajó la cabeza y se miró las manos. Tenía los dedos largos. Habría sido un buen

teclista.

No lo imaginé con una vena artística.

—¿Cómo se te ocurrió robarle a tu propia abuela?

—Un loro que vale tanta pasta... —hizo un gesto de fastidio—. Resulta casi inmoral. Vale más que una persona.

—Troceada para transplantes no. Pero no me vayas de Robin Hood porque no cuele. Lo hiciste por el dinero y punto.

—¿Por qué no le has ido con el cuento a ella?

—Te lo dije por teléfono. ¿No escuchas? No le he ido con el cuento porque me cae bien y no quiero darle ese disgusto. ¡Las abuelas adoran a los nietos, aunque sean unos gilipollas!

—Eh, vale —intentó protestar.

—¡Es que eres un gilipollas, tío! —poder decirle a un guaperas eso me hizo sentir la mar de bien—. Si tienes problemas con tu padre, haberle pedido ayuda a ella.

—Me da dinero, pero ya sabes.

—Claro que lo sé, treinta euros por aquí, cincuenta por allá. Y tú eres de los que pica alto. ¿Estás metido en líos?

Otro silencio. Esta vez no se miró las manos. Movi6 la cabeza hacia el otro lado. Un grupo de chicas no nos quitaba el ojo de encima. Bueno, no se lo quitaba a 6l.

Manel Dalmau tenía 6xito, tanto que..., de pronto, vi la luz.

—SÍ, líos y una novia guapa, seguro. De las que tira de espaldas y hay que impresionar y llevar a sitios caros.

Si sus ojos hubieran sido dos taladros, me habría atravesado la cabeza. Si hubieran sido de fuego me habría abrasado.

—Oye, Manel, te diré algo: si la muerte de 6ngel Miralles est6 relacionada con Mauricio, lo tienes chungo, porque la cosa ir6 en serio. Si no es asÍ, te libras, te lo aseguro. Dime d6nde est6 el loro.

—Yo no sé nada de ning6n asesinato —pas6 de responderme.

—Tú no, pero est6 tu socio.

—Entonces es cosa suya, aunque Pl6cido no matarÍa a nadie, eso por descontado. Se desmaya con ver su propia sangre. Yo s6lo le hablé de lo que valÍa el maldito animal. El plan se le ocurri6 a 6l. Tambi6n fue suya la idea de revend6rselo al mismo que se lo

había vendido a la abuela. Buscó a uno que hiciera el trabajo sucio y esa noche él asistió a una fiesta y yo estuve en casa, así que estábamos limpios.

—¿Crees que pudo ser una coincidencia que a Ángel Miralles lo asesinaran a las pocas horas?

—¿Por un loro, aunque valiera un pastón?

—Hay gente para todo.

—Es absurdo —insistió con amargura.

—De acuerdo, es absurdo. Paso. Dime de una vez dónde está Mauricio y acabemos con esto.

—¡No sé dónde está! —se vino abajo.

Yo sentí una punzada en mi cabeza.

—¿Cómo que no lo sabes?

—¡No lo sé! —insistió—. ¡La idea fue de Plácido, ya te lo he dicho! ¡Si una vieja rica como mi abuela había pagado noventa mil, alguien pagaría por lo menos la mitad, o más! Plácido conoce a mucha gente, es de los que se mueven la tira y le sacan el dinero a todo el mundo, siempre inventando negocios o buscando oportunidades. Yo necesitaba el dinero para este fin de semana, maldita sea. Miralles iba a darnos treinta mil euros ya mismo, en metálico, y adiós.

—¿No has hablado con él?

—No desde ayer, y fue por teléfono. Me dijo que Miralles no daba razón, que no se había presentado a la cita convenida. Desde entonces, nada. No contesta a mis llamadas ni está en su casa.

—¿Dónde puede ocultarse?

—Ni idea.

—Plácido supo lo de Miralles ayer mismo por la mañana. Yo lo seguí hasta la tienda. Luego le perdí el rastro.

Otra mirada de respeto mezclada con inquietud.

—Puede estar en casa de cualquier amigo, o de... —hizo memoria de pronto—. Creo que tenía una nueva novia. Me comentó algo. Fue...—sus ojos brillaron como ascuas—. Sí, espera, la tarde que hablábamos del plan dijo que tenía que irse rápido porque iba a buscarla a su trabajo y estaba lejos, en Horta, en la calle Feliu i Codina. Recuerdo el nombre porque son los apellidos de dos de mis profes —la luz ya era total—. Es peluquera.

—¿Nombre?

—¡Pilar! ¡Comentó que era la tercera Pilar con la que salía!

Otra pista. Una más.

Y no me quedaba tiempo.

Al menos no en las próximas horas.

—Maldita sea, Manel... —me pasé una mano por los ojos, cansada.

—He colaborado, ¿no?

—A medias.

—¿Se lo dirás a la abuela?

—¡Todo depende de si encuentro a Mauricio o no! —grité—. De todas formas te lo merecerías, por capullo. Tu abuela no, pero tú...

Esta vez no se quejó de que lo insultara.

—Ese tío muerto da mal rollo, ¿no?

—Ése es otro marrón —suspiré—. Ya veremos. La policía me habló de un tal Baptiste Clochard, un traficante de animales exóticos. Quizá tengan alguna pista que yo no sé.

Miré el reloj. Las tres y veinte. Tenía que salir zumbando para llegar a las cuatro al local donde ensayamos. No quería apurar los quince minutos de margen y aparecer la última, como si no me importara o no creyese que aquello de tocar en vivo era la leche.

El silencio se había instalado entre los dos.

—Tienes mi número en la memoria de tu teléfono, y yo te tengo pillado con tu abuela —fui bastante clara—. Si Plácido te llama o descubres dónde está Mauricio, llámame. Y más te vale no pasar de mí.

—No paso.

—Te doy una oportunidad que no mereces.

—¡Vale!

No le gustaba que lo pillaran, y menos una cría, y aún menos una tía como yo.

—Sin pasarte.

—Coño... —refunfuñó—. ¿Qué haces en una agencia de detectives?

—Encontrar loros robados, hablar con gilipollas como tú y perdonarles la vida, como si me importasen algo —suspiré y traté de no echar más leña al fuego—. ¿Te parece bien?

—Te pasas.

—Ya. La que se pasa soy yo. Mira —le apunté con un dedo firme y sin darme cuenta me puse en plan hermana mayor—, dile a esa chica a la que quieres impresionar que si no le gusta cómo eres y no le parece bastante con lo que tienes, es que no vale la pena que

tú pierdas el culo por ella. O eso o habla con tu padre para que te dé más pasta, aunque por esto último te exigirían algo a cambio, comprometerte, dar el callo, estudiar un poco y todo lo demás, ¿no?

Mi interlocutor sonrió por primera vez.

En sus ojos vi mi propio reflejo, y en su cara el cambio.

Ya no era una cría que le tenía acorralado. De pronto era sólo una chica, sin más, con todo lo que tanto mola a los tíos.

–¿Puedo llamarte?

–Cuando sepas algo de Mauricio, ya te lo he dicho.

–No, después.

No solté una carcajada de milagro.

No tocaba.

–Ni se te ocurra, chaval –me puse en pie para irme–. Ni-se-te-o-cu-rra –se lo deletreé para que le entrara en la cabeza.

Lo dejé allí, en el banco, en medio del parque.

Sería un zángano toda su vida, podía apostarme lo que quisiera.

Llegué a las cuatro menos cinco y fui la tercera. Metí la moto directamente en el local para dejarla allí y recogerla a la vuelta. Iván y Lucas ya habían llegado y guardaban sus instrumentos, sin duda los más complicados. Los teclados son grandes, algunos pesados, y también son muchas las piezas de una batería. Yo les ayudé. Estábamos con el equipo de sonido cuando apareció Marcos.

La última fue Sandra, que llegó con novio.

—No os importa, ¿verdad? —nos dijo.

Ya estaba allí. No nos había avisado. Sería cosa de hablarlo luego, entre nosotros y con ella. En la furgoneta cabían siete u ocho personas más el equipo. Pero si cada uno llevaba a alguien más...

El novio era sorprendente.

La guapa y pija Sandra no podía salir con nadie que no fuera guapo y pijo, pero lo que nos hizo sentir mal fue que el chico tenía ya veinticinco o veintiséis años. Parecía el hermano mayor de todos nosotros. O el mánager. Nunca había ido a buscarla después de los ensayos, ni una palabra de él, así que nos pilló por sorpresa. A lo mejor era nuevo.

—Lo que daría por saber tocar el piano —le dijo a Lucas.

Lucas puso cara de decir «lo que daría yo por tener tu pasta, tío».

Por lo menos, ayudó.

Salimos de Barcelona a las cuatro y veinticinco en dirección norte para coger la autopista. Conducía Iván. Marcos iba a su lado, detrás Lucas y yo; en la tercera y última fila, Sandra y el novio, Gonzalo. Le iba como anillo al dedo, Gonzalo. No llegaba a la altura insuperable de Froilán, Alejandro o cualquiera de esos nombres compuestos que dan pedigrí, pero se le aproximaba. Nos temimos que se pasaran el viaje besándose y dando la nota, pero no. Gonzalo disfrutaba de su experiencia rockera. Estaba encantado. Aparte de pasar dos noches con su chica, cosa que también haría, todo le resultaba

estupendo. Sandra no parecía que quisiera extralimitarse. Bastante hacía con imponernos una presencia extraña. A la altura de Mollet ya se nos había pasado el mal rollo inicial.

Gonzalo también contribuyó lo suyo.

—Esta noche os invitaré a cenar en un sitio formidable —anunció—. La mejor pasta de Cadaqués. ¿Os gusta la pasta? Las pizzas son sen-sa-cio-na-les.

Una cena gratis era una cena gratis.

Eso fue definitivo.

Cuando supimos que Gonzalo ya estaba acabando medicina todos empezamos a preguntarle cosas, exponiendo síntomas que sentíamos o habíamos sentido en las últimas semanas.

Conseguí olvidarme de Mauricio, de Manel, de Ángel Miralles y todo lo demás pasado Granollers. Más o menos por Girona cantábamos a coro «Yellow Submarine». A las seis y treinta y cinco entramos en Cadaqués y preguntamos por la discoteca Dracs. Por supuesto estaba en las afueras, cerca de Port Lligat. De pronto, por todas partes, vimos carteles hechos a mano, a toda prisa, anunciando que en la apertura actuaría La Séptima Cuerda. Al detener la camioneta en la parte de atrás de la discoteca empezamos a ser testigos de lo que suponía una inauguración. Era como si todo estuviese a medias, aunque sólo faltaban unas horas para la apertura. Terenci Muniesa, el dueño, tendría unos treinta años y era un tipo nervioso, una coctelera con patas. Salió a la carrera, con las manos en la cabeza.

—¡Ya estáis aquí! ¡Ya estáis aquí! Menos mal, pensaba lo peor... ¡Vamos, vamos, descargad, montad y probad sonido! ¡Oh, Dios, si es que todo está...!

Ésa fue la bienvenida.

Mario Auladell, nuestro «casi» mánager, porque a fin de cuentas nos había buscado los dos bolos, no iba a venir. Eso lo sabíamos. Tenía otro grupo más importante actuando en otra parte a la misma hora.

Después, con el instrumental montado y a punto de ensayar, Terenci Muniesa se nos apareció de nuevo, tan nervioso y agitado como antes.

—¿Quién es el líder? —nos miró uno a uno calibrando nuestras posibilidades.

—Somos un grupo —le dijo Lucas.

—Oh, bien —hizo el mismo gesto que Woody Allen vestido de espermatozoide en *Todo lo que usted siempre quiso saber sobre el sexo (y nunca se atrevió a preguntar)*, cuando ve que entre sus compañeros blancos hay uno negro—. ¿Os contó Mario lo que quiero?

–Sí –dijo Marcos.

–Quiero marcha. Mucha marcha. Sin descanso. ¡Que la gente se vuelva loca! –lo repitió con afectación–. ¿Qué vais a tocar?

Comenzó la discusión. De los temas que versionábamos sólo había oído hablar de tres o cuatro. Nos pidió que le «refrescáramos» la memoria, y le tarareamos algunos. Decía: «Sí, sí, oh, bien. Éste es muy bueno. Oh, perfecto, así, así, y le daréis caña, ¿verdad?».

La parte final no fue tan buena.

–Nada vuestro, chicos. Lo siento –fue tajante, manos a modo de pantalla–. Necesito que la gente se divierta. Si no reconocen las canciones, no lo pasan bien, me consta. Cuando actuéis por vuestra cuenta... Pero hoy no, ¿de acuerdo? –nos miró a Sandra y a mí–. ¿Cantáis las dos o una es la solista y la otra...?

–Yo soy la solista –le dijo Sandra.

–Te pondrás algo sexy, ¿verdad?

–¿Cuánto quiere que enseñe? –le soltó con todo el descaro.

–Oh, bueno... –pilló la ironía y se echó a reír–. Tú ya me entiendes –optó por ir al grano–. Venga, tocad algo que quiero oírlos.

El ensayo estuvo bien. Tocamos un par de canciones para que el dueño del Dracs se quedara tranquilo. Le gustamos. Antes de dejarnos para acudir a apagar los últimos incendios, nos dijo que era extraño que aún no hubiéramos dado que hablar.

–Yo tengo olfato para estas cosas, ¿sabéis?

Ensayamos una hora, hasta estar seguros de que todo iba bien. Eran las ocho y cinco cuando nos fuimos a la pensión Rosa a dejar los trastos. Quedamos en media hora para ir a cenar. A las nueve en punto nos sentamos a una mesa del restaurante elegido por Gonzalo. Y desde luego tenía razón, la pasta era buenísima, y las pizzas enormes y exquisitas.

Fue entonces, en plena cena, cuando me empezó a dominar un extraño mal sabor de boca que desembocó en una mala leche feroz.

Allí estábamos.

Sandra y Gonzalo felices, probablemente porque en la media hora previa a la cena habían hecho el amor, y volverían a hacerlo después del concierto, y por la mañana..., y Lucas observándome con su cara de enamorado que fingía hacer cualquier cosa menos mirarme. Y yo lo mismo, fingiendo estar pendiente de cualquier cosa que no fuera Marcos.

¿Cuántas chicas habrían sentido a lo largo de su vida lo mismo que yo, que se habían fijado en el tío equivocado y, pese a ello, seguían colgadas?

¿Por qué?

¿Dónde se supone que estaba la madurez de mis dieciocho años?

Lo único bueno de Marcos era que tocaba la guitarra de fábula.

El resto...

—Tú debes de llevarte a las chicas de calle, ¿no? —le decía en ese momento Gonzalo—. Como eres el guitarra solista...

Me levanté antes de que Marcos contestara.

—Voy al baño —dije.

Me metí en el servicio del restaurante y me senté en uno de los inodoros. Había otras dos chicas, estaban en una mesa cerca de la nuestra y me había fijado en ellas porque llevaban unos vestidos mínimos e iban muy maquilladas. Hablaban con desparpajo de sus acompañantes. Una decía que el suyo no estaba mal. La otra que pasaba. La primera comentó que todavía no sabía si se acostaría con él. La segunda le deseó suerte. La primera insistió en sus dudas. «¿Tú qué harías?» La segunda le dijo que dependía de las ganas que tuviera. Cuando acabaron sus disquisiciones se fueron y yo pude reaparecer tras aliviarme. Regresé a la mesa aún más frustrada.

Algunas podían frivolar con eso. Yo no.

Me sentí mentalmente vieja.

Si tuviera una mejor amiga, quizá me dijese: «Date un revolcón con él y ya está. Es un tío, es fácil, así despiertas del todo o descubres que aún estás más colgada».

No tenía una mejor amiga.

Y para eso, ni las ganas.

Llegamos a las diez y media a la discoteca. Nuestro primer pase era a las once, el segundo a las doce tras quince minutos de descanso, y el tercero de una y media a dos de la madrugada. El ambiente ya era bastante bueno. Nos metimos en el pequeño vestuario y nos cambiamos, primero Marcos, Iván y Lucas. Después Sandra y yo. Mi ropa era de lo más normal, unos pantalones cortos, no para enseñar pierna precisamente, sino para sentirme cómoda, y una camiseta de los Ramones. Sandra en cambio sí mostraba carne, y generosamente. Terenci Muniesa fliparía. Escote, top ceñido hasta debajo del pecho, minishorts ajustados, zapatos de aguja...

—¿Qué tal? —me preguntó.

–Quitas el hipo –fui sincera.

No le pregunté por lo mío. No era necesario.

Luego nos reunimos los cinco.

–Vamos a demostrar lo buenos que somos –dijo Marcos.

–¡Caña! –gritó Iván.

–¡A por ellos! –animó Lucas–. Aunque pasen de nosotros, aunque no nos hagan caso, aunque seamos sólo un adorno... ¡A por ellos!

Salimos al escenario y ocupamos nuestros espacios en la penumbra. No hubo presentación. Cuando el disc jockey nos vio, la música de los altavoces perdió intensidad gradualmente hasta desaparecer, y entonces Iván marcó la entrada del primer tema.

–Un, dos, tres y...

Nuestro público era variopinto: chicos, chicas, parejas, hombres, mujeres... De entrada fue imposible no mirar hacia nosotros. Luego los hombres se dieron cuenta de lo sexy que estaba Sandra y las mujeres de lo sexy que era Marcos. A los quince segundos la voz de ella y la guitarra de él ya dominaban el ambiente. La masa se acercó a nosotros.

Al minuto...

No supe lo que me pasó.

Fue...

Simplemente me fui, perdí el compás, el ritmo, y casi arrastré a Iván. Lucas nos salvó haciendo una rápida entrada que pilló desprevenido a Marcos. Durante cinco segundos pareció que el mundo se hundía ante nosotros. El público apenas lo notó. Sólo escuchamos dos o tres silbidos.

Luego nos recuperamos, especialmente yo.

Toda la rabia acumulada reapareció y me empujó a lo más alto.

No iba a fastidiarlo todo ahora.

No, de ninguna forma.

Ni hablar.

Cerré los ojos y me concentré en el tema.

Superé el momento.

A la mierda todo, a la mierda Mauricio, a la mierda el caso, a la mierda nada que no fuera mi primer concierto con público.

Un tema.

Dos.

Tres.

Sonábamos de fábula.

Tocábamos como nunca habíamos tocado, ni siquiera en nuestros mejores momentos en el local de ensayo.

Estábamos vivos.

Había empezado de medio lado, y luego casi de espaldas en el momento de la cagada, como el viejo Miles Davis. No era miedo ni vergüenza, quizá respeto, tal vez una última defensa. Pero de pronto abrí los ojos y me vi cara a cara con la gente. Yo, Berta Mir, tocando en vivo. La mayoría de los hombres sólo tenían ojos para Sandra, pero algunos también me miraban a mí. Y ahí arriba, en el pequeño escenario de la discoteca, me sentí fuerte, segura, importante. Antes que yo, miles de músicos debían de haber sentido lo mismo. Príncipes y reyes del rock, el pop, la electrónica, el hip hop... No importaba el género. En un escenario se producía siempre el milagro, bueno, siempre que la música fuera buena y existiera empatía con el público. Mis manos pinzaban las cuerdas del bajo con energía, y cuando me tocaba hacer la segunda voz o los coros de Sandra, me proyectaba hacia el micrófono y lo hacía con una intensidad que me conmocionó.

Me desmelené.

Tocamos cinco clásicos de rock seguidos.

Le gente brincaba, daba saltos, se movía al compás, algunos incluso bailaban. Los hombres seguían mirando a Sandra, las mujeres a Marcos. Lucas, Iván y yo parecíamos estar en un segundo plano. Pero es que Sandra estaba genial, y Marcos hacía unos solos ajustados y realmente impactantes. Tanto daba que ella fuera una muñeca pija y él un

maldito creído. Eran buenos. ¡Mierda, lo eran! Había que reconocerlo. Y los cinco formábamos un buen grupo. En eso consistía la música: en ser un grupo.

Un chico del público me guiñó un ojo. Yo canté el estribillo de la canción mirándole a él.

*And I'm
So glad you made it
So glad you made it
You gotta
Gimme some lovin'
Gimme some lovin'
Gimme some lovin', everyday*

Al fondo, Terenci Muniesa estaba feliz.

Acabamos el quinto tema y, mientras nos aplaudían, nos miramos felices. Iván estaba completamente empapado. Su sudor hacía que brillase como una bombilla. Lucas era un gigante detrás de sus teclados. Marcos dirigió sus ojos hacia mí y yo por un momento me sentí una diosa. Me lanzó un beso.

Un beso.

—¿Queréis más? —le gritó Sandra al público.

Se levantaron las manos, unas vacías, otras con copas. Todos dijeron que sí. Aullaron que sí.

Era nuestro momento.

Nos sentíamos capaces de desafiar al mundo entero y comérmolo.

—¿Tocamos algo nuestro? —propuso Lucas.

—¡Sí, al diablo con lo de la marcha, marcha, marcha! —se desmelenó Marcos.

—¡Ese tío no tiene ni idea de música! ¡Le decimos que era una canción de los Stones y se lo cree! —se animó Iván.

—¿«Quiero»? —propuso Lucas.

Era una balada de tiempo medio, con dos subidas muy buenas que acababan convergiendo de nuevo en la melodía.

La letra era mía.

Se lo agradecí a Lucas con una sonrisa.

Luego él tecleó la entrada y creó la atmósfera. Nos unimos Iván y yo con el ritmo y Marcos fue el último en entrar punteando el *riff* del tema. La voz de Sandra cimbrió por encima del bloque instrumental apareciendo descarnada, y lo hizo genial, arrastrando el tono como si lo frotara contra un suelo pedregoso en el fondo de su garganta.

Quiero recordarte con tu camisa roja y tu falda negra
Quiero recordarte con tu sonrisa como único vestido
Quiero saberte desnuda entre mis brazos amantes
Quiero saberte viva y llena de mis besos
Quiero tenerte con mi amor entre tus piernas de seda
Quiero tenerte en mis sueños de noches eternas.

Algunas parejas empezaron a bailar. Otras se besaron. Había escrito la letra de «Quiero» una noche de íntima soledad en que me sentía muy poquita cosa, como si el amor fuese algo lejano que nunca se detendría en mi costa. Y aunque fuera una chica, la puse en boca de un chico. Un hombre soñando con su amada.

En el centro, el solo de Marcos era muy sentido, muy limpio. No hacía falta que fuera largo. Crecía y crecía junto con el ritmo y el teclado hasta llegar al máximo, cortarse en seco y...

De nuevo Sandra.

Quiero recordarte con tus pies descalzos en la escalera
Quiero recordarte como la primera noche que viniste a mí
Quiero saberte como siempre he sabido que existías
Quiero saberte como me sabes tú a mí
Quiero tenerte a través de todas nuestras noches
Quiero tenerte a lo largo de todos nuestros días.

Pese a los aplausos, no quisimos arriesgarnos, así que volvimos a lo más fuerte. Una descarga de adrenalina en forma de rock trepidante. Ahí nos metimos a fondo con «Highway to hell».

Volvimos a romper.

Creo que en ese instante llegué a una catarsis plena.

Como si me hubiera drogado.

Mi mente se iluminó, se llenó de...

Y vi claras muchas cosas.

Yo, papá, la abuela, mamá, Marcos, Lucas...

Yo nunca podría cantar como Sandra, no era ella. Pero entendí la idea de Lucas, su propuesta de dúo electroacústico. Sí podía cantar de una forma distinta, mis propias letras, tocando la guitarra, con él al teclado. Es curioso. En pleno éxito, disfrutando como grupo, y esa sensación surgió ante mí con una poderosa intensidad.

¡Qué distinto es todo cuando crees dominar el mundo desde un escenario!

Por eso los grandes del rock tenían vidas tan intensas, pero también, en ocasiones, tan autodestructivas.

La vida no era un escenario.

Como dijo Bruce Springsteen, más o menos, «sólo eres Dios dos horas al día ahí arriba. El resto eres tú ahí abajo».

Los cuarenta y cinco minutos de nuestro primer pase de la noche se nos fueron volando. Habríamos tocado tres horas. Fue un vértigo. Admiré a nuestras dos estrellas. Admiré a Sandra, su voz, su belleza, su desparpajo, el cambio que experimentaba en escena. Admiré a Marcos, su insultante atractivo masculino, su ego, su poder con la guitarra entre las manos.

Me curé de pronto.

El salto final, sin paracaídas.

Cuando concluimos el último tema y salimos del escenario entre aplausos, mientras el disc jockey anunciaba que volveríamos en un rato, corrimos hacia el camerino. Allí poco importó que estuviéramos sudados: nos abrazamos. Formamos una piña en el centro.

—¡Genial!

—¡Hemos sonado... de coña!

—¡Putra madre, tíos!

—¡Quería fundirme!

—¡Esto es música en vivo y lo demás...!

Nunca olvidaré ese momento.

Creo que fue el último antes de perder mi inocencia.

No sabía si lo que me impedía dormir era el agotamiento o si era el estado emocional en el que me hallaba. Por mi cabeza no dejaban de pasar imágenes, sensaciones, luces, visiones, descargas energéticas.

¿Cómo puede una dormir después de tocar en vivo y sentir los aplausos, y...?

No se detiene en seco a un Ferrari que va a 300 por hora.

Miré el reloj. Las cuatro de la madrugada. Mi corazón latía a mil. Tenía los ojos tan abiertos como si fueran las doce del mediodía. Hacía apenas quince minutos que me había echado en la cama después de darme una ducha, otra más. Llevaba unos pantaloncitos cortos y una camiseta ligeramente ceñida. La claridad de fuera penetraba por la ventana abierta y daba a la habitación un halo espectral. Mi cuerpo blanco resplandecía en el centro de la cama.

Aquel subidón...

Cerré los ojos para intentarlo de nuevo y entonces oí unos golpecitos en la puerta.

Suaves, quedos.

Primero pensé que se trataba de un ruido proveniente de otra habitación. La pensión en la que dormíamos era bastante sencilla, con las paredes delgadas y las puertas frágiles. Luego comprendí que no, que se trataba de mi puerta.

Una segunda tanda de golpecitos delicados.

Mi nombre, envuelto en un suspiro.

—Berta...

Salté de la cama y abrí.

Me encontré con él.

Marcos.

Y de repente vino a mi mente aquella mirada suya en el escenario, y su beso.

Tan inesperado.

Después del último pase había bebido un poco más de la cuenta en la discoteca, disfrutando del momento. Pensé que iba a ligar con alguna de las chicas que lo rodeaba, por eso me había distanciado de él. De hecho me fui la primera. Ahora seguía achispado, aunque no tanto como para no controlar. Estaba apoyado en el quicio, sonriendo, seguro de sí mismo, mostrando su desparpajo en los ojos, con sus vaqueros ajustados, la camisa por fuera y abierta hasta la mitad del pecho.

Me miró, y yo me sentí muy incómoda, casi desnuda.

–Tienes los pies muy bonitos –me dijo al llegar al final de su recorrido.

–¿Qué quieres?

–Nada –se encogió de hombros–. ¿Tú puedes dormir?

–No.

–Yo tampoco.

No supe qué decir.

Las cuatro de la madrugada, saboreando el éxito de nuestro debut, lejos de casa, solos, y él en mi puerta.

Él.

Tanto tiempo metida en mi papel de adolescente colgada y de pronto...

Pero me había curado.

El salto final, sin paracaídas, en el escenario.

Lo recordé como un flash.

–Hemos sonado bien, Berta. Muy bien.

–Sí.

–Cojonudo.

–Ya.

–Estamos en el buen camino.

–Marcos, ¿qué quieres?

–¿Puedo pasar? –hizo el gesto sin esperar mi respuesta.

–¿A qué? –le puse una mano por delante.

Le brillaron los ojos. Achispados o no, eran un libro abierto. El deseo estaba escrito con letras mayúsculas. Volvió a observarme de arriba abajo y me hizo sentir todavía más incómoda. No podía taparme con nada.

–Venga, Berta...

Lo intentó de nuevo.

–Marcos, no –le frené por segunda vez.
–¿Qué pasa? –mostró un universo de extrañezas.
–Vete.
–¡Hey! –convulsionó su cara en una mueca de perplejidad–. Estamos solos, somos adultos. Nos vendrá bien.
–Te vendrá bien a ti.
–Yo te gusto.
–No.
–Te gusto –lo repitió–. Un tío se da cuenta de eso, y una tía también. Sabes que llevas tiempo así.
–Me gustabas.
–¿Ya no? –puso cara de no creérselo.
–No.
–¿Desde cuándo?
–Desde esta noche, tocando. Y definitivamente desde este momento.
–No te entiendo.
–Ya ves: yo voy entendiéndome poco a poco. No soy tan rápida. Pero a veces una despierta de golpe.
–Coño, tampoco te estoy proponiendo que nos enrollemos o algo así.
–¿Sólo un polvo?
–Jo, qué directa.
–Se trata de eso, ¿no? ¿Cómo quieres llamarlo?
–Necesidad, urgencia, celebrarlo, pasar un buen rato...
–¿Sin compromisos?
–Eso.
–Entonces da lo mismo que sea yo o una del público, la camarera o una prostituta de la carretera.
–Venga, Berta –hizo una mueca de desagrado–. No seas mala.
Nunca habría creído que pudiera decírselo.
–Qué capullo eres, Marcos. Con lo buen guitarra que eres, como tío...
–¿Yo?
–Vete a tu cuarto, anda.
–Espera.

No pude evitarlo. Fue más rápido. Me atrapó con su mano y acercó su rostro al mío con intención de besarme. Reaccioné justo antes de que lo hiciera, empujándole.

–¡Marcos, ya vale!

–Te lo pasarías bien.

–¿Quieres que grite?

–No.

–Como despiertes a Lucas te mata.

–Lucas y tú –se rió–. El dúo dinámico.

–No entiendes nada –le dije sin ocultar un regusto amargo y un deje de desprecio.

–Coño, Berta, eres...

–¿Qué soy?

–Bah, olvídalo –bajó la cabeza rindiéndose.

–No, dime qué soy.

–Una reprimida.

–¿Por no hacérmelo contigo a las cuatro de la madrugada borracho después de un concierto?

Marcos chasqueó la lengua.

–¿Llamarás a mi puerta después de cada actuación que tengamos, siempre y cuando no ligan con una del público?

–Si nos gusta...

–Mañana lo que me gustaría es poder mirarte a la cara sin sentir vergüenza..., ni lástima, así que adiós.

Cerré la puerta.

Lo conseguí, libre, sin esfuerzo, y lo dejé al otro lado, todavía apoyado en el quicio, confundido, con su ego atropellado y su mentalidad de tío cerrado, incapaz de entender nada de lo que acababa de suceder.

Me «hacía el favor» y yo pasaba.

Miré mi cama.

Podía haber sido una especie de altar, o pira de sacrificios, difícil de saber. De momento lo primero que sentí fue alivio, pero me quedaba fastidiada y tenía ganas de llorar. Cuando se te derrumba algo te quedas tocada, aunque al mismo tiempo te sientas mejor y más fuerte.

Adiós a Marcos, para siempre.

Fin de mi cuelgue.

–Bien, ¿no? –me dije tumbándome de nuevo en la cama.

A veces conseguir lo que se desea no es más que la culminación de una gilipollez, y para entonces ya es tarde.

Yo acababa de librarme de mis últimos lazos adolescentes, había crecido de golpe.

Debí de dormirme en cinco minutos, porque no recuerdo nada más.

Día 4, sábado

Desperté muy tarde y bajé a tomar algo pasadas las doce del mediodía. No había nadie del grupo en el saloncito de la pensión ni en la terraza exterior. No le pregunté a la chica si alguno de mis compañeros había madrugado más que yo. Tomé un vaso de leche con chocolate y una ensaimada para aliviar la sensación de hambre. Después crucé la calzada, bajé por un caminito y llegué a la playa.

Nadie.

Un milagro. Una playa en la Costa Brava, y para mí sola.

Claro que no era pleno verano.

Me senté en la arena, frente al mar, y contemplé el movimiento de las olas hasta casi quedarme hipnotizada con su murmullo constante. Vivía en Barcelona pero nunca bajaba hasta las playas o el puerto. Como tantos otros, le daba la espalda al Mediterráneo. Y sin embargo, me sentía mediterránea. Sabía que el mar estaba cerca aunque no lo visitara. Es como el amor: tenerlo basta, aunque no lo uses o vivas a diario.

En un campanario sonó la una del mediodía.

Lucas apareció diez minutos más tarde.

—Hola.

—Hola —correspondí a su saludo.

—¿Molesto?

—No, siéntate.

Lo hizo a mi lado, sin rozarme. No siempre hace falta un contacto directo para tocar o sentir a una persona. Quedó en la misma posición que yo, con las piernas encogidas, las manos rodeándolas, la barbilla cerca de las rodillas. Las olas mantenían su eterna cantinela, su movimiento de ida y vuelta. Las aguas eran azules y transparentes.

El mundo, casi siempre, es un lugar agradable.

—Me encanta este silencio —lo rompí de forma deliberada.

—Mi padre solía decir que escuchar el silencio es un privilegio al alcance de muy pocos —soltó un pequeño bufido de sarcasmo—. Claro que eso me lo decía cuando ponía música a toda leche en mi cuarto.

—Debo de estar haciéndome vieja.

Un corredor, uno que hacía *footing* o lo que fuera, pasó por delante a buen ritmo. Llevaba un iPod en la mano izquierda, los auriculares en las orejas y una especie de reloj o contador en la derecha.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo Lucas.

—Sí.

—Con tu padre en casa, imposibilitado, y tú sin un trabajo... ¿Cómo estás saliendo adelante? ¿Teníais ahorros?

No contesté de inmediato.

¿Valía la pena mantener mi secreto, como si fuera algo...?

—No quería ser indiscreto —se excusó mi compañero.

—¿Puedo confiar en ti?

—Por supuesto.

—No es nada del otro mundo pero...

—Tranquila.

—Llevo la agencia de mi padre.

Lucas abrió los ojos.

—¿Haces... de detective?

—Sí.

—¿Puedes?

—No, pero lo hago. No es complicado. Ha sido la única forma de seguir adelante.

—Eres increíble.

—No, no lo soy —puse mi frente sobre las rodillas—. No te dejes impresionar.

—¿Llevas algún caso ahora?

—Le robaron un loro a una anciana de ochenta y dos años.

Sonrió.

Yo también lo habría hecho.

—Lo malo es que ha aparecido un cadáver, que tal vez esté involucrado un mafioso que se dedica al tráfico ilegal de animales exóticos, y que por estar aquí el fin de semana no

he podido cerrar la historia..., aunque tampoco sé si lo habría conseguido quedándome en Barcelona.

–Suenas emocionante.

–Ya te digo.

–¿Tu padre...?

–Me ayuda. Ya sabes que se comunica conmigo mediante los movimientos de un dedo –respiré a pleno pulmón el aire salado del mar aprovechando la aparición de una suave brisa a nuestro alrededor–. Me siento como si al mantener la agencia mantuviera también en pie el espíritu de mi padre.

–Estás muy unida a él.

–Mucho –asentí.

–Pero lo suyo no es vida.

–Es un luchador, y el tío más optimista del mundo. No se vino abajo ni con lo de mi madre. Si estoy a su lado, sé que vivirá, de otra forma, pero lo hará.

–No puedes encadenarte a él de por vida.

Ni me lo había planteado.

Tampoco me había planteado decirle aquello, y sin embargo lo hice.

–Mi madre tiene cáncer de pecho.

–Coño.

–Y anoche descubrí que Marcos es tontolculo.

–Vaya por Dios –se quedó impresionado.

–No está mal para un fin de semana, ¿eh?

–Lo de Marcos...

–Es un gran guitarra –le miré a los ojos–. Pero tontolculo.

Nos echamos a reír. Eso nos liberó de tensiones. Entonces me tumbé sobre la arena, boca arriba, en paralelo a la orilla, y puse mi cabeza sobre sus piernas al tiempo que le obligaba a extenderlas. No hubo nada erótico, ni sentimental. Dos amigos compartiendo un espacio, por más que yo conociera sus sentimientos hacia mí.

Lucas no era Marcos.

–¿Cómo lo descubriste? –quiso saber.

–Da igual –musité–. Basta un momento de lucidez para que caigan las vendas de los ojos y el corazón salga de su cárcel.

–Supongo que sí –concedió.

–¿Tú crees que es posible mantener unido a un grupo con cinco personas tan distintas?

–Sí –fue sincero–. La historia de la música está llena de bandas con tíos que se odiaban pero que luego tocaban o componían como los dioses. Lo de anoche salió genial. Una cosa es la música y otra lo que piense o sea cada cual.

–Debo de ser una romántica –admití–. Pensaba que se necesitaba algo más que la música para compartir una unidad, ser un todo armónico.

–Lo dicho: la de grupos que se odian y sin embargo están juntos, porque su música vale la pena.

–Eso son los grandes, pero nosotros...

–Cuando seamos famosos cada uno irá en una limusina.

–¿Y no nos reiremos? –me asusté.

–No creo.

–Suena triste.

Lucas hizo la pregunta que esperaba.

–¿Has oído las bases que te di?

–No he podido. Quiero hacerlo con calma, no a toda prisa, y en silencio, saboreándolas, viendo lo que siento con ellas.

–Bien.

–¿Sigues con la idea del dúo?

–Sí.

–¿Después del éxito de anoche?

–¿Por qué no? Puede ser tanto una salida si las cosas van mal o no conseguimos grabar un disco como una segunda opción al margen del grupo. Muchos músicos tocan en dos o tres bandas a la vez, tú lo sabes.

–Sandra y Marcos no nos dejarían.

Lucas no continuó la conversación. Me miró desde su altura y puso una mano en mi cabeza. Sentí su caricia, la forma en que me tocaba el pelo. Cerré los ojos y lo agradecí.

El amigo, el contacto humano, la paz.

No volvimos a hablar y los minutos nos devoraron con su monótono transcurrir. Casi me adormilé.

–Tengo hambre –me despertó la voz de Lucas mucho después–. ¿Te vienes a comer?

Posiblemente llevase la idea metida en la cabeza desde que hablé con Néstor en la Asociación, pero no fue hasta primera hora de la tarde, antes de volver a la discoteca para ensayar de nuevo, cuando tomé la decisión.

Miré el papel en el que había anotado todo lo referente a Baptiste Clochard.

Una casa en Antibes, una masía en Girona, un apartamento en Mónaco, otro en Barcelona...

Podía estar en cualquier parte, pero si traficaba con animales lo más lógico era imaginarlo más tiempo en su villa de Antibes o en...

Su masía.

Girona.

Yo estaba en Cadaqués, en la comarca del Alt Empordà, a un tiro de piedra de cualquier rincón de la provincia.

Salí de la pensión y busqué un taxi. Un largo paseo que me sirvió para aclarar las ideas y hacer ejercicio. En la parada oficial, por ser sábado o a pesar de ser sábado, localicé a uno. Me incliné sobre su ventanilla e interrumpí su lectura.

Proust.

Me dejó bastante boquiabierto.

—¿Podría indicarme si esta zona queda cerca de aquí? —le pasé el papel con las señas.

Su respuesta fue rápida.

—Sant Miquel de Campmajor, sí —movió la cabeza de arriba abajo—. Queda en el Pla de l'Estany, cerca de la Garrotxa. A una hora de aquí dependiendo del tráfico, porque hay que ir por carreteras comarcales en la parte final.

—¿Y el nombre de esa masía, le suena?

—El Pedreguer —leyó—. No, tanto no. Pero con preguntar...

—Gracias.

–Puedo llevarla por cuarenta euros.

–Treinta.

–¿Cuándo?

–Mañana por la mañana.

–¿Domingo? –arrugó la cara–. Mal día. Tengo hijos pequeños. ¿A qué hora sería?

–¿A las diez de la mañana? –hice cálculos mentales para ver lo que podría dormir–.

Sólo tendrá que llevarme. Me deja y se vuelve.

Se mordió el labio inferior.

–A las doce está de regreso –insistí.

–Treinta y cinco si tardamos más de una hora.

Me resigné. Pagaba Claudia Parets.

–¿Quedamos aquí?

–Bien.

–Por si acaso me durmiera, estoy en la pensión Rosa.

–Entonces iré a buscarla allí, ningún problema –manifestó con su muy marcado acento.

Mientras iba de regreso a la pensión empecé a comerme la cabeza, tan insegura como siempre y víctima de aquellos desasosiegos que me invadían de tanto en tanto. «¿Qué estaba haciendo?», «¿por qué?», «menuda locura», y cosas así.

Me aferré a lo eterno: el instinto.

Si él me decía que fuera, iría.

A media tarde aparecieron todos, Sandra y su chico, Lucas, Iván, Marcos.

Ni me miró.

Parecía acelerado.

Subimos a la furgona y nos dirigimos a la discoteca. Terenci Muniesa era otro. Feliz. Mantenía los nervios, pero menos acusados. La noche anterior había sido perfecta. Un gran estreno. Volvió a felicitarnos y nos preguntó si queríamos tocar en verano. Una semana entera, o dos. Ya hablaríamos del contrato.

Era como tener una autopista, de pronto, bajo nuestros pies.

–Sois buenos –nos endulzó los oídos–. Aunque no podría pagaros mucho, que conste. Estoy empezando y me he dejado los riñones en esto. Quizá un fijo más un tanto por ciento por consumiciones...

–¿Y si me hago vuestro mánager? –se rió Gonzalo.

El fin de semana debía de estar resultando bueno porque Sandra parecía una niña radiante.

Yo volví a mirar a Marcos.

Era capaz de pedir un cambio de bajista.

Claro que si lo hacía perdería a Lucas, tal vez incluso a Iván.

Ensayamos dos horas. Dos buenas horas. Preparamos otros tres temas clásicos, con mucha marcha, marcha, marcha. Terenci Muniesa iba de un lado a otro puliendo defectos y detalles de la apertura la noche anterior, pero nos lo recordaba cada vez que pasaba cerca o nos pillaba entre tema y tema. Cuando nos retiramos a cenar volvimos al mismo restaurante, aunque esta vez no pagó el novio de Sandra. Lo hicimos entre los seis.

Daba la impresión de que todo estaba bien.

Normal.

Pero me di cuenta de que ya no era lo mismo.

Marcos era un animal herido.

O se curaba o...

Las tres actuaciones fueron buenas aunque no brillantes. Buenas porque dimos lo máximo, sonamos bien, profesionales. Sin embargo les faltó el resplandor y la luz de veinticuatro horas antes. Algo que sólo notamos nosotros. Marcos alargó demasiado algunos de sus solos, inesperadamente empeñado en destacar y tonteando con las niñas de delante, haciendo desmelenadas posturitas rockeras. Sandra se entregó para nivelar el protagonismo del guitarra y forzó demasiado la voz. Lucas aglutinó el conjunto multiplicándose con sus teclados. El mejor solo fue uno de Iván, pletórico.

Después de la tercera y última actuación, recogimos el instrumental tras el cierre de la discoteca.

Entonces les dije que no regresaba con ellos.

—¿Por qué? —se extrañó Sandra.

—Tengo algo que hacer aquí cerca, y aprovecharé que es domingo.

Marcos no dijo nada.

Le pedí a Lucas que se llevase todo lo que no necesitaba. Me quedé con lo indispensable en la mochila. Guardé mi bajo y mi ampli, y le encargué como favor final que pusiera mi moto en algún rincón del local de ensayo cuando descargasen, pero que

no la sacase fuera ni la dejase en la calle. Luego ya no hubo más. Hora de volver a Barcelona.

—¿Quieres que me quede? —se preocupó en el último momento.

—No, gracias.

—¿Es por trabajo?

—Sí.

Les despedí y me quedé en la pensión Rosa dispuesta a dormir unas horas antes de que el taxista viniera a recogerme a las diez de la mañana.

Día 5, domingo

Mi taxista se llamaba Eudald. Intenté que no me diera la vara pero fue imposible mantenerlo callado durante la hora y cuarto del trayecto hasta mi destino. Me habló de su mujer, de sus hijos, de su suegra, de su hermano, de lo mucho que había cambiado la vida en Cadaqués en los últimos treinta años, del futuro y hasta de Dalí. Era un hombre ameno. No pisó el acelerador, pero tampoco fue despacio para ganarse los cinco euros extra. Al final tuvimos suerte. No hizo falta que llegásemos al pueblo. A pocos kilómetros, viniendo de Banyoles, vimos el desvío en el que se indicaba la masía.

El Pedreguer.

La masía y algo más.

Un letrero que anunciaba una «reserva animal protegida».

—¿Hay un zoo aquí? —comentó Eudald.

La finca era grande y estaba protegida por dos vallas, una interior, alta, electrificada, y otra exterior, más baja, en la que se anunciaba el significativo detalle de trecho en trecho para que todo el mundo estuviera avisado. Me sentí abrumada y me pareció una exageración, pero allí estaba, en mitad de la nada, bueno, en mitad de Girona. Un enorme pedazo de tierra convertido en una «reserva» legal. Eso con un hombre que había estado preso por tráfico ilegal de animales exóticos y en vías de extinción.

¿Tan ciega era la ley?

¿Tan bueno Baptiste Clochard para cubrirse las espaldas?

La casa era algo más que una masía remozada y convertida en un lujo rodeado de bosques. Se veía a lo lejos, recortada entre los árboles, grande, con sus paredes de piedra, sus dos plantas, las ventanas rojas, un torreón y varios edificios colindantes, tres o cuatro, quizá más, dos con forma de hangar, un pajar, una cuadra, una casita adicional...

—No me deje en la puerta principal —advertí a mi taxista.

—¿Ah, no?

—No, prefiero caminar.

—¿Está segura?

Le di los treinta y cinco euros y me cargué la mochila. Estreché su mano a través de la ventanilla. No le gustaba la idea de dejarme allí sola.

Debía de tener dotes de psicólogo.

Leer en los rostros de sus clientes.

—Le dejo mi tarjeta. Aquí está mi número.

—Gracias —la guardé en el bolsillo del pantalón.

El taxi se alejó de vuelta a Cadaqués y yo me enfrenté a la mansión de Baptiste Clochard.

Quería echar un vistazo.

Quería...

¿Qué, llamaba y preguntaba por él para charlar un rato?

Pocas veces me he sentido más sola en la vida que en ese momento.

El día era hermoso, lucía un sol espectacular, la temperatura absolutamente agradable, el campo olía bien, los árboles resplandecían, la naturaleza abrumaba con su insaciable esplendor. Como la mañana anterior frente al mar. El silencio...

Me acerqué a la puerta de la doble verja. No había nadie. Debían de abrirla por control remoto desde el coche o desde la casa. Un letrero advertía de que aquello era una propiedad privada y estaba prohibido el paso. También notificaba que allí había animales sueltos.

Creo que las cosas son como son y hay que aprovecharlas.

Lo supe cuando vi que se acercaba un camión.

Bueno, no era un camión normal. El contenedor que transportaba debía de medir veinte metros de largo. Una pasada. Encima de color rojo. Destacaba a cien kilómetros a la redonda.

Me parapeté tras los árboles, a mi izquierda, y esperé.

El camión empezó a frenar mucho antes de detenerse frente a la doble valla. Los siguientes diez segundos fueron de espera. Cuando el doble batiente empezó a abrirse yo salí de la espesura y me colgué de la parte de atrás. Había una escalerita que conducía al techo y la utilicé. Luego me agarré como pude, aun sabiendo que tampoco iba a acelerar demasiado.

La distancia hasta la casa tal vez no llegase al kilómetro.

Me latía el corazón.

Me estaba colando en una propiedad privada.

Su dueño, muy posiblemente, o casi seguro, era un mafioso que se dedicaba al tráfico ilegal de animales.

Y todo por un loro.

El camión no se detuvo hasta llegar a uno de los hangares. De cerca era mucho más grande que de lejos. Debieron de salir dos o tres hombres a recibirlo. Oí sus voces.

—¡Paul! ¿Todo bien?

—Perfecto —el acento era francés.

—¿La frontera?

—Como un *gruyère*.

Se rieron por el chiste.

—¿Descargamos y cargamos o...?

—Por partes —dijo el que llevaba la voz cantante—. Vamos a descargar primero. La carga la haremos luego. Ahí dentro debe de ser un horno.

—Están habituados, ¿no?

Durante la siguiente media hora, o un poco más, no me moví.

Me quedé aplastada sobre el techo del camión mientras los hombres bajaban la carga, afortunadamente a salvo porque unos árboles me protegían de las ventanas de la casa. Por la parte de atrás el bosque era mucho más frondoso y exuberante.

Oí algunos gemidos.

Extraños.

Primero uno o dos ladridos, aunque no parecían proceder de un perro. Después un batir de alas. Más tarde un ronquido espeso y profundo. Lo último, una larga serie de gruñidos mientras los hombres trataban de dominar o contener algo. Una vez descargado el camión, rociaron el interior con una manguera. Algunas gotas alcanzaron la parte superior y me mojaron.

El camión quedó solo.

—Papá, abuela, no sabéis lo que me alegro de que no se hayan inventado relojes con cámaras y cosas por el estilo.

Me deslicé por la escalera y llegué al suelo. Las puertas traseras del enorme transporte estaban abiertas. Olía a tigre. Es decir, olía que apestaba, a mezcla de animales y detritus.

Lo más sorprendente era que el contenedor tenía un doble fondo en el suelo y otro en la parte opuesta, en el lado de la cabina del conductor. El del suelo apenas alcanzaba los treinta centímetros de profundidad. El vertical, en cambio, tendría un metro o dos. Difícil de precisar dada la distancia y la penumbra del interior.

No supe si dirigirme a la casa o...

Vi la puerta del hangar más cercano a unos escasos cinco metros y probé suerte.

Acerté.

No estaba cerrada con llave, ¿para qué?

La abrí y me encontré con ellos.

Decenas, tal vez cientos de animales separados en jaulas según sus especies y tamaños, individuales o colectivas. Había aves, reptiles, mamíferos... Había loros, cacaúas, águilas, faisanes, pavos reales, halcones, cóndores. Había tortugas, serpientes, caimanes. Dos osos muy pequeños, casi enanos, un tigre, tres cachorros de león, chimpancés...

Caminé por aquel apretado zoo sin apenas respirar.

Algunos animales me miraron sin abrir la boca. Otros me enseñaron los dientes. Muchos dormían, agotados o vencidos, sin fuerza para pelear. Un águila extendió sus alas. Un chimpancé sacó su mano por entre los barrotes de su jaula y me la mostró desnuda, con la palma hacia arriba, pidiéndome algo, en silencio, con sus ojos casi humanos, tristes. Una serpiente enorme se descolgó de una rama artificial y se arrastró hacia la pared de cristal que la separaba de mí. Un caimán parecía una estatua. Un oso gemía. El tigre rugió.

Llegué a la jaula de los loros.

Lo probé, por si acaso.

—¿Mauricio?

Nada.

Todos aquellos ojos, grandes o pequeños, tan intensos...

Odié a Baptiste Clochard.

Y comprendí que perdía el tiempo, y que me estaba jugando la vida, y que o salía de allí o...

Salir.

En el camión, claro, una vez que lo cargaran con otros animales para transportarlos a cualquier parte.

¿Quién podía pagar por aquel tigre, los osos, los leones, un caimán o la misma serpiente que me había amenazado? ¿Quién? ¿Y por qué?

¿Por la diferencia, la belleza de la presa, el exotismo?

¿No hacían lo mismo los que robaban un Picasso o un Van Gogh para su exclusiva contemplación?

Egoístas.

Retrocedí y volví a pasar por delante de la jaula del chimpancé. Extendió un poco más su mano. Cuando nuestros ojos se cruzaron, abrió la boca, relajó sus labios en una mueca grotesca, como si riera, y me enseñó sus dientes amarillos. No podía decir si era un animal joven o viejo, pero creo que más lo primero que lo segundo.

Le di la espalda y entonces se puso a chillar.

Gritos fuertes, histéricos.

Volví la cabeza.

—Vamos, cállate —le supliqué.

Ni caso. Al contrario: enloqueció.

Comenzó a dar saltos en su angosta jaula, a sacudir los barrotes, a darse golpes contra ellos, y todo sin dejar de chillar, cada vez más, cada vez con mayor intensidad. Chillidos que ponían los pelos de punta.

—No, no... —intenté calmarlo regresando frente a él.

Ya no pude apaciguarlo.

Más que gritos, aquello era una sirena de alarma.

Oí voces.

—¡Marmaduke, ya está bien!

—¿Quieres que vayamos con la manguera?

Empecé a sudar.

Marmaduke se había vuelto loco y yo estaba atrapada allí dentro. Lo único que pude hacer fue esconderme entre las jaulas, pero con mucho cuidado. Si me acercaba a una con barrotes mi integridad corría peligro. Lo malo de que el chimpancé hubiera llegado a aquel estado fue que contagió poco a poco a los demás animales.

Pronto el lugar se llenó de rugidos, batir de alas, gruñidos, voces de pájaros, ronquidos...

—¡Marmaduke!

Los pasos se acercaron. Eran dos.

Oí un golpe contra la jaula del chimpancé, con una porra o algo metálico. Eso no lo calmó. Temí que mirara hacia donde yo estaba, y temblé al comprender que eso era exactamente lo que hacía.

—¿Qué te pasa, mono de mierda? ¿Has visto una rata?

—¿Por dónde, por ahí?

Me puse a gatear apartándome de la zona. No sabía dónde estaba, no podía levantar la cabeza para no hacerme visible. La mochila, a la espalda, me molestaba aunque no llevara casi nada en ella. Llegué hasta la pared del hangar y pegué el cuerpo a ella. Creí que estaba parcialmente a salvo. La jaula más próxima era de madera.

No vi el agujero.

Cuando me di cuenta de que por él había salido algo, tal vez un brazo, quizá una pata o quién sabe si un largo hocico, ya me estaba tirando del pelo.

Qué diablos...

Pegué un grito de espanto, me puse en pie y eché a correr.

—¡Allí! —oí una de las voces.

—Pero ¿qué coño...? —masculló la otra.

Hice lo que pude. No conocía el terreno, todos los animales habían seguido la histeria de Marmaduke. Aquello era un caos y la única salida parecía la puerta. La busqué, traté de orientarme, y no lo conseguí.

Uno de los hombres, el de la porra, surgió a mi derecha.

Corrí hacia la izquierda y caí en brazos del otro.

—¡Mira qué tenemos aquí! —cantó feliz sujetándome con sus zarpas de acero.

Baptiste Clochard era un hombre alto y cuadrado, con aspecto de explorador curtido, aunque apostaba lo que fuera a que nunca había pisado una selva o una jungla. No sé por qué lo había imaginado pequeño, menguado, calvo, rechoncho, ojos porcinos. Bueno, está claro que los deseos no se corresponden casi nunca con la realidad. El traficante habría encajado bien en los círculos sociales de la *jet set* marbellí. Piel bronceada, imagino que cierto atractivo para una mujer felizmente dedicada a tomar el sol, ir de fiesta y no hacer nada más, ojos grises, mandíbula a lo Kirk Douglas, cabello largo, labios grandes.

Quizá fuera uno de ellos.

El dinero es el dinero.

Me miró de forma fría durante unos segundos, tal vez un minuto. Movi6 el ment6n hacia la derecha, hacia la izquierda, y luego pleg6 los labios en una mueca que revel6 sus dudas. Yo ten6a a mis dos captores pendientes de m6, uno a cada lado. Mi forzado anfitri6n estaba sentado en una butaca, como un rey juzgando a su s6bdita traidora.

Expres6 las dudas con su primera pregunta, hablando espa6ol con acento franc6s.

—¿Eres una ladrona?

—No.

—¿Conservacionista, de Greenpeace...?

—No.

—¿S6lo curioseabas?

—S6.

—¿Por qu6?

Primera pregunta dif6cil. Primera respuesta delicada.

—Se me ha perdido un animal y cre6a que pod6a estar aqu6.

—¿Qu6 clase de animal, un perro, un gato?

–Un loro. Bueno, un guacamayo de Spix.

Baptiste Clochard desplazó su ceja izquierda hacia arriba. Sólo la izquierda. Un gesto único.

–¿La habéis registrado?

–No.

–¿Y a qué esperáis?

Uno me quitó la mochila de la espalda. El otro me puso las manos encima.

–¡No me toques! ¡Ya te lo daré yo! –me puse en guardia.

El de la mochila arrojó mi muda sobre una mesa. Al otro le di el móvil y mi pequeña carterita, más extraplana que una hamburguesa sencilla. Se la pasó directamente al traficante de animales.

Leyó mi carné de identidad.

–Berta Mir Roca...

Luego encontró las tarjetas.

No sé por qué no se las dejé a Lucas con todo lo demás.

Intenté parecer entera.

–¿Agencia de detectives...? –Baptiste Clochard hundió en mí el acero de sus ojos grises y fríos–. ¿Qué es esto?

¿Qué podía decirle?

–Vamos, niña, no tengo todo el día –me apremió.

–Será mejor que me deje marchar –me esforcé por parecer serena y, sobre todo, dura.

Pero mi voz no estaba por la labor.

–Has entrado ilegalmente en mi casa.

–Llame a la policía, al inspector Sanllehí.

–¿De qué coño estás hablando? –volvió a levantar la ceja izquierda y entonces apareció una luz en su cerebro–. Eres una de las chicas de Miralles, ¿verdad?

–No.

–Creo que sí. Al muy cerdo le gustaban jóvenes. ¿Te habló él de mí?

–¡No!

Recuperó la seriedad. O más bien empezó a ponerse de muy, muy mala leche.

–Dime qué buscas.

–Ya se lo he dicho. Busco un loro. Miralles se lo vendió a una señora y luego se lo robó para hacer doble negocio.

No le gustó lo que acababa de oír.

Pero yo no iba a salir del lío haciéndome la inocente o fingiendo no saber nada. Papá solía decir que en momentos de apuro lo único que importa es ser directo, intentar desconcertar al enemigo, nada de negar, sino aceptar y atacar, como si se guardara un as en la manga.

Yo no tenía ninguno.

—Que Miralles hiciera eso no debió de gustarle. ¿Me equivoco? Quizá por ética, o quizá porque él se estaba metiendo en su terreno...

Me di cuenta de que acababa de dar en el blanco por un destello en los ojos del dueño de la casa. Y fue en ese momento cuando empecé a sentirme perdida.

Ángel Miralles estaba muerto.

Aquello iba en serio.

La pausa fue larga, demasiado. Yo preferí cerrar la boca y esperar a que Baptiste Clochard moviera ficha. Era su turno.

—¿Qué hacemos, señor? —preguntó el gorila que me había intentado poner las manos encima.

Cinco segundos.

—No es más que una metomentodo —repuso él.

—Oiga, usted no tiene a Mauricio, bueno, al guacamayo de esa señora, así que me voy y en paz.

Al menos lo intenté.

Hice el gesto de ir a por mis cosas, tiradas sobre una mesa.

La zarpa de acero del que me había quitado la mochila lo impidió.

Otra espera más, destrozándome los nervios.

Y la maldita ceja para arriba.

—¿Qué voy a hacer contigo, niña?

Tragué saliva.

—No sea estúpido. ¿Qué va a hacer? Pues dejarme ir.

—Has venido sola.

—Con un taxista, así que no se pase de listo.

Soltó una risa sin humor.

—Eres una listilla —convino hablando despacio—. Una listilla que ha metido la mano en un cesto y cree haberla sacado llena de monedas de oro —unió las yemas de sus dedos y

me atravesó con sus ojos—. Y tienes razón, ¿sabes? Miralles se estaba independizando, metiéndose en terrenos en los que no se sabía desenvolver, arriesgándose por cuatro euros, avaricioso, intentando montárselo por su cuenta, cuando éste es un mercado muy pequeño. Un mercado con sus reglas y con un rey. Sí, tienes razón, chica. Eso quiere decir que, niña o no, eres peligrosa.

—Yo no soy peligrosa.

—¿Quién es ese policía del que has hablado?

—Un amigo mío.

—Si estás en una agencia de detectives, trabajas sola.

Tenía muchas ganas de orinar y no quería hacérmelo encima.

Se me empezó a notar el miedo.

—Déjeme ir. Sabe que no tengo nada contra usted.

—Has visto cosas.

—He visto unos animales. ¿Y qué? Tendrá permisos en regla y todo eso, me apuesto lo que quiera.

—Tal vez —hizo una mueca de desagrado—, pero está lo de Miralles y eso...

Un asesinato. Eso lo complicaba todo.

—Bastaba con una paliza —reflexionó en voz alta Baptiste Clochard—. Así de simple, así de fácil. Pero el muy idiota tuvo miedo, sacó una pistola y Sebastián fue más rápido. Metió la pata, pero... ¿Verdad, Sebastián?

Sebastián era el que había intentado registrarme.

—Ya sabe que lo siento, señor —dijo.

El traficante levantó una mano.

—¿Por qué me cuenta esto? —sentí un frío glacial subiéndome por la espalda.

—Pues porque estás en mi casa y te has metido tú solita en el lío, pequeña. Y créeme que lo siento. Lo siento de veras.

—Saben que estoy aquí.

—Según tú, un taxista —se encogió de hombros—. Ni que fuera a matarte.

—¿No va a matarme?

—No. Pero vas a hacer un viaje en un doble fondo, dormidita. Algún jeque árabe rico pagará para que seas su quinta o sexta esposa.

—¡No puede...!

Sebastián me agarró por un brazo.

–Llévala –dijo Baptiste Clochard.

Intenté resistirme. El compañero de Sebastián me puso una mano en la boca.

Sentí su aliento en mi oreja mientras me decía:

–Puedes hacerlo fácil o difícil, caminar u obligarnos a llevarte a rastras, de pie o inconsciente. Tú eliges.

Salimos de la casa. Aquello era enorme, pero no vi a nadie más, al menos cerca. ¿Dónde estaba el personal que cuidaba de los animales? ¿Y el conductor del camión? ¿El traficante ni siquiera tenía servicio, sólo aquellos dos bestias?

Bueno, supongo que quería entretener mi mente en algo, porque lo que sí estaba muy claro era que esta vez me había metido hasta las cejas en un lío de mil demonios, por jugar a los detectives.

Ni papá habría sido tan ingenuo.

—¿O sí, papá? A fin de cuentas nunca contabas en qué andabas metido.

Sebastián y su colega me llevaron hasta el mismo hangar donde me habían pillado. Cuando comprendí que iban a meterme en una jaula, como a Marmaduke, reapareció todo en mi cuerpo, el frío, las ganas de orinar, el miedo convertido paso a paso en pánico...

Una jaula.

Se me doblaron las rodillas.

—¿Vas a desmayarte ahora?

—Si yo fuera ese jeque árabe rico que ha dicho el jefe, la compraba. Está maciza, ¿verdad?

—No seas bruto, Marcelo.

—¿Bruto? Encima.

Llegamos a la puerta del hangar. Todas mis glándulas sudoríparas se pusieron a funcionar al mismo tiempo y a marchas forzadas. La idea se resistía a penetrar en mi cabeza. Una jaula. Una jaula. Una jaula. Luego me dormirían y saldría en el mismo envío, más tarde, con los animales, rumbo a lo desconocido. Había oído hablar de chicas que desaparecían y luego acababan presas en burdeles de países muy lejanos. Chicas españolas. No sólo eran las de los países del este de Europa, las latinoamericanas o las

asiáticas. La cosa también funcionaba al revés, sobre todo con chicas que se escapaban de casa o querían vivir una aventura.

Cada año en España desaparecían cientos de personas sin dejar rastro.

Pensé en papá, en la abuela.

Incluso en mamá, con su tumor.

—¿Adónde me lleváis? —me derrumbé.

—De momento no estás muerta —me dijo Sebastián.

Se les había ido la mano con Miralles. Así de tonto. Un accidente. Y por culpa de ese error yo estaba metida en el lío. Además de pensar en papá, la abuela y mamá, pensé en el maldito Mauricio.

La madre que lo parió...

Estábamos ya en el hangar. Dejaron la puerta abierta. La calma había vuelto al lugar y Marmaduke ya no alborotaba. Me quedaban apenas unos segundos de libertad. No muchos.

Si tenía que hacer algo...

Si iba a intentar lo que fuera, a la desesperada...

Vi la jaula de cristal de la serpiente. La misma con su falso tronco, desde el cual se había dejado caer aquella bestia que al menos medía tres metros, si no más. Íbamos a pasar por su lado.

No soy valiente.

No soy una heroína.

Pero es que si no reaccionaba iba lista.

Conté hasta tres, tomé aire, tensé los músculos y en el instante preciso cargué contra Marcelo, que estaba a mi derecha. No lo esperaba, así que trastabilló y se fue directo contra la jaula de cristal. Sebastián intentó retenerme, pero perdió el contacto de mi brazo.

Mientras la jaula se venía al suelo con estrépito, con Marcelo encima de ella braceando en busca de algo donde agarrarse y la cara tintada de espanto, yo eché a correr.

A correr con toda mi alma.

La tormenta quedó momentáneamente a mi espalda.

—¡Sebastián!

—¡Oh, mierda, mierda!

—¡Sácamela de encima!

—¡Cuidado!

—¡Aaah...!

No volví la cabeza. Por mí, podían ser devorados los dos. Lo siguiente que oí, de todas formas, casi me hizo sonreír.

—¡No la mates! ¡Vale una pasta, por Dios! ¿Quieres que el señor Clochard nos despelleje vivos?

—¡Y qué quieres que haga! ¡Ay!

Corrí en dirección a la puerta del hangar. Mi única posibilidad. De pronto comprendí algo: que cuantos más animales sueltos tuvieran que recuperar, más opciones tendría yo de escapar.

Abrí el pasador de las jaulas más cercanas a mi carrera.

La de los dos oseznos, la de un caimán, la de...

—A ver qué haces, Marmaduke —le dije.

Sebastián y Marcelo seguían con su lucha.

—¿Dónde está el rifle de los dardos?

—¡No... puedo... más...!

Imaginé la escena, la serpiente enroscada en su cuerpo, con la boca abierta a un palmo de la cara de Marcelo, y a éste con las dos manos en su cuello tratando de impedir que se le acercara.

Quizá fuera muy peliculera pero...

Llegué a la puerta del hangar y salí por ella. Cuando iba a cerrarla vi al chimpancé a mi lado. Más que huir conmigo, parecía haberme adoptado. O era su forma de darme las gracias por haberlo soltado. Hizo aquel gesto característico con los labios, desplegándolos casi por toda la cara en lo que daba la impresión de ser una enorme y rosada sonrisa. Yo cerré la dichosa puerta y puse una aldaba sin estar segura de que ése fuera el único acceso al lugar.

Hora de correr.

No sabía cuál era mi ventaja ni de cuánto tiempo disponía. Lo que sí sabía era que las vallas quedaban lejos, a un kilómetro desde la entrada y probablemente más desde otros puntos de la inmensa finca. También sabía que la interior estaba electrificada, y que eso tanto podía ser para impedir el acceso desde el exterior como para evitar que los animales sueltos escaparan.

Animales sueltos.

Aquello era «una reserva».

Me lancé campo a través.

A las pocas zancadas vi a Marmaduke trotando a mi lado, feliz.

—¡Vamos, vete! —le dije.

Ni caso. El chimpancé estaba encantado con su libertad y entendía que yo era su salvadora, una especie de nueva mamá, porque de repente comprendí que sí, que era muy joven.

Fue un disparo lo que me hizo echar cuerpo a tierra.

Tal vez fuera el rifle de dardos para adormecer a las fieras. Tal vez no. Fuera como fuese, no quise averiguarlo.

Me quedé sepultada por unas hierbas altas y al amparo de unos matorrales protectores. El bosque más cercano quedaba a casi doscientos metros a mi izquierda. Yo sólo pensaba en la valla electrificada.

—¡Berta!

Reconocí la voz de Baptiste Clochard, con su acento francés, «¡Begta!».

—¿Tienes alguna idea? —le pregunté a Marmaduke.

Mi amigo soltó una serie de gemidos, o pequeños gritos. Sus ojos me miraban con adoración. No le convencía lo de estar parado, así que me tendió su mano. Cuando se la di tiró de mí.

Caminamos unos pocos metros más.

—¡Berta!

La voz del traficante sonaba ya muy cerca. Demasiado. Calculé mis posibilidades y comprendí que eran escasas. No tenía escapatoria. El Pedreguer era una inmensa trampa. Todo se reducía a saber cuándo y cómo caerían sobre mí.

La casa.

Si en lugar de ir al bosque o a la valla daba un rodeo y regresaba a la casa, con un poco de suerte podría recuperar al menos mi móvil.

—He de dejarte, chico —le dije a mi compañero.

No me hizo caso, siguió tirando de mí.

—No, la valla no —intenté hacérselo entender—. Si la tocas te fríe.

Me solté de la mano de Marmaduke y gateé en paralelo a la valla, pero no hubo forma de quitármelo de encima. Era pequeño, pero su color destacaba en medio de la primavera campña.

Y Baptiste Clochard no era ciego.

—¡No hagas estupideces, niña! ¡Vamos, sólo quería asustarte! ¡No iba a hacerte daño! ¡Sólo necesito sacar de aquí este cargamento! ¡Te dejaré ir esta noche, o mañana por la mañana! ¡Sin pruebas no hay nada! ¡Sal de una vez y no lo hagas más complicado! ¿Quieres que te coma un león?

Reconozco que lo del león me pudo.

Eso y que los sentía cada vez más cerca.

Me levanté de pronto y eché a correr.

Tan sólo cinco segundos.

—¡Allí!

El disparo fue seco. Una especie de chasquido. Marmaduke se derrumbó a los pocos metros. Vi el dardo emplumado en su espalda, y también sus ojos tristes.

—Lo siento —le dije.

Gimió y se apagó igual que una llamita.

Volví a correr, fijándome en dónde ponía los pies, observando a mi alrededor por si aparecía algún animal, y tratando de ofrecer el menor volumen posible para que los dardos adormecedores no me alcanzaran. El camino de retorno a la casa ya era imposible. No me dejarían llegar. Me vi obligada a acercarme a la valla con una última esperanza: la puerta principal, por si alguien me veía.

Veinte metros.

Diez.

Tropecé y me caí. Nada importante. Cuando me levanté, el siguiente dardo emplumado pasó rozándome el pelo. Me agaché y alcancé unos matorrales espesos que caían por encima de unas rocas. Había espacio suficiente como para ocultarme, aunque me arañase por completo. Lo hice y me sumergí en aquella maraña de ramas protegiéndome la cara.

Luego esperé.

Tardaron veinte o treinta segundos en aparecer.

El rifle lo llevaba Sebastián. Otros dos hombres sujetaban unas cuerdas. Ninguno de ellos era Marcelo, con suerte quizá todavía atareado con su amiga la serpiente.

Pero la pistola que sujetaba Baptiste Clochard en su mano derecha sí era de verdad.

No hacía falta ser una experta para saberlo.

Me apreté más contra el fondo de la roca.

Inútil.

—¡Vamos, sal de ahí!

El palo me golpeó de lado. Casi me robó el aliento. Luego hizo un barrido horizontal y obviamente mi cuerpo era mucho más blando que la piedra.

Sabían que estaba ahí.

—¡Sal!

Me resigné. Con rabia, desesperación, pero me resigné. El pánico impidió que llorara. Ahora sí me había orinado encima, aunque sin darme cuenta. Lo noté al gatear y salir de mi escondite por entre las ramas de los matorrales. Me incorporé con las manos en alto, sin saber si iban a golpearme o a dormirme allí mismo, aunque tuvieran que cargar con mi cuerpo hasta la casa.

Baptiste Clochard estaba muy enfadado.

—Maldita entrometida...

Me apuntó con su pistola, a la cara.

Joder...

Creo que fue ese gesto el que provocó todo lo demás.

Ellos creyeron que iba a dispararme.

Ellos.

—¡Quietos!

—¡Brazos en alto!

—¡Vamos, vamos, ningún movimiento!

Yo también me asusté. Esperaba una bala, no una lluvia de voces y órdenes. Es más, el traficante hizo un gesto demasiado llamativo. El disparo fue más bien una advertencia, pero por si tenía alguna mala idea le hizo desistir de ella.

Por detrás de la valla electrificada surgieron los agentes, de todas las clases, policía, *mossos*...

Pero también estaban dentro, corriendo hacia nosotros.

Apenas pude creerlo cuando vi a Alfredo Sanllehí a la cabeza.

Tenía mis cosas, mi documentación, mi móvil.

Me había cambiado.

El mundo volvía a moverse de acuerdo con unos cánones elementales.

Pero aún estaba temblando.

La escena me recordó la de la mañana del asesinato de Ángel Miralles, en su casa de Sant Just Desvern. La masía de Baptiste Clochard se había convertido en una especie de rambla por la que todo el mundo se movía arriba y abajo, unos cargando ordenadores o archivos y otros sin nada en las manos pero con aspecto de estar trabajando mucho. Al traficante y a sus hombres ya se los habían llevado hacía rato. En los hangares, expertos en todo tipo de animales contabilizaban el sorprendente hallazgo. Voces y gritos se entrelazaban sin cesar.

En apariencia, nadie me hacía caso.

Casi habría podido marcharme de rositas.

De momento, claro.

Cuando Alfredo Sanllehí se dignó prestarme atención, mis nervios, al menos, estaban atemperados. Otra cosa era mi talante. Me acababa de beber una Coca-Cola de litro, y de *light* nada. Cafeína pura y dura. Mi amigo inspector de policía se me plantó delante, con los brazos cruzados.

—¿Qué? —salté al ver que no decía nada.

Se sentó a mi lado en el sofá. Un poco antes aquél había sido el centro de operaciones del más importante traficante de animales exóticos del sudeste de Europa. Ahora cualquiera habría dicho que, simplemente, éramos invitados de un tipo rico. La sala era muy grande, acristalada, decorada con gusto y detalles caros. Cuadros, objetos, mesas de cristal, muebles y sillas de diseño, las butacas...

Una casa no siempre era un hogar.

–Debería asesinarte yo –fue lo primero que dijo.

–Hazlo –le provoqué.

–Has estado a punto de cargarte una operación...

–Los habéis pillado, ¿no?

–¿Sabes cómo llaman los ingleses a un grano en el cogote? –no esperó a que yo le respondiera–: *Peck in the neck*.

Me sentí agotada. Mucho.

–Vamos, Alfredo...

–¿Cómo se te ha ocurrido meterte aquí dentro?

Me encogí de hombros.

–No sé si eres una caja de sorpresas, si estás loca...

–A lo mejor resulta que soy buena y todo.

–Lo que faltaba.

–¿Qué hacías tú aquí?

–Cuando te pregunté por teléfono si te sonaba el nombre de Baptiste Clochard... –obvió mi pregunta.

–No tenía ni idea de quién era, te lo juro. Tú me pusiste sobre su pista.

–¿Yo? –alucinó.

–Me dijeron que era un traficante y pensé que tal vez tuviera mi loro. Por eso vine hasta aquí. Pero ¿tú qué?

Qué caramba, en el fondo le gustaba hablar de sus éxitos.

Era humano.

–Relacionamos a Ángel Miralles con él en cuanto tiramos de algunos hilos, y los que seguían sus pasos por lo del tráfico de animales se emocionaron mucho al saber que, de pronto, había también un asesinato de por medio. Así que colaboramos todos buscando la forma de trincarlo de una maldita vez. Sabían que Clochard preparaba un importante cargamento, con permisos, todo muy legal, pero como siempre camuflando a bichos prohibidos con los otros. Esta mañana ha pasado la frontera con los animales que debía de tener vendidos en España, y el camión, con otros, iba a volver a salir esta tarde en dirección al puerto de Barcelona, donde todo estaba preparado para que no tuviera problemas con el envío. Necesitábamos tiempo, y pruebas –hizo uno de sus gestos de evidencia supina–. Imagínate cuando nos avisaron de que una chica se había subido al

camión antes de cruzar la verja. Nos quedamos de una pieza. Y cuando me la describieron...

–Quisiste fundirte –le ayudé.

–Quise asesinarte.

–¿Has venido desde Barcelona?

–Sí.

–Vaya.

–Teníamos hombres apostados en todo el perímetro, camuflados en árboles, escondidos en las lomas... Nadie sabía qué hacer. He llegado un minuto antes de que dieran la alarma, cuando te han visto correr con ellos detrás. Entonces no hemos tenido más remedio que intervenir, hemos cortado la corriente de la reja eléctrica y...

–El Séptimo de Caballería.

–No te lo tomes a broma, por favor.

–Alfredo, que estoy aterrada.

–Menos mal.

–Gracias –puse una mano en su rodilla y se la presioné con cariño.

Un simple gesto.

–Sigues siendo una loca peligrosa. Podían haberte matado.

–Ya lo sé. Bueno, lo sé ahora. Antes ni me lo imaginaba.

–¡No puedes ir por ahí jugando a ser una heroína!

–Buscaba a mi loro.

–¡Un loro, por Dios! –se agitó–. ¿Crees que Clochard se habría detenido por el hecho de ser una adolescente?

Me dio rabia que me llamara así.

–Le habéis cogido, ¿no?

–Y con las manos en la masa. Todos esos animales...

–También mató a Miralles –dije–. Se estaba volviendo avaricioso y ambicioso, así que fueron a tirarle de las orejas. El desgraciado pensó lo peor, sacó una pistola y Sebastián, uno de los hombres de Clochard, le disparó primero. Una metedura de pata. Seguro que encontráis el arma.

Acababa de darle una información de primera mano, y en lugar de agradecermelo...

–Maldita sea, ¿qué voy a hacer contigo?

–Dejarme vivir mi vida como yo quiera.

–Querrás decir dejar que te metas en líos.

–Soy hija de mi padre. Me conoces poco pero deberías saberlo.

–Te conozco mucho, Berta.

–No tengo trabajo ni posibilidades de tenerlo, y menos de que me paguen un sueldo digno con el que poder ayudarle a seguir en casa con nosotras. Toco en un grupo inestable que quizá no tenga futuro. Dieciocho años no son una bicoca, pero es lo que hay. ¿Qué me queda? No tengo otra alternativa, así que no quiero mentirte. Si has de detenerme, hazlo. Si no...

–Encima maximalista.

–Dices que me conoces.

–Sí.

–¿Somos amigos?

Sostuvo mi mirada. Pensé que me soltaría un rollo policial que incluiría nuestros distantes conceptos de lo que era legal y lo que no, la diferencia de posición, de edad, de mentalidad y otras zarandajas.

Me alegré de que no lo hiciera.

–Supongo que sí –reconoció esbozando una sonrisa.

–¿Sólo lo supones?

–De acuerdo. Lo somos –se rindió.

Quizá fuera mi magnetismo, aunque no tenía ni idea de que lo tuviera. O tal vez que, en el fondo, le caía bien.

¿Qué más daba?

–Los amigos se comprenden y se respetan –dije.

–Yo soy policía y tú una...

–No me llames adolescente.

–Una chica que juega a ser detective.

–Seguir a maridos infieles o a esposas aceleradas no es demasiado peligroso.

–Este caso sí lo es. ¿Has dado con tu loro?

–No.

–¿Tienes alguna idea...?

–Me queda una última pista.

–Maldita sea... –bufó de nuevo.

–No es peligroso, en serio.

—¿Y lo de esa familia de la que me hablaste el viernes?

—Bueno..., ya ves, buscas a un loro y te encuentras con los fantasmas de su pasado.

—¿Qué sabes de esa gente?

—Al parecer sí hay suficientes indicios de que asesinaran a David Dalmau por la herencia de su padre, y hay buenos candidatos, como te dije. Dámaso Dalmau, su abogado, el desaparecido Antonio...

—Lo hemos encontrado.

Logró sorprenderme.

Del todo.

—¿Cómo que lo habéis...? —abrí los ojos—. Entonces..., ¿no está muerto?

—Se fue de España. O no lo buscaron bien o no les importó seguir su rastro. Anduvo por Latinoamérica, Brasil, Argentina, Perú, Colombia, Ecuador... Reapareció hace tres años, probablemente creyendo que ya nadie le buscaba ni se preocupaba de él, y se instaló en Andorra.

—¿En serio?

—Sí, ¿por qué?

—¿Así de fácil? ¿Un tipo se larga después de una muerte misteriosa y luego resulta que está aquí mismo, a menos de doscientos kilómetros de Barcelona?

—La muerte de David Dalmau tenía nombre y apellidos: esos chicos. Antonio Parets era mayor de edad. Que vendiera sus cosas indicaba claramente que quería largarse. Al menos es lo que nos consta.

—¿Y el porqué?

—Podemos preguntárselo.

—¿Tienes las señas? —me envaré.

—Sí.

—¿Vas a ir a verle? —me tensé todavía más.

—No hay motivos, pero... sí, lo haré. Por lo menos tienes instinto.

—O sea, que si resuelves un caso de hace veintidós años será gracias a mí.

—¿Quieres una medalla?

—No, quiero ir contigo.

—Ni hablar.

—¡Es mi caso!

Se dejó caer hacia atrás, como si mis palabras le hubieran empujado.

—¿Tu caso?

—¡Tú no sabrías qué preguntar! ¡Yo he hablado con todos ellos! —mentí con lo del «todos», aunque casi era cierto—. ¡Me lo debes!

—Es increíble.

—¡Sé lógico!

—Tienes un morro que te lo pisas —quiso emplear mi lenguaje sin darse cuenta de que no le iba.

—Tengo mis motivos, por favor —se lo supliqué.

—¿Te refieres a la dueña del loro, la señora de Genaro Dalmau, una tal Claudia Parets? Ahí me dio.

De lleno.

—¿Cómo lo sabes?

—Una anciana rica. Era la que faltaba para completar el cuadro. Pregunté por los Dalmau, los Parets, Plácido Miserachs, el desaparecido Antonio... A veces hago bien mi trabajo. Soy menos espectacular que tú pero... Deduje que tu cliente sólo podía ser ella. Tiene fama de ser extravagante. Y no sé quién me habló de un loro ruidoso y hablador.

Me rendí.

Pero no quise soltarle.

—Estamos a un par de horas de Andorra, es domingo. Podemos estar en Barcelona por la noche, o antes.

—No.

—¿Por qué?

—Tu loro no tiene nada que ver con Antonio Parets.

—Pero yo he desenterrado el caso, ya te lo he dicho.

—¿Tu padre era así de tozudo?

—Más.

—¿Y a ti qué te importa esa historia de hace más de veinte años?

—Tú no conoces a Claudia Parets.

—¿No te dijo tu padre que no te involucraras con los clientes, que mantuvieras las distancias?

—Supongo que sí.

—Pero es una abuelita encantadora.

—Sí.

—Aunque compre animales ilegales.

—Sí —suspiré.

El silencio fue largo. Seguía el movimiento arriba y abajo de la casa de Baptiste Clochard. Lo más importante, sin embargo, estaba fuera. Había que alimentar, cuidar y ver qué se hacía con todos aquellos animales. Néstor Pujalte se pondría a dar saltos de alegría cuando supiese que su enemigo público número uno estaba entre rejas. Y por segunda vez.

La reincidencia tal vez contase.

—Venga, Alfredo —musité con suavidad.

—Debo de estar loco —cerró los ojos y levantó la barbilla hacia arriba.

—¿Eso es un sí? —me quedé muy quieta.

—¿Sabes por qué lo hago? —me miró de nuevo con ojos de fuego—. Porque es mejor no perderte de vista. Serías capaz de ir a Andorra sola y ponerla patas arriba.

—Si no fueras inspector de policía y tan estirado te abrazaría.

—¿Yo soy estirado?

—Un poco.

—Se lo diré a mi novia.

Eso sí fue un flash.

—¿Tienes novia?

—Tal vez —me sonrió con un encantador aire de misterio que me acabó de desconcertar.

Nunca me habría imaginado la escena.

Ni loca.

Alfredo Sanllehí y yo, solos, en coche, sin distintivos policiales, él al volante y yo de copiloto, un domingo, camino de Andorra.

Tampoco había pasado nunca tanto tiempo a su lado.

Sentía respeto, miedo, desconcierto.

Además, acababa de salvarme el pellejo en la masía de aquel cerdo.

Jamás iba a olvidar la escena del hangar, todos aquellos animales fuera de su hábitat natural, condenados a vivir prisioneros en un mundo ajeno, o a morir a causa de la brutalidad de los traslados, los cambios de temperatura y comida o el entorno de su nueva vida.

–Estás muy callada.

Dejé de mirar el paisaje montañoso y reaccioné.

–Lo siento.

–Tranquila.

–Pensaba en esos animales.

–Es duro, ¿eh? Y lo peor es que la ley casi nunca está en consonancia con el delito. A veces se pilla a un traficante de ésos, o a un vendedor, y como mucho se les pone una multa. Es como detener a un mantero con discos y películas piratas. No se le va a meter en la cárcel. Una multa, a la calle y a seguir. Pero el concepto es el mismo. Es robar, sea la propiedad intelectual de un autor, un animal o un cuadro de Picasso. Es robar.

–Ya, pero los animales están vivos.

–Ése es el problema. El dolor que se les causa es aberrante, aunque sobrevivan. Lo mismo pasa con los bosques. Un tarado hace una barbacoa o arroja una maldita colilla por la ventanilla de su coche con absoluto desprecio, se queman cientos de hectáreas,

decenas de personas luchan contra el fuego, hay que evacuar urbanizaciones o pueblos, helicópteros y aviones, bomberos y voluntarios pasan horas y más horas de zozobra. ¿Y luego qué se le hace al tarado si se le pilla? Nada. La magnitud del daño y el tiempo de tantas personas no vale nada porque «sólo» se han quemado unos bosques –me miró de soslayo–. ¿Sabes que de niño era el único que no quería ir al zoo ni al circo para no ver a los animales enjaulados? Algo me decía que aquello no era bueno, que los del circo estaban sometidos, dominados, y se les obligaba a hacer lo que hacían, y que los zoos no eran lugares donde se salvaba a los animales, sino donde se los exhibía para la contemplación, lo cual implicaba la idea de que ellos estaban en la tierra para nuestra diversión. La mayoría de los niños crece, pues, con ese concepto metido en la cabeza. De ahí a matar toros en una plaza, lanzar una cabra viva desde un campanario o arrancarle la cabeza a un pato en una carrera...

–No conocía esa faceta tuya.

–¿Cuál?

–La de ecologista.

–No sabes nada de mí.

–Eso es cierto. Tú en cambio lo sabes todo de mí.

–¿Qué quieres saber? ¿Que pertenezco a varias ONG? Pues sí, como muchas personas concienciadas.

Quería preguntarle si de verdad tenía novia, pero no me atrevía. Ni me lo imaginaba con novia.

–¿Qué hacías antes de ser poli?

–Poli-cía.

–Policía.

–No me gusta que la gente se coma las palabras.

–Vale, ¿qué hacías antes?

–A tu edad llevaba el pelo largo y me metía en todas las peleas habidas y por haber en defensa de cualquier causa más o menos perdida.

–¿En serio?

–Sí. Hasta que comprendí que si quería hacer algo sólo tenía dos o tres opciones: apuntarme a Greenpeace e irme con ellos a salvar ballenas, estudiar periodismo y denunciar las cosas, o esto, ser policía y ampararme en la ley para trincar a los malos.

–¿Por qué no fuiste periodista?

–Porque todos los periódicos pertenecen a un grupo y la verdad acaba olvidándose y dependiendo del color con el que se mira cada noticia.

–¿Y lo de Greenpeace?

–Demasiado romántico. Tampoco sé si me habrían admitido en primera línea.

–Eres una caja de sorpresas.

–Viniendo de ti, señora Pandora, es un cumplido.

–¿Por qué me llamas Pandora?

–¿Sabes qué era la caja de Pandora?

–Sí.

–Pues eso.

–¡Yo no desato el caos!

–Porque no tienes tiempo.

–Oye, ni que fuera una plaga o algo así.

–Te recuerdo que hoy he visto cómo un tipo te apuntaba a la cara con una pistola.

Respiré hondo. Yo también lo recordaba. Veía el agujero del cañón como si fuera una puerta directa al más allá. No estaba segura de que esa pesadilla no volviera algunas noches en el futuro.

–¿Sabes lo que más me preocupa de ti? –suspiró Alfredo.

–¿Qué es lo que más te preocupa de mí?

–No te lo tomes a mal.

–A ver.

–Es que me parece que atraes los líos.

–¿Yo?

–Hace poco descubriste quién intentó matar a tu padre, y te la jugaste, y pudo haber sido un loco peligroso.

–Me pilló de improviso.

–Es que siempre hay que contar con los imprevistos, Berta. Si todo fuera tan fácil como investigar y dar con el culpable, ser policía sería lo más sencillo del mundo. Y por desgracia no es así. Los malos van siempre un paso por delante, y no te digo nada si son poderosos o tienen una legión de abogados, sin olvidar a los jueces permisivos. Fíjate en tu caso. Buscas un loro y acabas amenazada por el mayor traficante de este lado del mundo.

–Y ahora voy a ver a un hombre desaparecido hace años para hablar de un hipotético

crimen ya caducado.

–Exacto.

–¿Entonces por qué te interesa?

–Porque en el fondo no somos tan distintos –sonrió–. Yo también suelo meter la nariz donde no hay nada que oler, sólo para estar seguro y no dejar cabos sueltos.

–Eres un romántico –abrí los ojos.

–No.

–Oh, sí lo eres –asentí decidida.

Hizo una mueca y se concentró en el adelantamiento de un camión. Habíamos dejado atrás La Seu d’Urgell para doblar a la derecha y adentrarnos en los valles que conducían a la puerta del pequeño principado. Las dos horas que yo había previsto se acababan de convertir en casi tres. De camino habíamos comido un bocadillo en el coche. Sólo paramos para comprarlos. Y ni siquiera sabíamos si encontraríamos en casa a Antonio Parets.

Si me ponía a pensarlo, todo era muy extraño.

Una locura.

–¿Cómo es Claudia Parets? –volvió a hablar Alfredo cambiando el sesgo de la conversación.

–Ya te lo dije antes. Un encanto.

–Abuelita todoterreno.

–Sí.

–No puedes buscar en los demás lo que te falta a ti.

–Tengo una abuela, te lo recuerdo.

–Pero tu madre os abandonó a tu padre y a ti. Todo el mundo necesita una caricia de vez en cuando, sentirse amado.

Dominé unas inciertas lágrimas.

–¿Sabes que si descubrimos algo malo, en lugar de ayudarla, lo que harás será hundirla?

Creo que había pensado en eso.

No estoy muy segura.

–Si fue una conspiración entre Dámaso, José María Andrade... –continuó.

–Ya, vale.

–Cuando me hablaste de Antonio Parets y miré los archivos me encontré muchos

cabos sueltos. Tenías razón: el asesinato de David Dalmau no se sostiene demasiado. La investigación se centró exclusivamente en esos supuestos chicos.

—¿A nadie se le ocurrió mirar en las vidas de Dámaso y compañía?

—No.

—¿Ni siquiera cuando desapareció Antonio Parets?

—Un adulto que vende sus cosas y se larga. ¿Por qué habría de interesarle a la ley algo así? Nadie denunció nada hasta semanas después, y al parecer no se relacionó con lo de David.

—Increíble.

—Ya te dije que la vida real no tiene nada que ver con el *CSI* de la tele. Ahí consiguen los ADN en un par de horas, relacionan pistas, desmenuzan coches o casas, tienen laboratorios maravillosos, y parece que sólo se ocupen de un caso a la vez. Además, todas y todos son guapos.

—¿Tienes alguna teoría?

—No.

—Pero...

—Si vas con teorías acabas creyéndotelas, o deseando que encajen en algo. Lo único que tengo es cierta experiencia para olerme las cosas. Por lo general, lo más simple es siempre la verdad. Puede que a fin de cuentas, y pese a esos cabos sueltos, a David sí le mataran esos chicos, y que fueran del otro lado de Barcelona o de algún pueblo cercano, por eso no dejaron ningún rastro.

—Hay tanto en juego que no me lo creo —insistí—. Ese abogado es un verdadero cerdo. Con la excusa de «proteger» a su cliente y pensando que iba a estafarla, me amenazó y no tuvo gracia. Quería meterme el miedo en el cuerpo y fue todo lo contrario.

—No tienes la mente fría, y en una investigación es esencial.

—Antonio Parets sólo pudo desaparecer por cuatro razones: que lo hiciera él, que colaborara y luego se arrepintiera, que le untaran para que se largara o... que tuviera miedo.

—Hay una quinta: alejarse de la familia. Suele ser la más lógica.

—Me resisto a creer que a Dámaso Dalmau le cayera todo del cielo, así, sin más.

—Bueno, si es así, esperemos que el olor a mierda no haya desaparecido del todo.

—Oye —se me ocurrió de pronto—. ¿Tú tienes jurisdicción en Andorra?

—No.

–Y lo que pasó hace veintidós años ¿ha prescrito?

Llegábamos a la frontera. Pero no fue por esa razón por la que Alfredo no contestó mi pregunta. Fue porque sonó mi móvil.

La abuela.

Me mordí el labio inferior muy angustiada y hablé nada más responder a la llamada, sin esperar la bronca.

–Sí, perdona, tenía que haberte llamado pero es que...

–¿Dónde estás?

–En Andorra.

–¿Y qué haces en Andorra?

–Voy con el grupo a ver unos instrumentos, por eso decidimos quedarnos y... Regresaré esta noche, palabra, aunque será tarde.

–Bien.

–Lo siento.

–He decidido blindarme.

–Anda, un beso.

–¿Has comido?

–Sí.

–¿Vas a cenar?

–Que sí, abuela.

–Dime algo cuando llegues, para quedarme tranquila.

Ya estábamos en Andorra, camino de Andorra la Vella.

Antonio Parets estaba en casa.

Nos abrió la puerta, se fijó en la placa de Alfredo, me miró a mí, y de alguna forma fue como si llevase años, mucho años, esperando nuestra llegada.

Le vimos suspirar.

Resignarse..., o quitarse un peso de encima.

De todas maneras fue cauto.

—¿Quieren pasar?

Tendría unos setenta años, se parecía a su hermana Claudia, misma nariz, misma expresión, mismos ojos y misma resistencia aunque era un hombre menudo de cara triste. Desde luego vivía bien, con comodidad, casi con lujo. Su casa daba a un valle arbolado, precioso, con una terraza llena de plantas muy cuidadas. En el salón principal las estanterías rebosaban de libros, películas, discos compactos, y todo en un marco que inspiraba no poca serenidad. No vi fotos familiares. Ni siquiera intuí si estaba casado, separado, viudo...

Cuando nos instalamos en el sofá él lo hizo en una butaca que había enfrente. Cabalgó una pierna sobre la otra, juntó sus manos como en un rezo, el pulgar de la izquierda por encima del pulgar de la derecha. Eso indicaba más corazón que cabeza. O era lo que decían. Nunca lo había pensado hasta ese momento.

—Debo advertirle que mi visita no es algo oficial – rompió el fuego Alfredo.

—Entonces no entiendo...

—¿Sabe por qué estamos aquí?

—No estoy muy seguro –su tono pareció sincero aunque precavido.

—Usted desapareció hace más de veinte años y, de pronto, resulta que está en Andorra, muy cerca de Barcelona y ni siquiera se molesta en ocultarse.

—¿Por qué debería ocultarme?

–Se fue sin decir nada a nadie, ni a su familia.

–Todos tenemos razones para estar o no estar unidos a nuestras familias. Si lo estamos es por amor, necesidad, rutina... Si elegimos no estarlo es por deseos de libertad, independencia...

–Usted creó una cortina de silencio al desaparecer.

–Estuve en muchas partes, aunque al final... –sonrió mostrando cansancio–. Siempre acaba echándose de menos el origen. Y Andorra está lo bastante cerca de Barcelona como para saber qué pasa allí.

–¿Algún contacto con su familia?

–No.

–Pero sabe de ellos.

–Sí.

–¿Se marchó por el asesinato de David Dalmau?

Era la primera pregunta directa, y Antonio Parets la acusó. No sé si Alfredo había dado un rodeo antes de meterse de lleno en lo que nos había llevado hasta allí o si, simplemente, dejaba que las cosas fluyeran por sí mismas.

Yo seguía muda.

–¿Quieren tomar algo? –preguntó nuestro anfitrión.

Sentí mi garganta seca de golpe.

–No –dijo Alfredo–. Respóndame, por favor.

–¿Dice que están aquí por algo... extraoficial?

–Se trata de una investigación paralela, sí. Pero nos hemos topado con la historia de David, un caso no cerrado, y luego con la sorpresa de que usted vive aquí. Me gustaría que colaborara. No tiene por qué hacerlo pero le aconsejo que lo haga.

Antonio Parets lo meditó. Nos miraba alternativamente a Alfredo y a mí, creo que preguntándose qué pintaba yo en todo aquello porque, desde luego, no tenía pinta de agente de policía juvenil.

Se rindió, o quizá quiso liberarse.

–Sí –reconoció–. Me fui tras el asesinato de David y a causa de ello –se levantó y agregó–: Yo sí necesito beber alguna cosa. Perdonen.

Caminó despacio pero con agilidad. Salió de la sala y le oímos revolver algo cerca, en la cocina. Ni Alfredo ni yo hablamos en el escaso minuto y medio que estuvo fuera. Cuando regresó sostenía una bandejita con una jarra de agua y tres vasos. La dejó en

una mesa pequeña, al lado del sofá. Luego llenó los tres vasos, tomó uno y se sentó de nuevo. Yo alargué la mano y tomé otro.

—¿Qué saben ustedes de aquello? —nos preguntó.

—Oficialmente, que unos chicos quisieron robarle, él se resistió y le mataron. Extraoficialmente que la investigación fue pésima y que la muerte de su sobrino cambió todo el panorama familiar. Genaro Dalmau murió de un infarto a causa de la noticia, Dámaso se convirtió en el heredero del imperio, José María Andrade en su hombre fuerte en la sombra...

—¿Y qué quiere que le diga hoy, tantos años después?

—La verdad, si es que hay una verdad y usted la conoce.

—La verdad ya no importa, inspector.

—Para la justicia sí.

—Ya se ha hecho justicia, créame. El resto es azar.

—¿Qué quiere decir?

Antonio Parets apuró su vaso de agua y lo dejó en la bandeja. En unos minutos se había echado diez años encima. Me recordó a Claudia hablando del robo de Mauricio, con una tensa desesperación.

—Sería mejor que se marcharan —musitó débilmente.

—¿Quiere seguir otros veinte años así?

—No viviré tanto, se lo aseguro.

—Entonces dígame lo que sabe.

—Tengo una hermana de ochenta y dos años.

—¿La está protegiendo a ella?

—Por supuesto. ¿La conoce? —no esperó a que Alfredo le respondiera—. Es un ángel. El ser más inocente del mundo. Una persona especial, con un corazón de oro, animosa... Le mataron a un hijo, perdió a su marido a causa de ello, y ha vivido veintidós años con ese peso en el corazón. No quiero que el infierno vuelva a ella. De ninguna manera. Por eso es mejor dejar las cosas como están.

—Ahora ya es tarde —le hizo ver Alfredo.

—Fueron Dámaso y Andrade, ¿verdad? —rompí mi silencio al ver que ninguno de los dos daba el paso decisivo o mentaba a mis candidatos.

—¿Quién eres tú? —nuestro anfitrión frunció el ceño.

—Soy amiga de Claudia, y la que ha desenterrado todo esto sin pretenderlo.

Antonio Parets esbozó una sonrisa enigmática.

Se tomó unos segundos.

—¿Amiga de mi hermana, en serio?

—Sí.

Otra pausa. El largo viaje hacia sí mismo.

—Dámaso y José María Andrade —comentó—. Sería perfecto, ¿no es cierto? El mal hermano, la serpiente, el buen hermano... Todo encajaría. Los dos tenían coartadas sólidas esa noche, aunque con contratar a esos supuestos chicos... —suspiró con fuerza, absorbiendo todo el aire a su alrededor—. Lamentablemente no es así de sencillo.

—Entonces qué sucedió —volvió a intervenir Alfredo.

—¿Creen que me marché por ser el asesino, o por ser cómplice, o porque el que lo hizo compró mi silencio o me amenazó con matarme?

Todas las opciones. Un eco de mi voz.

—Hay otra razón, ¿no es así?

—En efecto, inspector —se empequeñeció otro poco.

—Ha vivido veintidós años con esto. Debería ser hora de cerrarlo todo.

La pausa fue larga. Antonio Parets se debatía entre la resistencia y la posibilidad de vaciar su alma. No debió de ser una lucha fácil. Nosotros no éramos más que dos extraños que irrumpían de repente en su plácida existencia.

—Me fui porque no quise causar más daño, porque sabía la verdad, fui el único que la supo siempre, desde el primer momento, y porque si hablaba no sólo destruiría a mi hermana, sino al resto de la familia. Cuando lo comprendí todo, cuando encajé las piezas, ya era tarde. David estaba muerto, su padre estaba muerto. Todo dependía de Dámaso. Ya nada iba a cambiar. Por lo tanto..., lo único que hice fue dejar las cosas como estaban.

—Con un asesino suelto.

—El asesino pagó de inmediato, inspector.

—No le entiendo —vaciló mi compañero.

Yo sí lo entendí.

De pronto.

Una explosión sorda en mi cabeza.

—La persona que mató a David... Bueno, la persona que lo hizo matar, la que contrató a aquellos dos jóvenes, murió hace mucho. Y aun antes de morir, mucho antes, pagó por

todo, se lo aseguro. Por eso quiero que mi hermana viva en paz. Tiene diecinueve años más que yo aunque siempre fue un poco mayor de aquí –se tocó la frente–. Fue más madre para mí y mi otra hermana que nuestra propia madre. Yo... se lo debo todo. Todo. Sólo quienes lo han padecido saben lo que es perder un hijo.

Mi voz sonó como bálsamo allí en medio, aunque en realidad fue un seco latigazo.

–Victoria Sanromá.

Antonio Parets hundió en mí sus ojos tristes.

–Chica lista.

–¿Por qué ella? –continué yo ante el asombro de Alfredo, pillado completamente ahora en fuera de juego.

–Obsesión, amor, egoísmo, pasión... –el hermano de Claudia se encogió de hombros–. Tenía una personalidad compleja, mucho. Y un carácter fuerte. A veces creo que estaba incapacitada para sentir el mal o la culpa. No diré que fuera amoral, pero... andaba cerca. Cuando quería algo, iba a por ello. Así fue como se casó con Dámaso Dalmau. Simplemente fue a por él y lo consiguió. En línea recta. La palabra «fracaso» no existía en su vocabulario.

–Y se quitó de encima a David para que su marido...

–Sí –respondió ya abiertamente a mi pregunta–. Verás, muchacha, Victoria estaba algo más que enamorada de Dámaso. Dicen que hay amores que matan. Pues bien, el suyo era literalmente así. En aquellos días era exuberante, explosiva, posesiva, desbordante, excesiva... Hay muchos calificativos. Se enamoró de Dámaso y, como te he dicho, fue a por él. Una vez casada se dio cuenta del drama en el que vivía su marido. Era un Dalmau, pero siempre a la sombra de su hermano David. Hiciera lo que hiciera, David lo hacía mejor, con más facilidad, y a su padre se le caía la baba con él mientras que a Dámaso... Genaro Dalmau era de la vieja escuela, un líder, un jefe, y quería lo mismo para asegurar la continuidad. Victoria vio que su marido se consumía, y la guinda fue la certeza de que iba a quedarse sin nada, que el control de las empresas pasaría exclusivamente a David, sin siquiera una dirección bicéfala. Por supuesto no pasarían hambre, ése no era el tema. Es más, David habría contado con su hermano, porque era generoso y le quería. Pero Victoria lo quería todo, no sólo las migajas del pastel. Todo. El poder representaba la plenitud. Y no para sí, sino para su Dámaso. «Su» Dámaso –hizo hincapié en el detalle–. Así fue como empezó a pergeñar su plan.

–Un plan simple, ¿no? Pagar a unos sicarios y listo.

—No, querida. Fue más sofisticada que eso —volvió a llenarse el vaso de agua, bebió de él y ya no lo dejó en la mesa. Lo retuvo en sus manos—. Su primera idea, al sentirse sola, o tal vez impotente, fue buscarse un socio, una especie de... ejecutor. ¿Y adivinan quién fue? —la sonrisa se hizo aún más melancólica y triste—. Yo.

—¿Quiso... seducirle? —apenas pude creerlo.

—Victoria era muy guapa y exuberante. Costaba decirle que no. Empleaba todas sus armas de mujer. Tan apasionada y a la vez tan fría. Amaba, o creía amar hasta la locura a su marido, o se esforzaba en creer que eso era el amor total y sublime al que aspiraba, pero no dudó ni por un segundo en seducirme a mí, al solterón, al raro, al más fácil de todos, el intelectual de vida discreta y escasos amoríos —otra pausa para humedecerse la garganta—. Yo caí —hundió los ojos en el suelo, en medio de ninguna parte—. Caí porque no supe defenderme ni tenía argumentos. Se metió en mi cama. No diré que no me resistiera, pero... Qué más da. No llegué a perder la cabeza. Durante unas semanas estuve al borde, pero no llegué a perderla, y eso me salvó. Me preguntaba por qué, por qué, por qué, y no tardé en averiguarlo. Era la mujer del hijo de mi hermana, de mi propio sobrino. La noche en que me propuso matar a David a cambio de seguir viéndonos desperté de golpe.

—¿Quiso que lo matara... usted? —yo seguía boquiabierta.

—Sí. Me prometió todo. Ella, el dinero de Dámaso cuando dirigiera la empresa, incluso un gran cargo para mí si me apetecía...

—Eso significa que Dámaso lo sabía.

—No, no lo sabía —fue categórico—. Pero ella se lo habría sacado todo. Dámaso era y es inocente. Incluso ha hecho un buen trabajo con las empresas Dalmau, lo que prueba que David le hacía sombra. Aquella noche yo me quité la venda de los ojos, descubrí al verdadero monstruo, y cuando, horrorizado, le dije que no, me apartó de su lado, sin más. Ya no le servía. El choque con la realidad fue tremendo, pero la carga, la culpa que sentí...

—¿Por qué no la denunció?

—¿Qué pruebas tenía? ¿Y cómo hablar de ello sin condenarme a mí mismo ante la familia? Yo ya estaba marcado por esa relación. Luego, inocentemente, pensé que su propuesta había sido producto de un arrebato, un mal momento, un atisbo de locura. Quise creer eso. No me imaginé que hablara en serio.

—Y contrató a unos asesinos.

—Sí.

—¿Supo que había sido ella?

—Desde el mismo instante en que me lo dijeron lo vi claro.

—Así que si hablaba...

—¡Pero no tenía pruebas! ¡Ninguna! ¡Me condenaba igual! Si hablaba se sabría lo nuestro e incluso alguien podía pensar que seguía implicado. ¡Incluso ella podía mentir y acusarme! Me vi enfrentado a una espantosa realidad: el silencio. Tampoco cabía olvidar al resto. La verdad hundiría a Dámaso, tal vez lo arrastraría a una vergüenza de la que le sería imposible escapar. Y estaba mi hermana Claudia, por Dios. Un hijo y un marido al mismo tiempo. Yo... no era tan listo, ¿saben? Quedé colapsado, paralizado por completo. Eso me hizo perder unos días preciosos, unas semanas en las que los acontecimientos acabaron precipitándose. Lo más sorprendente fue el anuncio del divorcio de Dámaso. ¡Había conocido a otra! ¡Se separaba de Victoria! ¡Había matado... por nada!

—Y enloquecí.

—Había cometido el crimen perfecto... para nada. Dámaso heredaba pero ella se quedaba al margen. Si hablaba iba a la cárcel. Eso fue demasiado para sus fuerzas y acabó en un psiquiátrico. Todos creyeron que era por el divorcio, pero se trataba del paquete entero.

—Algo que sólo usted sabía.

—Sí.

—¿Dámaso nunca sospechó de su mujer? —me tomó el relevo Alfredo.

—No lo sé. No hablé con él. Cuando la situación me resultó insostenible decidí marcharme. No tenía sentido seguir en la familia. Quise borrar me del mapa y fue lo que hice. Escapar con mis fantasmas.

—Uno nunca escapa de eso.

—¿Cree que no lo sé? —resopló con ironía—. Viví una nueva vida, me casé, enviudé, acabé hastiado y decidí regresar hace un par de años. Ya no podía más. Soy otro hombre, pero con la misma memoria. He vivido con un secreto atroz, un secreto que salvaba a mi familia de la destrucción pero me condenaba a mí. Cuando supe que Victoria había muerto loca pensé en la justicia divina, o en la poética, da lo mismo. Esa mujer lo dio todo para conseguirlo todo y se quedó sin nada. Fin de la historia.

—Victoria tuvo que decírselo a Dámaso para que viera lo que había hecho por él —insistí.

—¿Tú quieres encerrar a Dámaso a toda costa?

Me puse roja.

—No.

—Han pasado veintidós años. Sigue sin haber pruebas. Si Dámaso lo supo, cosa que no creo, él también habrá cargado con esa culpa, y si ella jamás se lo dijo, por miedo a terminar en la cárcel, el caso sigue estando cerrado —miró a Alfredo con fijeza y le preguntó—: Porque está cerrado, ¿verdad, inspector?

Miré a mi compañero.

Tenía en sus manos algo más que una llave para abrir o cerrar la caja de los truenos de los DalmauParets.

—¿Lo pondrá todo por escrito?

—¿Pueden acusarme de algo?

—No hay pruebas, recuérdelo.

—Entonces lo haré si me jura que mi hermana jamás verá ese papel ni se enterará de esta historia. De lo contrario ya puede irse.

Otra pausa.

—De acuerdo —Alfredo se levantó y yo hice lo mismo—. Le doy mi palabra de honor.

—¿Y ella? —Antonio se dirigió a mí.

—También —le aseguré muy seria—. Aprecio a su hermana.

—¿Por qué sois... amigas? ¿De qué la conoces?

—Le han robado un loro y me pidió que se lo buscase.

Por primera vez, Antonio Parets esbozó algo más que una sonrisa.

Le brillaron los ojos.

—Ésa es mi Claudia —dijo.

—¿Por qué no va a verla?

La sonrisa se tornó cansancio. El brillo se mantuvo.

—Tal vez lo haga —asintió—. Sí, ahora tal vez lo haga.

Al otro lado de los ventanales, la noche caía ya sobre Andorra la Vella.

Era tarde, pero la caravana de los que regresaban de pasar el fin de semana en Andorra avanzaba a paso de tortuga, con el control de la aduana tan impasible como siempre a la hora de registrar a los que procedían del viejo paraíso de las compras.

Teníamos hambre, pero no íbamos a parar. Los dos queríamos llegar cuanto antes a Barcelona.

Yo la primera.

Desde el accidente de papá nunca había dormido fuera de casa, nunca había dejado de verle más de veinticuatro horas seguidas. Y llevaba fuera desde el viernes por la tarde.

Miré a Alfredo, serio, concentrado en la carretera.

–Eh, señor policía –llamé su atención.

–¿Sí?

–Gracias.

–No hay de qué.

Los dos sabíamos a qué me refería.

No habíamos hablado desde que salimos de la casa de Antonio Parets. Recorrimos unos pasos hasta el aparcamiento, y luego el suave rodar por la carretera. Habríamos podido hacer todo el viaje de regreso callados.

A mí me daba miedo aquel silencio.

Llevaba el peso de los secretos de una familia, desenterrados veintidós años después.

Una pesada carga.

–Dime qué piensas.

–¿Qué quieres que piense? –hizo un gesto indiferente–. La historia de una familia como tantas, pero con un crimen de por medio. Todas las casas esconden esqueletos.

–A mí me ha dado pena.

–Cayó en brazos de esa arpía.

—¿Y qué? Suele ser lo normal. La gente no es tan fuerte. Tal y como era la señora Victoria Sanromá...

—Un error..., y a pagarlo de por vida.

—¿Habla el policía o el tipo que a los dieciocho años quería salvar ballenas?

—No tenía que habértelo contado. Ya lo estás utilizando en mi contra.

—No, hombre, no. Tranquilo.

—Le dijo el gato al ratón.

—¿Tú crees que Victoria ya estaba loca antes o se le cruzaron los cables cuando su marido la dejó y vio que había matado por nada?

—No lo sé.

—Alguna idea tendrás. Tienes experiencia.

—No hay dos crímenes iguales. Todos tienen sus propias características.

—Pero que la asesina acabe ida...

—Tú también estás loca y ya ves.

—Vale, gracias.

—No, si te has salido con la tuya.

—¿Yo? ¡Las ganas! —protesté—. ¡Sigo buscando a Mauricio!

—Pero has resuelto un misterio de hace más de veinte años y has ayudado a desentrañar el asesinato de Ángel Miralles. No está nada mal para una metomentodo aprendiz de detective.

Noté su orgullo.

Lo miré boquiabierto.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

—Creí que seguías echando pestes de mí.

—Debería encerrarte, pero como no es posible... —chasqueó la lengua—. ¿Has oído alguna vez: «Si no puedes vencerles, únete a ellos»?

—Vaya, mola eso de estar del mismo lado.

—Yo no he dicho tanto.

—Pero no soy mala.

—No, no lo eres.

—Tengo los genes de mi padre.

—Eso parece.

–Seguiré trabajando.

Me clavó una mirada cargada de espinas.

No dijo nada.

–Mira –quise dejarlo claro–. Te pongas como te pongas, voy a seguir. Ya te lo dije: es todo lo que tengo.

–¿Por qué no estudias y te sacas una licencia? Por lo menos hazlo legal.

–¿Eso cambiaría las cosas?

–¡Pues claro que las cambiaría!

–No lo había pensado en serio –admití.

–Pues ya sabes.

Dejamos transcurrir unos segundos, no demasiados.

–Porque seguirás buscando a tu loro, ¿no? –me pinchó.

–Sí.

–¿Dónde?

–Tengo una última pista.

–¿Vas a compartirla conmigo?

–No.

–¡Maldita sea! –golpeó el volante con la mano.

No pude evitarlo: me eché a reír.

–Berta Mir Roca... –hizo ademán de amenazarme.

–¿Cuál es tu segundo apellido?

–No te lo diré.

–Vale, señor Alfredo Sanllehi Notelodiré.

Defensor de ballenas o no, sé que en ocasiones quería estrangularme.

–El viernes y el sábado por la noche actuamos en una discoteca de Cadaqués. Fue nuestra primera actuación en vivo.

–Así que aprovechaste para ir a la masía de Clochard.

–¡Oh, qué bien! ¿Actuaste con tu grupo? ¡Qué pasada! ¿Y qué tal? ¿Triunfaste? ¿Estás bien? ¡Cuenta, cuenta! –salté irónica.

No le gustó mi tono de voz, ni mi falsa imitación, pero entendió el mensaje.

–Me gustaría oírte.

–No te veo yo muy rockero.

–No te fíes de las apariencias. Que parezca que llevo un palo metido por detrás no

significa que el palo esté ahí. Soy inspector de policía, ¿recuerdas?

–¿Cómo lo has conseguido tan joven?

–No tanto, pero gracias.

–Va, dime.

–Soy bueno –me lanzó una mirada adornada con una media sonrisa.

Treinta y pocos. Pero seguía sin saber el número exacto de los «pocos».

–Me siento como Humphrey Bogart y aquel poli en la escena final de *Casablanca* – dije.

–Venga, cuéntamelo. ¿Qué tal os fue?

Me gustó contárselo, aunque fuera deprisa, sin muchos detalles, sin hablarle de Marcos y su bobada, ni de Lucas, ni de las bases que esperaban ser oídas por mí en mi casa. Se lo conté como una amiga se lo cuenta a su amigo.

Su único amigo.

Eso sí era extraño.

Llegábamos al control y ahí acabó la charla. No tuvimos que bajar del coche. Por lo menos las placas sirven para algo. Alfredo mostró la suya y el guardia nos hizo seguir. A partir de la aduana la velocidad aumentó gradualmente y él se concentró en la conducción. De pronto todos los conductores eran Fernando Alonso y sus coches unos bólidos. Rebasamos La Seo d’Urgell y enfilamos hacia Barcelona por los túneles del Cadí. Antes nos detuvimos a echar gasolina y comprar más bocadillos y agua, como a la ida.

Fue entonces cuando, de repente, lo hice.

Saqué el móvil y marqué el número de mi madre.

No era algo que hubiese pensando hacía horas, ni días. Tampoco sentía la sensación de martilleo constante, ni culpa. Simplemente se me pasó por la cabeza y reaccioné. No dejaba de pensar en Antonio Parets, en su hermana Claudia, en aquella pobre loca asesina...

Alfredo acababa de mencionarlo: «Todas las casas esconden esqueletos».

Mi padre me había dicho un día:

–Los jóvenes siempre juzgáis a los padres y no deberíais hacerlo. Os faltan datos. Sólo conocéis una parte de la vida, crecéis rápido y el tiempo os distorsiona los recuerdos, la memoria... Ningún chico o chica conoce realmente a su padre o a su madre.

Todo eso se me pasó por la cabeza de pronto.

Y soy de reacciones rápidas.

El dichoso instinto.

—¿Sí?

Me mordí el labio inferior. No hablaba con ella desde su visita al hospital, cuando papá se recuperaba de su intento de asesinato. Y no había sido una charla agradable. Impedí que entrara a verle y la eché con cajas destempladas.

Sí, era mi madre, pero ya no su mujer.

—¿Mamá?

Creo que fue como si recibiera una oleada de magma ardiente en la cara.

—¡Berta!

—Sí.

—Hija... —la emoción empezó a causar estragos.

—No me llores.

—No, no...

—¿Cómo estás?

Vale, no era un dechado de amabilidad ni ternura, ni mi voz aportaba calor humano ante su desgracia, pero es todo lo que, de momento, podía hacer.

Algo inconcebible días antes.

—Cariño...

—Mamá, no lo hagas más difícil. Dame tiempo. Ahora sólo quiero saber cómo estás.

El silencio fue extraño, poderoso. No quise cerrar los ojos. Alfredo estaba pagando la gasolina, los bocadillos y la bebida. Regresaría en dos minutos.

La noche era hermosa, plácida.

Que hubiera gente enferma, o asesinatos, o loros desaparecidos, resultaba de lo más incongruente. Que existiera el odio, el rencor, la violencia, o que mi padre viviese inválido de por vida, resultaba diabólicamente amargo.

Absurdo.

—El médico dice... —comenzó a contármelo.

Día 6, lunes

La peluquería era pequeña, de barrio, nada de tiros largos. Un escaparate en el que se anunciaban los peinados, los precios, algunos productos y poco más. Había varias fotografías de modelos guapas que nunca pisarían un lugar como aquél. En el interior, a esa hora no había más que tres mujeres. A una le estaban lavando el pelo, a las otras dos ya las habían enchufado bajo los secadores. Las peluqueras también eran tres, una bajita y rechoncha, una larga y delgada y una de tipo medio. Las tres eran guapas, las dos primeras muy jóvenes y la tercera como de treinta, más o menos, porque iba muy maquillada y eso podía hacer que pareciera mayor. Una cuarta mujer, cuarentona, cuidaba de la caja y de atender al personal. Fue la que me sonrió a modo de bienvenida.

No quise preguntar directamente por Pilar.

Ya que estaba allí...

—¿Podrían lavarme el pelo?

—¿Nada más?

—Sí, por favor.

—¿Quieres pasar, si eres tan amable?

Esperé un par de minutos. Me tocó la alta y delgada. Me lavó el pelo a conciencia, sin dirigirme la palabra, y luego me invitó a pasar a uno de los sillones para secármelo. Pillé muy pocos comentarios al vuelo. Una de las mujeres hablaba de un programa de telebasura.

—Haciendo *zapping* me encontré con esa mujer... Oh, qué vergüenza, yo no sé cómo pueden...

Todo el mundo veía los programas malos haciendo *zapping*.

Curioso.

Otra mujer se puso a hablar con la bajita y rechoncha de sus nietos, de lo guapos que eran, de lo mucho que se parecían a ella.

Yo ya estaba lista y no tenía lo que quería.

Pero al final...

—Pilar, pásame los rulos.

Pilar era la treintañera maquillada, labios gruesos, ojos negros, voluptuosa. Desde luego, y por lo que había visto o sabía de Plácido Miserachs, su complemento perfecto. Algo guapa, algo atractiva, algo de todo y muy mujer. Le eché un par de vistazos disimulados y luego pagué y me fui.

Lo último que hice fue preguntar:

—¿A qué hora cierran?

—A la una y media.

Era la una.

Crucé la calle y me senté en la moto, fuera del alcance visual de la peluquería. Había ido a por ella al local de ensayo sin ver a nadie. Al despertar, todavía en cama, me puse las bases instrumentales de Lucas.

Eran buenas.

Muy buenas.

Me vinieron a la mente un sinfín de ideas para letras sólo con dejarme llevar.

El grupo funcionaba, Marcos metía la pata conmigo, yo despertaba y Lucas me proponía lo inesperado.

Demasiado para una mañana en la que mis cinco sentidos tenían que estar puestos en otra cosa.

Mauricio.

Pilar salió a la una y cuarenta porque a la una y diez entró otra mujer y la atendió ella. Cuando puso un pie en la calle, ya muy peripuesta, enfiló por su derecha a buen paso. Un par de hombres se volvieron a mirarla. Ella sacó pecho y sus tacones repiquetearon en la acera. Subí a la moto y la seguí despacio, aprovechando que ése era el sentido de la calle. No sabía si tomaría el autobús o el metro, así que me armé de paciencia. Si bajaba al metro aparcaría la moto y la seguiría a pie. Si tomaba el autobús, ningún problema. Caminó por Feliu i Codina, en paralelo al paseo de Fabra i Puig, pero al llegar a la plaza d'Eivissa ni se detuvo en las paradas de los autobuses ni se metió en la boca del metro.

Tuve que bajar de la moto y empujarla a pie sobre la acera, en dirección contraria, por el breve tramo de la calle Fulton. Después mi perseguida alcanzó el paseo de Maragall y dobló por la primera a la derecha. Otra calle en dirección contraria. Granollers.

Temí perderla.

Pero entonces, de lejos, mientras pensaba en la forma de arrancar la moto y dar un rodeo para recuperarla de frente, la vi meterse en un portal del lado izquierdo de la calle, en los números impares.

Solté aire y me tranquilicé.

Dejé la moto y llegué al portal por el que había desaparecido la peluquera. Estaba cerrado y por una vez no quise pulsar timbres al albur, no fuera que, casualmente, apretara el suyo. Esperé unos cinco minutos, hasta que una mujer cargada con un cesto apareció a mi lado. Cuando iba a entrar con ella me miró de arriba abajo.

—¿A qué piso vas?

—A casa de Pilar.

Crucé los dedos para que no hubiera más de una Pilar en la escalera.

Ni por ésas.

—¿Pilar Matas o Pilar Fernández?

—Pilar Fernández —sonreí con aplomo.

—Ah, ya, al primero.

Entramos en el vestíbulo y mientras ella tomaba el ascensor, yo subí a pie. Nada más llegar al primer rellano y perder al ascensor de vista volví a bajar y me asomé a los buzones. Pilar Fernández y Serafín González vivían en el primero tercera. Pilar Matas en el tercero segunda.

Sola.

Al menos no había nadie más en el rótulo del buzón.

Volví a subir a pie, despacio. Pasé por el primero tercera y pegué la oreja a la madera, sólo por inercia. No oí nada y continué mi ascensión hasta la tercera planta.

Más silencio al otro lado.

Toqué el timbre.

Muy lejos, se oyó una voz de mujer.

—¿Puedes abrir? ¡Me estoy cambiando!

A continuación unos pasos, lentos, suaves.

La puerta se abrió y Plácido Miserachs y yo nos vimos por segunda vez.

Iba en bata y zapatillas, pero mantenía su aire de *gentleman* trasnochado, su porte elegante, su aspecto refinado. Que saliera con una peluquera potente no tenía nada que ver. Que fuera un caradura tampoco. Él era Plácido Miserachs, un tipo con clase, de buena familia. Lo llevaba en los genes. Peinado, afeitado, con su eterno cigarrillo entre los dedos, sus ojos lánguidos, sus ademanes cuidados, todavía sabía cómo engatusar a una mujer, para no estar solo, para tener sexo gratis o para ocultarse en su casa mientras amainaba una tormenta impredecible.

Me reconoció al momento.

Y se le desencajó la mandíbula inferior.

—¿Tú?

—Hola, señor Miserachs.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido a verle.

Tembló. Sus ojos se movieron por detrás de mí, buscando algo, hasta estar seguro de que no había nadie más en el rellano. Los centró de nuevo en los míos, pero ahora los suyos estaban mucho más empequeñecidos. No supo qué hacer con el cigarrillo, así que acabó molestándole en la mano y la alargó para dejarlo en un reposallaves situado a su izquierda, sobre una repisa adosada a la pared.

La colilla se quedó allí, humeando solitaria.

—¿Cómo me has encontrado? —el tono de su voz seguía siendo inquieto.

—Eso no importa. ¿Puedo pasar?

—¡No! —se volvió para atisbar pasillo arriba.

—Podemos hablar aquí, de pie, si lo prefiere, o en la calle. Usted elige. Pero déjeme decirle algo: no tema. Ya no va a tener que ocultarse. Puedo aclararle el caso y, a cambio, usted colabora conmigo. ¿Qué me dice?

—¿De qué estás hablando? —bajó muchísimo la voz pero no su tensión.

—Ya sabemos quién mató a Miralles. ¿Le interesa?

La palabra «mató» le robó el último color de la cara.

—Mierda... —jadeó.

La voz de Pilar, la peluquera, nos llegó desde el otro lado del piso.

—¿Quién es, mi amor?

Eso le hizo ponerse las pilas.

—¡Bajo en un momento, espérame en la esquina de Maragall! —me susurró mientras cerraba la puerta antes de gritar—: ¡Es Norberto, cielo, quiere verme cinco minutos!

«Mi amor», «cielo»...

Plácido Miserachs siempre caía de pie, aunque a veces lo hiciera en un agujero.

Todavía oí la última protesta de Pilar.

—¡Ya sabes que sólo tengo una hora y media para comer, bichito! ¿Qué quiere ese pesado, por Dios? ¿Para eso me pides que...?

La voz acabó perdiéndose.

Regresé a la calle y esperé en la esquina de Granollers con el paseo de Maragall. Mi temor de que el sobrino de Claudia Parets se me escapara por otra puerta duró menos de tres minutos. Salió de su portal ya vestido correctamente y llegó hasta mí pegado a la pared. Una vez juntos me cogió del brazo y dobló la esquina para sentirse a salvo.

No esperó ni un segundo.

—¿Qué demonios quieres decir con eso de que ya sabemos quién mató a Miralles? ¿Sabemos? ¿De quién coño hablas?

Estaba desencajado, con el mismo aspecto ruinoso con el que lo dejé la primera vez después de fingir ser quien no era, en aquel bar donde escuché su conversación telefónica con Manel Dalmau. Los contratiempos no casaban bien con su naturaleza señorial.

—Sabemos —reiteré el plural—. La policía y yo.

Se puso como la cera.

Otra palabra que debía de sentarle como un tiro: policía.

—¿Quiere calmarse? Si colabora conmigo estará a salvo.

—¿Y quién coño eres tú?

—Ahora mismo su única amiga para que las cosas no se salgan de madre y todo vuelva a su cauce. ¿Conoce la expresión *quid pro quo*?

–Sí.

–Pues se trata de eso, de darnos algo mutuamente. Yo le digo lo que sé y usted, si no quiere meterse en más problemas, ser acusado de robo y caer en desgracia para siempre ante su tía, me cuenta lo que me interesa. Y encima se va de rositas. ¿Qué más quiere?

Eran demasiadas cosas para su tensión emocional, pero las fue captando una a una.

–¿Robo? –vaciló.

–Mauricio –dije yo.

Fue suficiente. Los hombros se le cayeron hacia abajo. Tuvo que apoyarse en la pared. Enfrente, el tráfico incesante del paseo de Maragall formaba una cortina sonora que nos envolvía. Un camión que en su vida había pasado la ITV arrancó arrojándonos un humo apestoso.

–¿Qué tienes que ver con Miralles?

–Nada. Ni lo conocí –pensé que, al menos, vivo no.

–¿Entonces cómo sabes tú todo esto? Cuando viniste a verme...

–Cuando hablé con usted en el bar de Carlos improvisé. Trabajo en una agencia de detectives. La misma que contrató su tía para que encontráramos a su loro.

La luz iba penetrando en su cabeza. Despacio, pero lo hacía.

–Quieres dinero, ¿es eso?

–No sea mezquino. Todo esto lo hago por su tía.

–¿Dices que me puedo quedar al margen? –se rindió a la evidencia.

–¿*Quid pro quo*?

–¡Sí, sí! Dime, ¿cómo me quedo al margen?

Me enfrenté a sus ojos. Puro egoísmo. Una mala persona. Y sin embargo, seguí pensando en lo esencial: Claudia Parets.

–Manel Dalmau le comentó un buen día lo que valía ese animal. Noventa mil euros. Una auténtica pasada por un bicho con plumas. Usted con esa fortuna vive como un rajá una buena temporada. Qué más daba que hiciera feliz a su tía. Dinero es dinero. Usted vio el negocio, Manel necesitaba pasta, pero el riesgo era alto, así que mejor tener coartadas y meter a otro para no ser el responsable directo. Conocían bien la casa, su falta de medidas de seguridad, contrataron a alguien y eso fue todo. Pero faltaba lo esencial: ¿qué hacer con Mauricio? ¿A quién vendérselo? ¿Cómo? ¿Cuándo? Manel le sacó a su abuela el nombre del vendedor, Ángel Miralles, y usted le propuso el negocio. Un animal ilegal. Claudia no iría a la policía. Un trabajo limpio. Ángel lo aceptó: se

encargaría de vender de nuevo el loro, quizá no por tanto dinero, porque todos tenían prisa, pero sí por una buena suma, cuarenta, cincuenta o sesenta mil euros. Precio de coleccionista. Pactaron todo y al día siguiente del robo usted le llevó a Mauricio –hice una pausa–. Cuando fui a verle al bar de Carlos, usted esperaba el dinero, y eso quiere decir que, en el momento del robo..., Miralles ya tenía al comprador. Tuvo que ser así puesto que también es lo más lógico. Ese loro quemaba. Cuanto menos lo tuviera Miralles en su poder, mejor.

Plácido Miserachs respiraba con fatiga. Sus ojos destilaban una mezcla de horror y rendición. Yo era su peor pesadilla, pero entendía que también era su única salida.

–¿Quién mató a Miralles?

–Inesperado, ¿verdad? En lugar de recibir una fortuna, resulta que se quedan sin loro y sin dinero. Después de hablar conmigo se fue a la tienda de Manuel Girona, vio a la policía y le faltó tiempo para largarse.

–¿Me seguiste?

–Sí.

–Joder...

–Usted no tenía ni idea de lo que había sucedido, pero un asesinato es un asesinato. Hizo lo que se hace siempre que vienen mal dadas: esconderse. Tenía una nueva novia, así que...

–¿Quién mató a Miralles? –repitió la pregunta con sus ojillos destilando odio.

–El muy infeliz se estaba metiendo en un terreno que no le correspondía, haciendo negocios y buscando un espacio que le venía grande. Había un traficante de animales, un mafioso que domina el mercado del sudeste de Europa, Baptiste Clochard.

–Ni idea.

–Clochard no quería competencia, ni pequeña ni grande. Fue a por Miralles, sólo para ponerlo en su lugar, quizá darle una paliza, pero a uno de sus hombres se le fue la mano. Miralles se asustó, perdió los papeles, sacó un arma y... ¡pum!

Plácido se sobresaltó. Se llevó la mano al pecho como si yo acabase de dispararle a él.

–¿Así que... no tuvo nada que ver con el loro?

–No. Una pura casualidad. Es más, Mauricio ya no estaba ni en la tienda ni en casa de Miralles. Alguien lo compró muy rápido y pagó por él. Lamentablemente, Manel y usted se han quedado con el culo al aire. Los que lo mataron se lo llevaron todo, ordenadores,

papeles, el dinero que tuviera en casa, incluidos esos euros... Pero al menos la policía detuvo ayer a Baptiste Clochard por el asesinato y por ese lado están limpios.

Soltó una bocanada de aire.

—Pero queda Mauricio —le recordé yo.

—Se lo dimos a Miralles.

—¿Quién lo compró?

—No lo sé.

—¿No le dijo nada?

—No.

—No le creo, Miserachs.

—¿Para qué iba a decírmelo?

—Porque me parece que usted también tuvo algo que ver con la venta —disparé al aire—.

Es de los que siempre van sobre seguro.

Su nuez subió y bajó muy rápidamente.

—*Quid pro quo*.

—¿Qué quieres que te diga? —casi chilló.

—Mire —fui paciente—. Tiene dos caminos: el primero es callarse, y yo voy a la policía. No hará ni falta que se lo cuente todo a Claudia Parets, ya lo harán ellos. Con eso, adiós a posibles herencias, y además volverá a la cárcel. El segundo camino es mucho más fácil y limpio: me da ese nombre. Así de sencillo.

—No te creo —sudaba como un cerdo.

—¿Qué es lo que no cree?

—Que me dejes en paz.

Quise darle de bofetadas, más por idiota que por mezquino.

—Ayúdeme y ayúdese a sí mismo. Sin olvidar a Manel. Le repito que no lo hago por ustedes, sino por ella. Una abuela robada por su propio nieto... —me estremecí—. Usted es un tarambana, cavará su propia tumba tarde o temprano, pero Manel... ¿Quiere matar a su tía, es eso? Si quiere matarla del disgusto, nada, hombre, yo voy, se lo cuento y ya está. Trabajo cumplido. Quizá se muera antes de revocar el testamento.

Siguió apoyado en la pared, sudando más y más.

Un guiñapo.

—¿Le gusta Pilar o es sólo un pasatiempo? —le presioné.

Vi cómo se derrumbaba, despacio.

Su último aliento.

Y entonces, justo entonces, un segundo antes de que él dijera ese nombre, yo comprendí la verdad.

Porque, a fin de cuentas, ella también era muy simple.

Se llevaban tan sólo un año, así que parecían gemelas.

En todo.

Mismo tamaño menudo, mismo cabello grisáceo correctamente peinado, misma elegancia trasnochada, mismos ojitos apagados pero vivos, misma sonrisa feliz pero también distante, como si el mundo fuese un lugar muy lejano del que se apartaran poco a poco...

Eladia lo había dicho:

—Es como ella, ochenta y tres años, incombustible, tan viuda y tan rica. Antes se visitaban más la una a la otra, merendaban, salían de compras, chismorreaban sin parar, pero llevan una temporada... Achaques, algo de celos y envidia, una especie de carrera por ver quién vive más y cuál de las dos hace la cosa más disparatada... Son tremendas. Una de esas relaciones de ancianas, entre el amor y el odio. Muy curiosa.

Pero lo que me había puesto sobre la pista, ese segundo antes de que Plácido Miserachs me lo dijera, fue el eco de las propias palabras de Claudia Parets al hablarme de ella por primera vez. De ella y de Ángel Miralles.

—Una amiga mía me habló de él. Era clienta suya. Le gustan mucho los animales, sobre todo los exóticos. Me dijo que los que tenía ese hombre no eran corrientes.

Meritxell Robert.

—Hola —me escrutó con atención, con un leve deje de duda en sus ojos—. ¿Te manda Ágata?

—No, no señora. Me llamo Berta Mir. He venido a buscar algo.

—¿Algo? —vaciló insegura—. ¿Qué es?

Claudia Parets era una resistente. Había superado la pérdida de un hijo y un marido, así como la ausencia de su único hermano. No conocía la historia de Meritxell Robert, salvo que también era viuda. Observé su piel apergaminada, la firmeza senil de sus

movimientos. Con una de las joyas que llevaba encima, pendientes, anillos o pulseras, papá, la abuela y yo viviríamos un año o más.

Pero no podía cegarme.

«Celos, envidia, una especie de carrera por ver quién vive más y cuál de las dos hace la cosa más disparatada.»

«Tremendas.»

«Una relación de ancianas, entre el amor y el odio.»

«Le gustan mucho los animales exóticos.»

—Señora Robert... —me costó encontrar las palabras, porque no tenía ni idea de cómo iba a reaccionar—, he venido a por Mauricio.

—¿Qué Mau...?

No sé si los loros tienen un sistema auditivo maravilloso o si fue una casualidad. Lo cierto es que, inesperadamente, las dos lo escuchamos.

—¡Música, música! ¡Mauricio! ¡Te quiero! ¡Música, música!

—Ese Mauricio —dije yo.

No se inmutó.

Tampoco habló.

Lo hicieron sus ojos cansinos, brillantes. Y también sus labios, en una mueca que fue más un gesto intempestivo que una reacción de protesta o disgusto.

—No lo haga más difícil y nadie saldrá dañado. Le juro que Claudia Parets no lo sabrá nunca. Soy detective. Nos contrató para encontrarlo. No hace falta dar nombres.

Ahora sí, recuperó el movimiento del cuerpo, bajó la cabeza, dio un paso hacia la izquierda, cogió un bastón con empuñadura de plata y se apoyó en él. La casa, como la de su amiga, era un museo de objetos arrancados al pasado. Tan hermosos como inútiles.

Aunque para ella fueran todo su mundo.

—¿Cómo has sabido...? —musitó.

—Porque usted le recomendó la tienda de Ángel Miralles a Claudia. Se la recomendó debido a su amistad y al hecho de compartir sus mismos gustos por la naturaleza exótica. Ése fue el nexo. Lo tuve delante desde el principio y no lo vi. Ángel Miralles las conocía a las dos, y las dos eran lo bastante ricas como para comprarle un guacamayo de Spix. Claudia compró a Mauricio en los tiempos en que todavía se visitaban la una a la otra, salían de compras, a merendar... Tiempos felices. Luego resultó que su amiga se llevó a casa una pieza exquisita, un loro especial. Ah, qué rabia. Cada vez que se veían, ella le

hablaba de Mauricio. Cada vez que iba a verla, lo admiraba. Eran como dos niñas exhibiendo sus tesoros. Dos niñas que se querían, pero que también se envidiaban. Tanto que al final acabaron distanciándose con mil excusas, achaques, pérdida de humor... Lo que fuera. Y la guinda fue Mauricio.

—Me lo restregaba por la cara, no paraba de hablarme de él, Mauricio por allí, Mauricio por allá... Llegó a cansarme.

—Fue más que cansancio, señora Robert.

—¿Y tú qué sabes, niña?

—Sé lo suficiente. Por ejemplo la envidia que se siente cuando nuestra mejor amiga estrena un vestido o tiene un nuevo juguete que anhelamos.

Hablaba de mi infancia, de la infancia de todas.

Nuestro amigo puso otro granito de arena, tan inconsciente como oportuno:

—¡Música, música! ¡Claudia! ¡Bonito! ¡Te quiero! ¡Claudia, Claudia!

La mano de Meritxell Robert se aferró al puño de plata.

—No tema —quise tranquilizarla—. Se lo acabo de decir. No quiero que se enfaden, ni darle un disgusto a su amiga. Sólo quiero lo que es suyo.

—He pagado una fortuna por ese animal —me desafió por primera y última vez.

—Pero lo robaron, y puedo ir a la policía.

Cerró los ojos y su cuerpo tuvo una especie de convulsión. Era una mujer herida. Peor: una anciana atrapada.

Quizá fuese peligrosa.

—¿No se lo dirá?

—No.

—¿Por qué?

—Me paga por recuperarlo, no por amargarle la vida. ¿Tanto le cuesta creerlo? Con Mauricio en su casa, todo resuelto, nada tiene por qué cambiar. Intento que nadie salga herido con esto.

Era rebelde, terca, pero no tonta. El dinero pagado ya no importaba. Lo que contaba ahora era la dignidad, la vergüenza, la autoestima.

Mantener su pugna senil por ver quién tenía más o cuál sobrevivía a la otra.

—Bueno —se rindió—. De todas formas no deja de hablar y hablar y hablar... No sé cómo Claudia lo soporta.

—¡Claudia, Claudia! —graznó Mauricio con su aguda voz—. ¡Música, música!

–Gracias, señora Robert.

Yo no era su amiga, era el diablo apareciendo en su casa para desafiarla en su terreno. Levantó la barbilla, colocó el bastón entre las manos y pareció aumentar de estatura.

No recuerdo haber visto nada más digno en la vida.

Mientras me ponía en marcha para abrir la puerta tras la cual me esperaba Mauricio, me pregunté cómo diablos iba a llevármelo, salvo que tuviera una jaula, o estuviera atado con una cadenita, o...

De todas formas, con lo feliz y orgullosa que estaba yo, ése era un problema menor.

¿O no? –Hola, Mauricio –le dije al verlo por primera vez.

Medellín, San Andrés, Providencia,

marzo-abril de 2010

Vallirana, julio-agosto de 2010

Obras de Jordi Sierra i Fabra publicadas en Ediciones Siruela

Kafka y la muñeca viajera (2006)

Banda sonora (2006)

Una dulce historia de mariposas y libélulas (2008)

Trilogía de las Tierras (2008)

Las guerras de Diego (2009)

La isla del poeta (2009)

La modelo descalza (2010)

El caso del falso accidente (2010)

El caso del loro que hablaba demasiado (2011)

Colección dirigida por Michi Strausfeld

Edición en formato digital: Noviembre de 2011

© Jordi Sierra i Fabra, 2011

© Ediciones Siruela, S. A., 2011

c/ Almagro 25, ppal. dcha. 28010 Madrid

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-779-1

Conversión a formato digital: Década Soft S.L. www.decadasoft.com

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
El caso del loro que hablaba demasiado	5
Día 1, miércoles	7
1	9
2	15
3	21
4	28
5	34
6	40
7	45
Día 2, jueves	51
8	53
9	57
10	62
11	67
12	74
13	80
14	86
15	94
16	102
17	108
Día 3, viernes	115
18	117
19	123
20	128
21	135
22	140
23	146
24	150
25	156
26	162
27	167

Día 4, sábado	172
28	174
29	179
Día 5, domingo	183
30	185
31	191
32	196
33	202
34	209
35	215
36	223
Día 6, lunes	228
37	230
38	233
39	239
Obras de Jordi Sierra i Fabra	243
Créditos	244